



NÚRIA SEGARRA

ALGUNAS
PRINCESAS
SON DE
PLOMO

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Nota de la autora

Dedicatoria

Cita

Mi último PET, primera parte. 7 de septiembre de 2014

10 de julio de 2010

7 de septiembre de 2014

Momificación. 1 de octubre de 2013

5 de octubre de 2013

15 de octubre de 2013

17 de julio de 2010

Unos días después... 31 de julio de 2010

Lo mejor para todos. 20 de octubre de 2013

15 de octubre de 2013

20 de octubre de 2013

22 de octubre de 2014

El precipicio. 24 de octubre de 2013

25 de octubre de 2013

Laberinto. 2 de noviembre de 2013

4 de noviembre de 2013

8 de noviembre de 2013, mañana

La gran pelea. 8 de noviembre de 2013

Tener los pies en el suelo. 9 de noviembre de 2013

Avanzar en círculos. 12 de noviembre de 2013

22 de noviembre de 2013

Ser mi propia tabla. 20 de marzo de 2013

3 de mayo de 2014

Algunas princesas son de plomo. 28 de mayo de 2014

30 de agosto 2014

Mi último PET, segunda parte. 7 de septiembre de 2014

21 de septiembre 2014

22 de septiembre de 2014

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Nota de la autora

Ese día había vomitado doce veces, lo recuerdo bien. Hay ocasiones en las que es necesario sentir el reflujo amargo de la vida en la garganta para tomar decisiones. Y más cuando, hundida en el tórax, muy cerca del corazón, una bola de plomo tan grande como una lata de Coca-Cola intenta impedir que te muevas.

No sé de dónde saqué el bolígrafo azul y mordisqueado por un extremo con el que escribí la primera página de esta historia. Y después la segunda, la tercera y la cuarta. Pero una vez comencé no pude parar. Mi mano se movía, frenética, como cogiendo unos apuntes dictados por mí misma. O mejor dicho, por lo que todavía quedaba de mí. Porque yo no estaba del todo viva, pero tampoco estaba del todo muerta, hecho que solo he sido capaz de comprender ahora que ya ha pasado cierto tiempo y que la perspectiva que da la tranquilidad lo va poniendo todo en su sitio.

Esta es mi primera novela. Una historia que no solo he escrito sino que además he sufrido, vivido e imaginado. Sobre todo esto último. Tanto es así que aún hay mañanas en las que me levanto creyendo que todo lo que me ha ocurrido durante este último año ha sido un sueño, una visión del inframundo. Una fantasía. Un cuento.

Más tarde, me miro al espejo, que no engaña. La imagen que me devuelve es tan distinta a la de antes... Mis nuevos cabellos rizados me pellizcan y me susurran: «hey tía, ¡que es verdad que lo has pasado!».

Entonces me pongo un clip y veo como lo fija todo en su lugar, como las pequeñas grandes mentiras que mantienen firme mi relato.

Son ellas las que me sirven para explicar la realidad de esta historia, que es la mía y que ha surgido del rastro de polvo de las neuronas que me forman el alma convertidas en palabras de sangre, defendidas por leucocitos de plomo.

Plomo.

Al principio de esta página ya lo nombré.

Plomo.

Metal pesado que se mantiene en pie como un soldado. Frío. Estático. Fuerte. Un metal con el que mis células tuvieron que aliarse para soportar lo insoportable, con elegancia. Un metal que hoy, poco a poco, empiezo a eliminar.

Vuelvo a ser de carne y hueso, y rezo para tener el privilegio de serlo, esta vez, por un tiempo largo y razonable.

*A mis padres Carme y Xavier,
por ser mi roca.
A mis hermanos Pol y Aleix,
por ser mi alegría.
A mi amor José Antonio,
por ser mi esperanza.
Jamás lo habría hecho sin vosotros.*

*Will you still love me when I'm no longer
young and beautiful?
Will you still love me when I got nothing but
my aching soul?*

Young and beautiful,
LANA DEL REY

Mi último PET, primera parte

7 de septiembre de 2014

Las desgracias no suelen llegar cuando llueve y todo es gris. Prefieren presentarse de incógnito, acompañadas por el sol más brillante y el cielo más azul. ¿No es normal que a los demonios les guste aparecer con la claridad y el calor? Al fin y al cabo, en el infierno se está a más de cuarenta grados y hay unas calderas. O al menos eso dicen las personas que lo han visitado. Me hubiera gustado no ser una de ellas, pero supongo que esas cosas no se escogen. Pasan y punto. Pero ¿por qué a mí?

¿Por qué yo y no los estafadores, los asesinos, los violadores, los ejecutivos de Wall Street o los políticos corruptos? ¿Por qué yo y no un hombre de ochenta años? ¡Que ya ha vivido ochenta años, hostia!

Tengo cáncer y soy joven.

También tengo muchos otros problemas.

Pero el peor es que tengo cáncer. Y demasiada juventud.

Y todo lo que me está pasando es porque soy una princesa. Sin título nobiliario, pero princesa al fin y al cabo. Soy débil, enclenque. Lo que nunca habría querido ser. Pero ¿alguien es realmente quien querría ser?

Si hace un año una de esas adivinas que te leen la mano me hubiese predicho que un día estaría aquí, haciendo teología, encerrada detrás de una puerta metálica con el cartel de radiactividad colgado, me habría reído a carcajadas. Dios y yo hemos tenido desde siempre una relación... complicada. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida. Ocho meses de tortura medieval me han llevado hasta aquí. He llegado a la conclusión de que estar en tratamiento es como hacer cola para subir a la montaña rusa estrella de un parque de atracciones. Te pones detrás de unos turistas alemanes y avanzas poco a poco, a ciegas, siguiendo como una ovejita un camino trazado por unas barras verdes. Nunca ves el objeto de tu deseo pero sabes que está allí, al final. Lo percibes porque oyes los gritos de alegría y el sonido de las carretas al coger las curvas. Son unos gritos que quieres gritar, unas curvas que cogerías con los ojos cerrados. Para eso aguantas lo que haga falta y como haga falta.

Pero no, hoy no me toca quimio.

Hoy espero mi PET, mi último PET.

Hoy espero oír el eco metálico que hacen las ruedas al girar y, si no es mucho pedir, algún gritito de alegría.

—Cinco minutos más y te ponemos el contraste, ¡princesita!

La vida pasa en cinco minutos y la mujer que me quiere contrastar es Ángeles, la enfermera, un ser que ha vivido siempre bajo tierra. Es el conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Es el cerebro controlador malvado de *Las tortugas ninja*. Es el hada gorda de *La cenicienta*. Es la

reina del monstruo: yo la he bautizado como «la reina PET».

PET... En ocasiones a las cosas más importantes se les ponen los nombres más feos. PET suena a siglas de protectora de animales que en realidad es una tapadera de negocios sucios. También a petardo de Valencia, o a grupo de rock.

Pero es el nombre poco serio de una máquina que se dedica a detectar tumores. En realidad, los físicos anglosajones (creo) que la inventaron la llamaron: Positron Emission Tomography. Demasiado largo y difícil, quizá. Y no tan terrible como TAC (tac tac, ¿quién es?) o UE (por mis huevos...).

En fin, dejando a un lado la nomenclatura, lo relevante es que estas mentes científicas brillantes crearon un artefacto sencillamente complejo. Sencillo porque funciona con azúcar, como el que nos ponemos en el yogur natural. Complejo porque te lo inyectan en las venas y provoca que las células cancerígenas, al emborracharse de dulzura, entren en una especie de coma etílico que las convierte en pequeñas luces fosforescentes fáciles de fotografiar. Por este motivo, la máquina es actualmente la herramienta más importante para el diagnóstico y seguimiento de la mayoría de cánceres. Es lenta, pese a todo: el azúcar tarda entre dos y tres horas en hacer efecto. Dentro del reactor, en cambio, solo estarás entre cinco y diez minutos. En total, vas a perder más de tres horas de vida detrás del cartel de radiactividad. Y no te las devuelven luego en recepción, con la tarjeta sanitaria.

Es la tercera vez que me hacen entrar allí. Y espero que sea la última. Estoy de los nervios. Por fin sabré si tanto sufrimiento está valiendo la pena. La camilla es dura y me raspa la espalda. El olor a examen me da ganas de vomitar. Como no hay ventanas sigo mirando al techo. El hombre de la habitación de al lado estornuda. Lo oigo mover los pies, aburrido. Todo está sellado a tanta presión que me siento un ratón encerrado en una caja de zapatos. En fin, chica afortunada, tómatelo con calma, que cinco más cinco más cinco suman muchas horas.

Ángeles vuelve a aparecer cargada con un nórdico blanco que ha conocido muchas otras princesas antes que yo. También acarrea todo el equipo para pincharme. Cierro los ojos. Otra vía no, por Dios.

—¿No me lo pones por el PIC? —pido con ojos de gatito.

—No, bonita, aquí, por PROTOCOLO, no manipulamos las vías fijas de larga duración.

Odio, odio los protocolos. Pero pensaré en ello en otro momento.

—Porfi, Ángeles, mírame el brazo. Déjame ser feliz ahora que llevo la cañería inmóvil y que he olvidado los veinticuatro pinchazos anteriores.

—No puede ser, bonita.

—Porfis, porfis... Mira, es que tengo una duda existencial: ya no sé si el contraste me entrará.

—Me ignora, pero no me rindo—. Te lo digo seriamente. Me sorprende que aún tenga sangre en las venas, mira las señales... —Le enseño el brazo. Pero ella arruga la frente y se coloca bien un tirabuzón blanco.

—Sí, nena, pareces Jesucristo —me contesta riéndose.

—Soy como Jesucristo. Ya no tengo sangre en las venas. Ahora tengo... no sé como describirlo..., ambrosía, como los dioses antiguos.

—Ambrosía es lo que comían preciosa. Cómo se nota que eres de la generación de la ESO. Tu problema no es el icor, la sangre de los dioses, tu problema es que tienes la sangre azul, por eso eres tan difícil de pinchar; eres una princesa, después de todo.

—Por favor, otra vía no, te lo pido... —Le he tocado la fibra. Ella vuelve el rostro.

—Me sabe muy mal, pero no te lo puedo ahorrar —me dice con voz melosa—. Mira, tú concéntrate y, mientras te pincho con la aguja, piensas en otra cosa, en algo alegre, brillante... ya sé, en cosas del color de tu sangre, como en... chicos. En príncipes azules.

—¿Quieres que sueñe despierta?

—Sí.

—¿Como la Bella Durmiente?

—Exactamente. Pero creo que esa lo hacía dormida. —Me coge el brazo y me pone una goma para cortar la circulación—. No sentirás nada y las dos horas se te pasarán volando. Te lo juro. —Se dispone a ponerme la vía, pero yo la paro levantando los dedos de la otra mano.

—Quiero que sepas algo antes de empezar. —Desvío la mirada hacia el suero colgado de unos hierros abiertos como flores—: No me gustan los príncipes azules.

—¿Ah, no? ¿Y de qué color te gustan, si se puede saber?

Mientras habla la aguja me atraviesa la piel y encuentra la vena. Pero yo ya no siento nada. Todo tiembla. Ángeles desaparece. Los hierros como flores desaparecen. La camilla desaparece. Ahora todo es humo, humo y dos ojos fijados solo en mí.

—Verdes.

10 de julio de 2010

Lo vi por primera vez un verano, mientras charlaba con un amigo común, apoyado en la barra de un bar de copas. Yo lo estudiaba de reojo a través del pelo rubio de Lat, mi mejor amiga. Él iba hecho un pincel: tejanos, camiseta básica de manga corta y unas deportivas Lacoste tan blancas y relucientes que deslumbraban.

A mí, esa noche me apetecía ser un poco *hippy-chic* y me había puesto una falda anaranjada, larga hasta los pies, una camiseta blanca y un collar de bolitas azules que trataban de imitar el coral marino. Bueno, y ya sé que no es políticamente correcto decir esto de uno mismo, pero con los cabellos castaños al viento y resecos de la playa parecía una sirena. O eso creía yo cuando, surgida de la nada, sentí a mi lado una cálida presencia que me susurró a grito pelado al oído:

—Tú eres la princesa.

Mierda, si es que ya me lo decía mi madre: «es que, niña, no sabes concentrarte y por eso siempre me suspendes las matemáticas». Me quedé quieta, no me atrevía a volver el rostro y encontrármelo de frente.

No sabía cómo ni cuándo había conseguido acercarse a mí. Sentía su nariz potente contra mi mejilla y su voz a la italiana rebotar contra mi cerebro. Tenía que agacharse un poco para hablarme, por la diferencia de estatura y para poder comunicarse a pesar de aquella música terrorífica. Su barba de un par de días me rascaba. No había podido verle bien la cara cuando lo espiaba medio escondida. Tampoco se la podía ver ahora desde esa extraña posición.

Solo podía respirarlo. Su olor era fuerte. Estridente. Y muy sexy.

Y por lo visto, Peter (de nombre real Pedrito), lo había informado bien. Mi fama me precedía. En los pueblos, cuando te ponen un apodo, es imposible quitártelo de encima.

—Tú eres el Tupés, el amigo de Peter. —Yo también había hecho los deberes.

—Lo era, a los dieciséis años, cuando tenía más pelo. Pero supongo que en los pueblos, cuando te ponen un apodo, es imposible quitártelo de encima. —Me reí. Me lo imaginé a los dieciséis, lleno de granos, con aparato de ortodoncia y pelos medio tiesos como el vampiro de *Crepúsculo*. Qué contraste. Ahora tenía el pelo castaño claro, cortito, y la frente coronada de pequeños espacios abiertos que amenazaban con convertirse en entradas a los pocos años.

—A mí no me gustan las princesas —me avancé yo, tratando de evitar que me considerase una cursi.

—¿Y por qué no? Todos los príncipes buscan a la suya. —Eso era bueno saberlo.

—Tampoco me gustan los príncipes.

—Pues mala suerte.

Dio un paso atrás y me miró por primera vez a los ojos. Y pensar que con tanta observación de incógnito no los había ni notado... ¡Qué ojos!

Al menos tres tonalidades verdosas diferentes se peleaban por ocupar la mayor parte de sus iris. Los azules, uno claro y otro más oscuro, quedaban relegados a segunda fila. Una línea gris, dos pequeñas motas amarillas y una marrón acababan de redondear el efecto. Era una mirada

verde, quebradiza. Daliniana. Como la del poema de Lorca.

El mundo dejó de girar por unos instantes y yo me sumergí en el interior de sus córneas, nadando mar adentro por el agua de la Costa Brava, hasta que me di de bruces contra las rocas. No me salían las palabras.

—¿Por qué? —fue lo único que pude balbucear.

—Porque acabas de conocer a tu príncipe azul —respondió el chico, humilde.

A mí, él me parecía muchas cosas, pero azul, lo que se dice azul, pues no. Y se lo dije:

—No me pareces del todo azul.

—¿Y de qué color te parezco? —No le gustaba mucho que le llevaran la contraria.

—Verde.

—Verde. —Parpadeó, como si le costase entender el concepto—. Verde. Así que, según tú, soy un príncipe... ¿verde? —Parecía confundido. Alzó una ceja cínica.

—Sí. —Yo seguía en mis trece.

Se quedó unos segundos pensativo y después me preguntó, como estresado:

—¿Lo de verde... va con segundas...?

A veces se me olvidaba que era rara y que la mayoría de la gente no hablaba mi idioma idiota. Me había quedado muda y huí corriendo, esquivando borrachos y gente que bailaba. Necesitaba salir fuera. Necesitaba coger aire.

7 de septiembre de 2014

Necesito ir al baño.

—¡Ángeles! —grito con voz aguda.

Han pasado tres horas en un instante.

Ella se me acerca risueña y desenfocada y me empieza a manipular de nuevo el brazo mientras comenta que cuando me ve tan finita y tan sonrosadita le parece imposible que sea capaz de gruñir como un cerdito retozando en el barro. ¡Qué maja, la tía!

—Ve a hacer pipí, que ya te toca.

—¿Qué me toca? —Me temo lo peor y el corazón me palpita con fuerza.

—¡El PET, chiquitina! Rápido al lavabo.

Es verdad, ¡el PET! Intento levantarme pero no acierto la acción y acabo con medio culo levitando sobre el aire radiactivo. Se ve que la quimio ha acabado con casi todas mis neuronas menos una, la que me hace hacer siempre el ridículo, y que al parecer es inmortal.

—Uy, perdona, bonita, es que te he quitado las gafas mientras dormías. —¿Llevo gafas? ¿Desde cuándo? Me las pone torcidas sobre mi nariz con tabique desviado y empiezo a ver en HD.

—¡Venga chiquilla, rápido, al lavabo!

Con prisas a mí ahora, o sea, ella a mí... Tiene huev... Pero eso me lo callo y obedezco como un perrito las órdenes de la reina sin quejarme, no sea que se enfade y decida cortarme la cabeza. Me quito de encima el nórdico blanco. Hace mucho frío. Alguien me comentó una vez que es así porque las máquinas, que están funcionando veinticuatro horas, tienden a recalentarse y podrían explotar en cualquier momento. Pero yo pienso que es una trola y que las bajas temperaturas y la poca ropa que te dan en las pruebas forman parte de una estrategia secreta del Eurogrupo para ahorrar costes haciendo que los enfermos mueran de neumonía. En Bruselas se pasan el día planeando recortes, y quién sabe cómo decidirán recortarte a ti.

Intentando no pisarme los cordones de las deportivas desabrochadas consigo llegar al baño. Es pequeño y blanco, como todo lo demás. Me obligo a mí misma a hacer un pis tembloroso y luego me lavo las manos a conciencia.

Me miro al espejo. Me cuesta tanto reconocerme con mi nuevo aspecto sexi. De mutante. Sigo siendo humana, por desgracia. El líquido rosa que ha recorrido puntualmente mis venas cada quince días no me ha proporcionado superpoderes. Ni un ojo de más, creo.

Sí, todavía tengo (solo) dos ojos, dos cejas, una boca, una nariz, dos orejas y algunos cabellos. Yes, habiendo hecho quimio tengo PELO. Además tengo otra cosa: dos tetas bien puestas. Muy bien puestas.

Los ojos siguen siendo marrones y almendrados como antes... pero las pestañas han desaparecido y eso les da un aire entre japonés y fumeta.

Las cejas siguen en su sitio y encima ya ni me las tengo que depilar.

La boca, que gracias a Dios sigue siendo una, continúa carnosa y rosa, pero los labios se me han hinchado bastante y empiezo a parecerme a una de esas señoras ricas que se los rellenan con bótox.

La nariz no ha cambiado, que mira que ya podría haberlo hecho porque con lo superfea que es, hace que parezca la hija mestiza de un loro y un avestruz.

Las orejas han resurgido, muy perfectas, ahora que no hay una cabellera larga y densa que las cubra. Todo el mundo las adula y ellas, claro, se lo creen.

Y sí, tengo pelo. Habiendo hecho quimioterapia tengo pelo, cabello, *hair*. Un pelo corto y débil y quemado y horrible de la muerte, como de pollo. Pero es pelo, y donde hay pelo hay alegría, ¿no?

Y tengo dos tetas bien puestas. Más pequeñas, seamos sinceros. Pero bien puestas.

Salgo del baño y vuelvo a la salita. Ángeles me ha dejado allí un gorrito verde y dos bolsitas del mismo tono para ponérmelas en los pies encima de los calcetines.

Es mi turno. La máquina me recuerda a los hornos crematorios de los campos de exterminio nazi. Me tumbo encima de la placa metálica congelada. Ángeles me tapa con el edredón y, no sé cómo, otra vez me quito las gafas y mi mundo vuelve a ser un sueño borroso. Me envuelve, siguiendo el método crisálida, con el nórdico blanco y se marcha a la zona de control.

Pasan unos segundos y oigo su voz a través del micrófono, como en los supermercados. Empezamos. Pero no te muevas. Ni un centímetro. El ruido del reactor me recuerda al que hacen los aviones de Vueling al despegar. Todo se activa. La piel se electriza. La placa debajo de mi espalda me arrastra hacia el monstruo que me espera con la boca abierta. Primero me engulle rápido. Después me saborea por partes. Sobre mis ojos, cientos de imanes giran como pequeñas norias montadas por pulgas. No me tengo que mover. Me pica la nariz. Me pica el pie. Me pica la barriga. Tengo tos. Me tiemblan las manos. No veo nada. Los segundos no avanzan.

¿El tumor seguirá en su lugar o me habrá hecho el favor de irse antes de tiempo? ¿Cómo verá Ángeles mis músculos a través de la pantalla? ¿Los tendré bonitos?

Y los tendones y los órganos de colores y el cerebro, que es como amarillo y que se me ha atrofiado, y el corazón, que es como gris y que también se me ha atrofiado, y los cabellos castaños, que son pequeñas fibras llenas de bacterias que vuelan alto, lejos y que eran bonitos y brillantes... de princesa.

Momificación

1 de octubre de 2013

—PRINCESA, *my lady*. —Sentado a mi lado en una silla tosca, papá me peinaba el pelo con los dedos.

—¿Como está mamá?

—Mejor, ha salido un momento. —Apoyó los codos en la camilla negra de cuero—. Mi niña, mi princesa...

Aguantándome las lágrimas, solo logré hacerle una pregunta:

—¿Papá, qué pasará ahora? —Como si él fuese Dios y tuviera todas las respuestas... La luz del box, en urgencias, parpadeaba como un semáforo en ámbar. Me miré las vías conectadas como las espinas de una rosa en mi brazo derecho. Las gotas de suero iban cayendo con fuerza torturadora que volvía desértico nuestro estado de incertidumbre, de silencio mental.

—Sé que es cáncer, papá. —Fijé las pupilas en el infinito.

—Pero todavía no sabemos de qué tipo, *my lady*. —Tenía las gafas empañadas de llorar y los extremos de la barba gris caían hacia abajo, tristes.

—¿Y si es de un tipo llamado MUERTE?

—Tú no te morirás, no puedes morirte.

—Todo el mundo muere en un momento u otro, papá.

—Tú no.

—¿Por qué yo no?

—Porque tú eres una princesa. ¿Lo sabes, verdad? Mi princesa.

Lo remarcó con la mirada poniendo la espalda derecha, con dignidad.

—No quiero serlo. Las princesas son demasiado frágiles para luchar. —Agaché la cabeza y me concentré en mis rodillas.

—Estás muy equivocada. —Vi como se le dilataban las costillas al coger aire—. Mi princesa es una guerrera.

Un grito agudo surgió de las profundidades de mi ser:

—Es débil, como todas las demás, y vive en un castillo de arena que se deshace, que se derrumba.

Él calló durante unos minutos. Después, se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la habitación, como si fuera un hámster atrapado en la ruedecilla de su jaula. De repente, como asaltado por una idea celestial, se detuvo y regresó a mi lado. Cogió mi mano derecha y enlazó los dedos con los míos apretando más y más, hasta que me crujieron.

—Algunas princesas son de plomo. —Remarcó cada una de las letras de aquellas palabras—: Algunas princesas son de plomo.

Alcé la barbilla. Lo miré a los ojos. Y no lo dije en voz alta, solo lo pensé: «¿Yo soy realmente una de ellas?»

Nunca he podido dejar de preguntármelo.

Dos horas más tarde me subieron a planta. Una habitación para mí sola con las paredes azules. Les daba pena. El doctor Moll, el cirujano, vino a hacerme una visita. Parecía un humorista con esos pelos blancos y electrificados de científico loco y las gafas de pasta naranja fosforescente. Hablaba con suficiencia paternal, intercalando tocamientos cosquilleantes con bromas sobre su princesita predilecta. ¿Cómo sabía que me apodaban así? ¿No podía librarme de aquel estúpido estereotipo ni en un momento crítico?

—No tiene ningún bulto. El tumor es completamente interno —acabó sentenciando.

Un exterior perfecto para un interior podrido y lleno de gusanos.

—Mañana te haré la biopsia. Pero tú tranquilita, ¿eh, preciosa? Que solo será un pinchacito de nada.

5 de octubre de 2013

«El rojo es el color de la sangre, el color de mi ser, de rojo quiero vestir mi alma, muy roja me quiero ver...» Mi yaya cantaba y me acariciaba las mejillas con las uñas pintadas de rosa pálido. Ya es de día y sigues viva...

Primero se me despertaron las orejas.

Después la boca.

Por último, los ojos.

Me rodeaban tubos, maquinaria y bolsas de sangre.

Me habían abierto el cuello, en horizontal.

Acababa de salir de la UCI. Justo me habían subido a la habitación. Quería a mi mamá y quería hablar. Mis cuerdas vocales estaban rotas pero necesitaba expresarme. Tenía que contarle un secreto.

—Mamá... —conseguí susurrar después de varios intentos fallidos.

—No hables, cariño, descansa. —Intentaba mantener la compostura cuando me tenía delante.

—No te preocupes, me encuentro muy bien. —Mi sonrisa fue poco convincente, seguramente por mi nueva voz de ratita. O por la situación en general. ¿Y si no podía volver a hablar como antes nunca más?

—Al final no ha sido solo un pinchacito, han sido más de seis horas de operación. El tumor está tan escondido que si no te abrían el cuello no podían llegar hasta él. Tendrás que inventarte una de esas historias extravagantes tuyas cuando te pregunten por la cicatriz... Un reportaje sobre la guerra de Somalia, quizá... Pero ahora duerme, no es momento para charlas.

¡No, mamá, no! Quería gritar. Por lo visto la enfermedad me había encogido como a Alicia en el País de las Maravillas y tenía que hacer caso al sombrerero loco en todo. Y luego estaba mi maldita voz de pitufo maquinero con la que era imposible hacerse respetar. Ahora entendía la frustración de la sirenita al intentar ligarse al principito de ojos azules siendo muda por culpa de un pulpo travesti. Al final recurrí al lenguaje no verbal, siguiendo el consejo que me había dado mi abuela cuando fue a comprar Gelocatil durante un viaje a Rusia con la gente del casal católico. Negué con la cabeza. Bueno, intenté negar con la cabeza, porque con el vendaje, los puntos y los cables enroscados me fue imposible.

—¿Dónde está mi novio? —conseguí preguntar.

—Ha ido a tomar un café. —Genial, así estábamos las dos solas.

Ella se puso un mechón de sus oscuros cabellos detrás de la oreja y apoyó los brazos en el borde de la cama.

—Mamá, tengo algo que confesarte, algo que parece de locos. —Me hizo el gesto de ¡cállate! pero no le hice caso—. Mamá, no se lo he contado nunca a nadie, pero yo, lo que me está pasando, ya sabía que me pasaría. Lo vi una mañana en tres dimensiones, como si fuera el final de *Titanic*. Por eso fui al médico ese día. Tú sabes que yo odio madrugar, que lo hago todo

siempre por las tardes. —Me había salido todo en plan indio. Mamá se acercó más a mí, intentando hacerse la comprensiva delante de lo que ella creía que era un delirio postoperatorio producto de tanto Diazepam.

—¿Quieres decir que lo soñaste?

—No. Lo vi estando despierta. Las desgracias no suelen llegar cuando llueve y todo es gris. Prefieren presentarse de incógnito, acompañadas por el sol más brillante y el cielo más azul. Mira, como las paredes de este cuarto. Recuerdo que ese día estaba escuchando música y me vi muerta, tumbada boca arriba en una camilla blanca y el Príncipe Verde lloraba y no podía dejar de toser y me dolía la espalda un montón.

Me hizo callar con la mano y puso su voz de meterme bronca.

—Préstame atención: te juro que no te morirás. Lo haremos todo, todos los tratamientos, y volverás a ser la de antes. Esa... revelación que tuviste es una trampa que el destino te puso para que pudieras reaccionar a tiempo. O quizás era tu inconsciente, o la abuela que te cuida desde el cielo. Nada más, ¿lo has entendido? ¿Lo entiendes?

Sentí que cada uno de los pelos de su cabeza me apuntaba como las lanzas de un escuadrón de soldados romanos. «Lo entiendo mamá, lo entiendo. Siempre tienes la razón.»

Justo en ese momento la puerta de la habitación se abrió y apareció mi prima de ojos lapislázuli como un rayo lunar. Sus rizos negros y pequeños caían como una cascada de problemas. Hacía dos años que trabajaba en el hospital. Venía acompañada por el doctor Hernández-Ventana, el jefe de oncología, un hombre que más que médico tenía toda la pinta de trabajar en una funeraria. Por suerte, mi prima no lo dejó hablar. Quería ser ella misma quien nos diera la noticia.

—Buenas noticias. Tiene un linfoma de Hodking. Está en el mediastino, por eso hemos tenido tantos problemas con la biopsia. —Su voz era tranquila.

Pero ¿qué diablos era un linfoma, quién era Hodking y qué clase de instrumento musical era un mediastino?

El doctor, que había permanecido en silencio hasta entonces, tomó la palabra con la alegría de un pequeño cuervo negro:

—No te morirás. Pero tendrás que luchar un poco. Si yo tuviera cáncer y pudiera elegir de qué tipo, me quedaría sin ninguna duda con un linfoma de Hodking. Tienes más de un ochenta por ciento de probabilidades de sobrevivir.

¿De qué estábamos hablando? ¿De una enfermedad o de la subida del IBEX-35? Un ochenta por ciento de probabilidades... Eso quería decir que el veinte por ciento restante del personal... *ciao, finito, caput*. Eso lo sabía calcular hasta yo, a pesar de todos los suspensos en matemáticas que llevaba a la espalda. Tuve la tentación de preguntar si, en caso de pertenecer al grupo del ochenta por ciento, que vendría a ser algo así como ir a la clase de los listos, alguien habría publicado algún estudio que me permitiera deducir qué porcentaje de mí misma sobreviviría. ¿Quedaría vivo un ochenta por ciento de mi persona o tan solo un veinte por ciento?

Y si formaba parte de los del veinte por ciento y me tocaba ir a la clase de los tontos... ¿me convertiría en un ochenta por ciento fantasma y un veinte por ciento luz?

Dicen que cuando Dios te cierra una puerta te envía al doctor Ventana.

Era la primera vez que un médico me hablaba claro y en voz alta sobre la enfermedad, y cuando se me pasó la rabia me sentí por primera vez enferma. Estaba muy enferma. Hasta entonces el mal había sido como un espejismo, un sueño borroso que me hacía toser y alucinar como el niño de *El sexto sentido*. Era algo imaginario, no del todo... real.

Fue entonces cuando lloré. Lloré y lloré hasta que mis lágrimas rojas como el color de mi sangre, negras como el color de mi ser, llenaron la habitación azul y salí de allí flotando, como Moisés en su cesta, navegando a la deriva por un río que desembocaba en el despacho blanco de la doctora Jiménez.

15 de octubre de 2013

—Hola, soy la doctora Jiménez, la responsable de diagnóstico de la unidad del linfoma. Yo seré la encargada de fijar tu tratamiento. Tienes un linfoma de Hodking estadio IVB sin afectación medular. ¿Sabes qué es un linfoma de Hodking? Supongo que no... Es una enfermedad de la sangre que afecta al sistema linfático y provoca que los ganglios se momifiquen, creando tumores. El protocolo de tratamiento es el siguiente: ocho ciclos de quimioterapia ABDV (Adriamicina, Bleomicina, Vinblastina, Dacarbazina), en total son dieciséis dosis; un ciclo consta de dos dosis, administradas cada quince días, y después radioterapia, que ya te pautará el radiólogo. Empiezas en un mes. Ahora llamaré a la sexta planta para que lo tengan todo listo. Y vendrá tu enfermera a informarte de los efectos secundarios.

De todo su discurso solo una palabra quedó grabada en mi mente: momificación. Había dejado de ser humana. Sentada a mi lado en una silla de plástico blanco, a conjunto con el resto de objetos, mi madre abrió la boca y se apartó un mechón de pelo de la cara. Los dedos le temblaban. A su lado, mi padre se mordía los labios con un inquietante gesto de ejecutivo agresivo. Yo lo conocía bien y sabía que se había guardado en el cerebro miles de preguntas.

Momificada. Los médicos dicen las cosas más terribles como quien recita la lista de la compra.

Ni una palabra de ánimo. Cero empatía. Esa mujer era como una bruja de cuento, y en ese momento no habría sabido decir si de las buenas o de las malas. Hasta tenía la característica verruga en la nariz.

Tan solo algo me quedó muy claro: esa mujer sabía lo que decía. Era el gran general del escuadrón del linfoma. Mandaba. La única persona en el mundo capaz de hacerle sombra o disputarle autoridad era, curiosamente, Juana, mi enfermera asignada.

—Aquí os paso una lista con los efectos secundarios. —Nos alargó una fotocopia—. A partir de hoy soy vuestra enfermera de referencia, y ante cualquier duda me llamáis. El seguimiento del tratamiento lo hará la doctora Suelos.

Mi padre se guardó la lista en el bolsillo del pantalón. La corriente de sangre negra nos hizo salir de la habitación a los tres, perdidos cada uno en su propio *tsunami* mental. No pronunciábamos palabra, ni siquiera nos miramos mientras andábamos por unos pasillos largos, interminables, blancos, laberínticos. Mis piernas parecían funcionar automáticamente. Los brazos, o mejor dicho, el brazo que no llevaba vendado, gozaba de vida propia y se retorció como una serpiente alrededor de un ratón. Entre los dedos se ahogaba mi móvil. De pronto, empezó a temblar. ¿Cómo había llegado a mis manos? Me estaban llamando.

—¿Cómo ha ido, princesa?

Preguntó una voz a la italiana que ya retumbaría en mi cerebro por siempre jamás.

Y yo, como hice aquella noche años (AÑOS) atrás, callé. No podía hablar. Ni pensar. Necesitaba salir afuera. Necesitaba aire.

Esta vez, sin embargo, ya no me sería tan fácil recuperarlo. Porque estaba momificada. Era de arena. Medio estatua. Inerte.

¿Cuándo había empezado a morir?

¿Cuándo había perdido la capacidad de absorber oxígeno como una planta de sangre verde con sabor a savia?

¿Cuántas noches me quedaban?

No, lo que me decían no podía ser cierto. Es imposible que una persona se esté momificando por dentro y no se haya dado cuenta. Es imposible. Son cosas que les pasan a las otras personas, a las chicas que no son princesas, a las que viven en el Tercer Mundo, a las hijas de las criadas, a las que no son como yo. Todo es un sueño, un sueño, y si me concentro, si me concentro aunque suspenda siempre matemáticas, el tiempo girará sobre sí mismo y volveré a ser yo misma y no una enfermedad. Yo misma esnifando el oxígeno de una noche de verano, como esa noche hace ya muchos años, cuando el pelo me olía a sal y las estrellas colgaban del cielo igual que los cocos de las palmeras en los anuncios de viajes.

17 de julio de 2010

Esa noche, la noche en que decidí irme de fiesta con Lat, era sábado. ¡Farra de espuma! Caminábamos por la calle cogidas del brazo, como las modelos o las chicas de las series de televisión. Juntas éramos el equilibrio. Ella, rubia, estampada y moderna: un leopardo blanco y dorado de Custo Barcelona. Yo, lisa, estilosa y *vintage*: tejanos, camiseta verde de tirantes cruzada en la espalda por dos cintas de raso y un collar blanco, largo hasta el ombligo con una piedra de la que colgaban pequeñas conchas.

El Luna era el local más emblemático del pueblo. Lo habían inaugurado en los sesenta, durante el *boom* turístico. La entrada principal daba al paseo marítimo, pero a nosotras nos gustaba dar la nota haciendo nuestra aparición por la puerta trasera, la que daba a la arena de la playa.

Al vernos entrar, Peter vino hacia nosotras: camisa roja, mucha gomina y dos cubatas, uno en cada mano. Y allí nos quedamos los tres, clavados en medio del paso, saludando a conocidos como guardias urbanos. Peter buscaba desesperado uno de sus tantos «amores platónicos».

—Niño, ven aquí —dije agarrándolo por el hombro para que me sirviera de punto de apoyo—. No te ofendas, pero tú siempre la buscas, y la buscas... sin éxito. ¿No has pensado que tal vez ella no quiere que la encuentres?

—Princesita pequeña, aún no ha nacido la tía que no me quiera ENCONTRAR. Por cierto, hoy tiene que venir mi amigo, el TUPÉS. Ya le he dicho que la última vez que os visteis te dejó muy IMPACTADA. —So-li-da-ri-dad, ten amigos para esto...

Lat, que seguía nuestra conversación con las orejas y a un hombre de aspecto peligroso con los ojos, se apresuró a echar más leña a mi fuego verde.

—Yo diría más bien TRAUMATIZADA. Todavía no ha sido capaz de confesarme qué cosa superfuerte le dijo para que huyera corriendo como si la persiguiera Jack el Destripador. Pero, tío, déjame felicitarte: ¡de verdad que la has clavado! El chico es exactamente su tipo: así, todo alto, cachas y pijo. —Cómo disfrutaba de la situación mi rubia predilecta.

El aire acondicionado me ponía la piel de gallina, pero mis amigos estaban muy a gusto y siguieron comentando, como si fueran tertulianos de un programa de cotilleo.

—¿A que sí, Escarlata? —continuó él—. Además es ingeniero, tiene un cochazo que es la hostia, un trabajo de puta madre y es bastante... tímido. La verdad es que me sorprendió que mostrase tanto interés en nuestra pequeña princesita. —Me pasó un brazo por encima de los hombros y miró a Lat a los ojos, seductor—. A él le suelen molar más las tías como tú: rubias, despampanantes y con un buen par de razones. —añadió bajando la mirada a su escote mientras le guiñaba un ojo.

Aproveché que estaban distraídos para desviar la conversación y de paso romper el encanto del momento:

—¿Y tú qué, Es-car-la-ta? Cuéntanos que hace hoy tu amor platónico, o como lo llama este, el hermano gemelo malvado de David Guetta. —Una copa llegó a mis manos. La vacié de un solo trago como un pistolero del *far west* y después la dejé en el suelo.

—No sé lo que hará hoy, ni lo que hará mañana —contestó mi amiga, rabiosa, señalándome algo con las cejas—. Pero de lo que sí estoy segura es de lo que está haciendo el gran amor de nuestra princesita en este preciso momento. Mirad quien llega, y muy bien acompañado, por cierto.

Giré la cabeza y... lo vi a él. Con sus deportivas Lacoste, sus ojos dalinianos.

Su rubia despampanante...

Me llevé la mano a la tripa. Mis intestinos gruñían cual almas en pena del inframundo.

—Creo que tengo que ir al baño.

Me abrí paso entre la multitud intentando no mirar atrás, porque es bien sabido que hacerlo trae mala suerte. Como es habitual en los aseos de mujeres, la cola era descomunal. Yo trataba de concentrarme en el pelo de la tía que tenía delante, lo juro. Pero la visión lateral me traicionaba y mi ojo izquierdo y el resto de mi cuerpo no paraban de guipar lo que mi ego no quería ni notar. Esa chica, esa chica tan guapa, guapísima, mucho más que yo, y mi Príncipe Verde que le habla sexi al oído y le coge la mano y le acaricia los dedos y bailan juntos y ella roza su hombro con la nariz y comparten una copa y yo atrapada en esta maldita cola que no avanza ni ahora ni nunca y el humo infernal que me hace llorar y el frío polar que no sé por qué me hace ¡sudar!

Cuando, por fin, fue mi turno, me sentí aliviada por el breve espacio de soledad. Hice pis apoyando las manos en las paredes para no desmayarme y salí triunfal a la sala haciendo eses, dando latigazos al aire con mi cabellera y arrasando con todas las bebidas alcohólicas del local.

¡Qué bien! ¡Qué guay! ¡Me sentía una diosa! ¡Volaba, oh, cómo volaba!

Me quité el collar blanco de conchitas y me lo enrollé en la cabeza, como si fuera una corona. Un grupo de chicos me aplaudió. Lat se acercó corriendo a cámara lenta, como un guepardo persiguiendo a una gacela en la sabana. Peter la seguía en modo «salvador». Yo me escapé, sumergida en mi mundo como estaba, y me subí a una mesa vacía chutando al suelo cervezas y copas y dejándome llevar por la música, frenética. De repente, una manguera emergió del cielo como en *Mátrix Reloaded* y me cubrió de espuma de arriba abajo, dejándome remojada y renacida como la Venus de Botticelli... hasta que Peter me rescató.

Contra mi voluntad, me cargó sobre su espalda, como si fuera un saco de patatas. Le grité, le di patadas y lo arañé. Conseguí que me dejara en el suelo mientras le gritaba un «qué haces chaval», él me contestaba que «qué droga te has fumado» y Lat nos seguía mohína y quejicosa porque con tanto barullo se le habían enredado las extensiones.

En sujetador, mojadas de arriba abajo y de cara a la pared terminamos las dos esa noche. Peter, con medio cuerpo dentro del maletero de su coche, buscaba unas camisetas secas para prestarnos. Daba la casualidad de que esa misma semana había hecho imprimir un par con el nuevo logo de su taller. A mi lado, Lat intentaba no temblar de frío y miraba de frente a un grupo de chicos distinto al de los aplausos con una sonrisa provocativa en los labios. Yo intentaba librarme del collar blanco que minutos antes me había parecido tan buena idea enredarme en la cabeza. Se me había incrustado en la melena convirtiéndose en una corona de espinas que me cortaba la circulación. Después de intentar resolver sin ningún éxito ese embrollo de pelos y conchas con maña, me decanté por el uso de la fuerza bruta. Di un tirón firme de cuello con

todas mis fuerzas, hasta que el hilo de pescar cedió y las conchitas salieron volando acompañadas por pequeños restos de espuma. La piedra grande se partió por la mitad. Un trozo se me escurrió por el canalillo y quedó atrapado en la pequeña tira que unía las dos partes de mi sujetador de encaje negro. La otra rodó hacia atrás y no fui capaz de ver dónde había caído. Me di la vuelta y me agaché para buscarla, pero lo que me encontré en su lugar fue una deportivas Lacoste tan blancas que su destello me deslumbró.

Después, vergüenza total.

Me incorporé rápido, intentando mantener la poca dignidad que me quedaba frente a los ojos del Príncipe Verde. Sonreí haciéndome la dura, como si para mí fuese de lo más normal exhibirme medio desnuda delante de hombres a los que apenas conocía.

La verdad es que él no fue muy bien educado. En vez de apartar la mirada como haría un caballero medieval, lo que hizo fue quedarse quieto, concentrado, admirando y repasando varias veces los detalles de mi carrocería siguiendo cierto orden, como quien observa uno de esos coches caros rollo Ferrari o Lamborghini. Aunque, siendo sincera y honesta, mi físico, más bien escuchimizado, debía de acercarse más a lo que vendría siendo un Seat León, o no, no, mejor un Twingo amarillo de esos medio pasados de moda.

—Peter me ha dado esto para ti —me espetó cuando dio su análisis visual por concluido, alargándome una camiseta XXL con el logo de Martinezfels—. Pero no sé si te lo mereces. Ni me has saludado hoy.

—Es que no te había visto. —Me puse la camiseta.

—Ya... ¿Quieres que te lleve a casa?

Cuando conducía se ponía muy serio. Apretaba muy fuerte el volante con las manos y se ajustaba a la velocidad que marcaban las señales. Ni más rápido ni más lento. Justo a la velocidad que marcaban las señales... que ese día estaban como torcidas y despigmentadas y borrosas. Además existía, porsupuestísimo, el cocodrilo. Ese maldito reptil que se burlaba de mí como un Dilophosaurus incrustado en su polo.

«Eres muy poca cosa para él —decía el idiota—. Los tíos de esta envergadura solo se lían con modelos de Victoria's Secret o, en su defecto, con sus secretarias.» Pero ¿era posible que ese tuviera secretaria? Si rondaría los veinticuatro años...

En tres minutos llegamos a mi calle. Paró el coche en medio del asfalto negro. Desde ahí abajo, mi casa parecía un castillo medieval inconquistable. Y yo dormía en el último piso de los tres que había, bueno, cuatro si sumábamos el garaje. Tendría que subir la escalera a gatas si no quería sufrir un accidente estúpido y morir a lo Calisto y Melibea.

—Tendré que subir a gatas —susurré con voz turbia.

Él respiró hondo y, sin dejar el volante, giró el cuerpo hacia mí con un gesto de maestro o de padre:

—Venga, pequeñita, espera cinco minutos para entrar, a ver si se te pasa la cogorza. Si te ve tu madre en este estado te mata. No sé como venden alcohol a menores de edad.

¿Se podía ser más estúpido?

—No soy menor de edad. Y no he bebido. Nada. Por cierto, ¿dónde has dejado a tu rubia despampanante? ¿No te ha invitado a ninguna copa después de bailar toda la noche así, superpegaditos?

Él enarcó una ceja.

—Yo ni bebo ni bailo. Por principios —me respondió imitándome mal—. ¿De qué rubia despampanose qué hablas? He estado toda la noche más solo que la una.

¿Se podía ser más embustero en esta vida? El tío mentía tranquilo y relajado, sin soltar el volante. Quizá tenía miedo de que en un despiste le robara el coche, que sé yo.

Pero en el fondo me alegraba que le quitara importancia al asunto. Porque de hecho no me apetecía para nada hablar del tema. Ni ahora ni nunca. Y para evitar temas incómodos a veces es mejor desviar la conversación, cosa que, por cierto, siempre se me ha dado genial. Hay que hablar de temas que dominas para controlar la situación. De esos que te hacen parecer lista. Como cine, pelis o Shakespeare.

—Esta mañana me he vuelto a leer *Romeo y Julieta*, de Shakespeare. Y EN INGLÉS. —Me sudaban las manos—. Supongo que ya sabes de qué va, todo el mundo lo sabe. Pero estoy enamorada del final. Es tan perfecto... Dramático. Inesperado. —Me faltaba el aire—. Quizá soy un poco sádica con el pobre DiCaprio, pero la verdad es que si la historia no terminase tan mal y *Romeo y Julieta* hubiesen acabado felices, comiendo perdices en Verona... ¿Qué gracia tendría el asunto, no te parece? —Y también una buena pronunciación—. Todo el rollo ese de la sangre, cuando ella se clava el puñal, y lo del veneno... Supergore. —Mi párpado izquierdo había adquirido vida propia—. Porque mira que la trama es cursi, es como un culebrón mexicano, y luego dicen que somos las mujeres las que escribimos cosas cursis, qué contrariedad. —«Para de moverte, párpado de los huev...»—. Pero lo cierto es que la verdadera cursilada la inventaron los hombres en la Edad Media y la llamaron amor cortés; que si es tan cortés, menuda mierda de amor debe de ser estar todo el día con un pesado que te habla de usted. —«Te ordeno que pares, párpado izquierdo»—. El gran drama de la vida. El suicidio como final de una historia, porque ya no tendría ningún interés lo que les pasara a *Romeo* y a *Julieta* después de *Romeo y Julieta*. ¿Me explico? —«Please, para de temblar párpado, please!»—. Y aun así yo no me suicidaría por amor ni loca, vamos, imagínate que con los años *Romeo* se cansa de *Julieta* y le pone los cuernos con su ex, la *Rosalina*, esa que sale al principio y de la que nadie se acuerda... —«He dicho que pares...»—. Claro que entonces la obra ya no sería una historia de amor sino de desamor. Aunque igual de dramática, pensándolo mejor. No, no, creo que lo mejor es que se mueran. Así su amor será puro para siempre. —«¡Párpado!»—. Pero solo en la ficción, porque en la vida real, si yo fuera *Julieta* preferiría que mi *Romeo* siguiera vivo aunque me engañase con mil *Rosalinas*. —«¡Para yaaaaaaaaa!»

Cogí aire mirando de frente, sin atreverme a darle la cara al Príncipe Verde. ¿De qué demonios estaba yo hablando? Debía de pensar que estaba loca total. ¿Por qué siempre tengo que cagarla, por Zeus, por qué no sé mantener la boca cerrada?!

De reojo, me fijé en sus manos aprisionando el volante. Los nudillos se le habían puesto blancos por la presión. De repente, sentí que tenía algo mojado encima de la pierna. Era el top verde chorreante de espuma. Muy lejos, un perro ladraba, y me pareció ver que una sombra como de mujer vestida de negro, encapuchada, se escondía bajo el coche.

¿Sería la sombra del mal? Un escalofrío me recorrió la espalda, pero la luna brillaba de una manera tan especial esa noche que olvidé todos mis temores. Era tan blanca, tan perfecta, tan pintada en un cuadro de Van Gogh... redonda. Como el volante al que él se aferraba y que le agarrotaba los dedos.

Como el vacío que dibujaba mi boca entreabierta.

Entonces lo oí contar. Contaba en un susurro ardiente. Contaba: uno, dos... veinticinco.

Estaba perdida. ¿Qué quería que yo hiciera? ¿Qué quería él de mí? ¿Quizá que me escondiera, que huyera, que me quedara allí quieta, muy quieta, medio estatua, medio viva?

Liberó el volante, me miró la mejilla, gimió al aire. Cerró los ojos, concentrado. Subió la mano hasta mi cara y con los dedos me dibujó ecuaciones sobre la piel.

—Veinticinco —repetía una y otra vez. Veinticinco.

Veinticinco... ¿qué, qué, qué?

—Había veinticinco personas que me separaban de ti esta noche.

Sentí como su cara se me acercaba. Su nariz potente contra mi mandíbula. Su aliento olía a infinito. Su barba de dos días rascaba como un aviso de realidad.

Lentamente, poco a poco, sus labios encontraron los míos. Tomé conciencia de cada recoveco, de cada suavidad, de cada pequeña imperfección que los hacía especiales. Su lengua empezó a acariciar la mía y me tuve que agarrar al cambio de marchas para no perder el equilibrio. Con las manos me peinó el cabello y después jugó con los dedos en mi nuca.

De repente, la magia desapareció. Y apareció el monstruo.

Transformado en coche, luces, pitidos de claxon y ¡SALID DE LA CARRETERA, JODER!

Y ya está, ya no sabía qué hacer ni qué decir, necesitaba irme, desaparecer, necesitaba aire y huí, huí dejando la puerta del coche abierta y el top en el asfalto y al Príncipe Verde solo, desencajado, y abrí la puerta del jardín y la de mi casa y corrí a cuatro patas por la escalera que se alargaba hacia el cielo como si no tuviese fin. Hasta que sonó el móvil que aún tenía en el bolsillo y del que ni siquiera me acordaba ya

Era un SMS.

Me senté en un escalón y lo leí.

¿Me huele el aliento? Tu Príncipe Verde.

¿Cómo había conseguido mi número? Empecé a reír y a reír, y al adentrarme en la brillantez de mi profunda satisfacción, me levanté. Al hacerlo sentí que algo caía al suelo. Sonaba a piedra. Era una de las partes de mi corona rota. Me agaché para recogerla, pero mientras lo hacía perdí el equilibrio y caí de espaldas contra el escalón más afilado. El golpe fue seco, como si me talasen la columna vertebral a hachazos.

Pero era tan feliz que ni siquiera dolió.

Unos días después... 31 de julio de 2010

—Hablo y hablo como una cotorra y me da la impresión de que nunca te dejo hablar a ti... — comenté con una aceituna en la boca. El Príncipe Verde, sentado frente a mí, ignoró el comentario y aprovecho para sacar de la funda sus gafas de sol tipo aviador y colocárselas sobre la nariz con la elegancia de un modelo de calzoncillos.

—Me molesta mucho la luz. ¿A ti no?

A mí no me molestaba, no. El aire olía a sal y a aviones. La terraza estaba a rebosar y los camareros se multiplicaban como las amebas. Él vestía unos pantalones cortos y una camiseta verde lisa, con un bolsillo en el pecho. En la muñeca, una pulsera de cuero. En los pies, chancas de dedo.

Yo llevaba un vestido blanco ibicenco, una pulsera a juego y unos pendientes de nácar de esos que cuelgan. En los pies, mis inseparables menorquinas.

Creo que era domingo.

Desde el beso nos habíamos visto cada día de la semana. Y todas nuestras citas se habían parecido. Yo hablaba mucho, muchísimo, y él más bien poco o nada. Se limitaba a observarme con esos ojos verdes tan suyos, encendidos como algas malignas. Yo me ponía tan nerviosa que no era capaz de frenar mi diarrea verbal.

Y luego, cuando nos despedíamos y sobraban las palabras y faltaban los actos, yo me quedaba plantada esperando algo... que nunca llegaba. Ahí me quedaba con las ganas solo para mí, solitaria, patética, decepcionada. *Nothing* de *nothing*.

Y yo ya empezaba a impacientarme, a desconcertarme y a pensar que todo lo que había pasado esa noche fatídica de luna llena no era más que producto de mi fructífera imaginación.

Había pasado más de una semana y yo no sabía apenas nada del Príncipe Verde, más que los datos de los que disponía con anterioridad. El chico no soltaba prenda.

Encima, me daba la sensación de que todo era parte de su plan, que el tío me toreaba continuamente y me hacía seguir el camino que él quería. Y yo no oponía ninguna resistencia.

¿Qué me pasaba? ¡Con lo que yo había sido! Por qué cuando estaba con él me volvía lenta, tonta, retrasada. De pensamiento y de movimiento. Ni que tuviera serrín en vez de cerebro. O caca de caballo. Me convertía en un holograma incapaz de distinguir un complemento directo en una frase simple.

¿Y por qué el corazón me latía tan rápido y la sangre fluía en mi interior con una fuerza que hacía que me temblaran las manos y se me secase la garganta?

¿Por qué nunca sabía por dónde cogerlo, ni cómo predecirlo? ¿Por qué para mí ese prospecto de hombre estaba escrito en un alfabeto incomprensible, pesado, desesperante?

¿Y a la vez tan fascinante?

—¿Me estás cambiando de tema aposta? —pronuncié dejando de lado mis cavilaciones neuróticas, tragándome el hueso de la aceituna y empezando a toser como una tísica. Él se echó a reír con un gesto de malvado de película de segunda, enseñando los dientes de un blanco de

nube.

Príncipe VERDE tenía que ser.

—Tía, eres como Mister Bean, a veces.

¿Había dejado caer un pedacito de información?

—¿Te gustan las series de la tele? ¿Veías Mister Bean de pequeño?

Apoyó los codos sobre la mesa y subió el mentón.

—Lo veía mi madre. A mí no me gusta la tele.

Silencio absoluto.

En fin... No era mucho, pero por algo se empieza.

Me daba pavor formularle preguntas demasiados personales. Hice un listado mental de los datos que tenía de su vida: a los dieciséis lo llamaban «el Tupés», y tenía más pelo, era ingeniero en un trabajo que te cagas, le gustaba contar, las rubias, era supersexi y... eso era todo.

—¿Y de pelis, cuál te gusta? —se me ocurrió preguntar.

—Las de James Bond y *La guerra de las galaxias*.

—¿Y por qué te gustan?

—Las primeras por los coches, los trajes y las tías. La segunda por las espadas, por las naves y por el «que la fuerza te acompañe».

—¿Y solo te gustan esas pelis?

—Sí.

—Y de libros...

—No leo libros.

—¿Nunca?

Me entró como un sofoco. Intenté encontrarle las pupilas tras las gafas, pero estas solo me devolvieron el reflejo de mi propia decepción.

—En segundo de ESO me obligaron a leer *La plaza del Diamante* y una vez mi madre me regaló un libro sobre la teoría de cuerdas. —De repente le cambió el gesto y se le iluminó la cara — ¿Las revistas, los cómics y las partes de atrás de los botes de champú cuentan?

Debía de estar tomándome el pelo.

—NO.

Acercó su mano a la mía pero la aparté. Mi tono de voz fue serio, dramático.

—Tú sabes que estudio humanidades para ser escritora profesional. Las palabras son mi vida. Todo para mí es una gran historia que espera ser vivida o contada.

Las mejillas se le tensaron, la respiración se le agitó.

—Ya lo sé. Lo has repetido mil veces estos días.

¿Cómo explicárselo para que lo entendiera...? Alcé los ojos al cielo. Una nube en forma de gato me saludó.

—Mira al cielo. ¿Tú qué ves allí arriba?

Se quitó las gafas y las dejó sobre la mesa.

—Veo partículas de agua condensada. No sabría decir el número exacto, lo tendría que calcular. —Hizo una pausa—. ¿Tú que ves?

Las manos me temblaban.

—La cara de un gato.

Noté que nos habíamos quedado solos en la terraza y que el sol parecía haberse escondido.

Él se humedeció los labios con la lengua en lo que me pareció una eternidad de lucha interna. Pero no me miró a los ojos, que pasaron del cielo al plato de las aceitunas. Presionó los dedos contra el aluminio de la mesa hasta que se le emblanquecieron mientras murmuraba palabras desordenadas e incomprensibles que terminaron en un:

—Yo... yo...

¿Qué estaba tratando de decirme?

La voz me salió roja:

—¿Tú?

¿Tú qué, qué, qué?

Relajó la cara.

—¿Quieres que te lleve a casa? Ya no hace sol y querrás comer.

No le respondí, aunque tampoco sabía cómo decirle que sentía un agujero enorme entre el corazón y los pulmones que la comida no sería capaz de rellenar.

Me escondí detrás de mi pelo.

Noté que tenía las mejillas húmedas.

¿Estaba llorando?, me pregunté.

¿Por qué estaba llorando?

Y después de todo eso oscureció y la noche llegó. Hacía muchísimo calor, por lo que decidí salir al jardín con el móvil en la mano. Eché matamosquitos con el pulverizador y me tumbé en el césped, que pinchaba.

La cabeza, apoyada con delicadeza usando el borde de la piscina como almohada. Los largos cabellos castaños, flotando sobre el agua con cloro dibujando lágrimas. Única iluminación: las estrellas y la luz que provenía de la casa.

El sonido de los grillos, los saltitos de las ardillas y el rechinar de las agujas de nuestro pino más antiguo me acompañaban. Llevaba el mismo vestido que al mediodía y me lo había remangado por encima de las rodillas. Sin joyas.

Estaba sola en casa.

Mis padres habían ido al cine y después de copas con unos amigos, y mis hermanos andaban perdidos por el mundo quién sabe dónde.

Sonó el teléfono. Era Lat, que quería saberlo todo, con la voz de Peter de fondo como siempre pidiendo cubatas entre el barullo.

—Neni, ¿qué tal ha ido con el guapo?

Yo ni tenía ganas de mencionar el tema, la verdad.

—No sé, la cosa como que no avanza, y no sé si quiero que avance, la verdad.

Oía a Lat entrecortada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado, guapi?

Suspiré.

—No sé, Lat, no sé. Es que no tenemos nada en común. No sé nada de su vida, no habla conmigo. No sé lo que siente y no me demuestra nada. Quizá lo del otro día solo fue una cosa del momento y yo ya me construí una fantasía como hago siempre, no sé... —Acaricié la hierba y me encontré con un objeto alargado—. Si es que en verdad todos tenéis la razón. Soy estúpida, una

princesita inútil que no sabe nada del mundo real y que llora cuando las cosas no le salen como ella quería. —Cogí el objeto y me lo puse delante de los ojos, era un boli Bic—. Pero esta vez tenía la esperanza de que fuera distinto; no sé, lo presentía, lo notaba. Pero vaya chasco. Y encima odia leer. Solo lee botes de champús y cosas raras. ¿Puede una escritora estar con alguien que odia lo que ella más ama en el mundo?

—Supongo que no —me contestó una voz masculina.

Chillé, me incorporé y sin querer lancé el móvil al agua y el boli Bic al césped. Las puntas de mis cabellos mojados se me pegaron a las mejillas como los tentáculos de las medusas.

El Príncipe Verde estaba sentado a mi lado como un indio. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Cómo había entrado en el jardín? Los ojos le brillaban en la oscuridad como dos focos fosforescentes. Noté que me miraba las piernas con su estilo nada disimulado, hecho que hizo aumentar mi furia hasta niveles insospechados. Le di un golpe en el hombro con todas mis fuerzas para castigarlo pero no conseguí moverlo ni un centímetro.

—¡Me has asustado, idiota! ¿Cómo has entrado aquí? La tapia es alta y difícil de trepar. ¿Te crees James Bond? ¿Qué problema tienes? ¿Qué te pasa en ese maldito cerebro descarriado? Además, me has dejado sin móvil. Mierda, mierda, mierda, mierda. —Me volví. Mi móvil me saludó, reposando en las profundidades acuáticas—. Genial, ahora mi padre me matará, y todo por tu culpa.

El mentón me temblaba por la pasión del momento. Sentí que toda la sangre de mi cuerpo se me acumulaba en la cabeza.

—Hey, pequeña, calma, que solo soy yo.

Me acarició el brazo pero lo aparté.

—No soy una niña, no me trates con paternalismos, estoy harta de que todo el mundo piense que soy una muñeca de porcelana que se puede romper si le dices las cosas a la cara.

Me senté en la hierba y me abracé las rodillas con los brazos.

—¡No vuelvas a gritarme así en la vida! No me gusta que me trates como una... desilusión —rugió. Después, la voz se le rompió en pedazos cuando empezó a darme explicaciones—. Te he llamado al móvil pero me salía número ocupado, y después he llamado al timbre, pero, como siempre, tú no te enteras de nada. Como estaba harto de esperar, he saltado la tapia por el agujero que hay entre los cipreses.

Me aparté el pelo de la cara y traté de parecer dulce.

—Así que lo has oído todo.

—Sí —susurró.

—¿Y qué opinas?

Se volvió hacia mí.

—Que tienes razón, que no tenemos nada en común. —Me copió la postura abrazándose las rodillas—. Yo odio leer, y miro al cielo y veo partículas de agua condensada. En cambio, tú ves gatos. A mí no me gusta hablar de mí mismo y a ti te encanta. Yo lo explico todo con números y tú con letras.

Sonreí para mis adentros

—¿Por qué has venido?

Se puso de pie y me dio la espalda.

¿Por qué has venido?

Avanzó hasta el tronco de nuestro pino más antiguo y empezó a arrancar trozos de corteza, como si se estuviera deshaciendo de la armadura que se había construido para no acercarse demasiado a mí.

¿Por qué has venido?

Me levanté y me acerqué a él sintiendo como las agujas del pino se me clavaban en los pies.

¿Por qué has venido?

Él, medio escondido, seguía arrancando corteza, y cuando le toqué la espalda la noté tensa como la cuerda de una guitarra. Un hilito de sangre chorreaba por mi pie y, mezclándose con la tierra, navegaba por el suelo hasta encontrar sus chanclas de dedo. Y por ellas ascendió y ascendió como una pequeña oruga roja, subiendo por su pierna fuerte, por el túnel de los pantalones y de la camiseta y por el cuello y por la nuca, para luego girar y seguir en vertical abriéndose paso entre su barba de tres días, entre sus mejillas enjutas.

Cuando llegó al lagrimal del ojo se mezcló con el agua salada y verde y daliniana y quebradiza. Era su destino.

Movió los labios sin emitir sonido alguno.

¿Por qué has venido?

Cerró los ojos, respiró hondo y me pareció que el mundo entero y no solo yo dependía de su respuesta, que me llegó como un relámpago, con la fuerza de un desastre natural, de un hachazo.

¿Por qué has venido?

Me empujó fuerte contra el tronco del pino que me había visto nacer y clavó su cuerpo en el mío. Le sentí todas las costillas. Los pulmones se movían arriba y abajo como los agujeros por los que respiran las ballenas. Resbalé hacia abajo como un pez arañándome la espalda escarchada y él vino conmigo, succionándose la boca como si quisiera robarme el oxígeno, y de un momento a otro mi vestido ya no estaba y su trasero desnudo y perfecto se movía sobre el mío como las olas del mar. Yo era la costa y mi pecho izquierdo las rocas donde él se aferraba para no ahogarse. Era la princesa del océano con un boli Bic por cetro y una corona de agujas de pino.

—¿Por qué has venido?

—No tengo ni idea.

Su aliento me empañaba la mirada.

—Mentiroso. Tendrías que librarte de mí ahora que todavía estás a tiempo. Esto no puede salir bien.

El peso del Príncipe Verde, tumbado desnudo sobre mí, me ahogaba y las hormigas empezaban a subirme por las piernas. Le hice un gesto para que se apartara.

—Lo llevo intentando desde hace una semana, no creas, pero por una extraña razón no puedo. No rindo nada en el trabajo porque todas las operaciones me dan el mismo resultado: TÚ.

Sonreí y me incorporé.

—No soy fácil. Para estar conmigo tendrás que aprender a hacer las cosas al contrario de como las hace la mayoría de la gente. ¿Serás capaz de soportar la presión ambiental?

Él se incorporó a su vez y me mordió la nariz.

—Yo tampoco soy fácil, no te equivoques. A veces no sé cómo expresar lo que... Y bueno, soy un hombre de costumbres fijas, voy al baño siempre a la misma hora. No leo, me aburre. Odio que se me arruguen las camisas. No bebo alcohol. No bailo. Me gusta sumar los números

de las matriculas de los coches cuando voy por la calle. Soy muy aburrido. —De repente, torció el gesto y me guiñó un ojo.

Le aparté la mano de un golpe.

—Te has dejado una cualidad en tu resumen: eres un presumido y un prepotente.

Me pasó una mano por los hombros. De repente empezaba a tener frío.

—Pequeña... siento esto que acaba de pasar. Quiero que sepas que normalmente no soy un loco ni un irresponsable.

Le tapé la boca con los dedos.

—Yo tampoco, y créeme que a mí también me da miedo que por un momento de...

—No pasará nada que arruine nuestro futuro.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Confío en ti y en la probabilidad científica. No va a pasar nada, solo la felicidad. Déjame el boli este que ha andado por aquí todo el rato y te lo demuestro.

Se lo di y él me dibujó algo en la cadera, algo que no veía bien.

—Es una báscula. El símbolo de la ley de la compensación. Yo soy alto, tú bajita. Yo de ciencias, tú de letras. El equilibrio.

Le quité el bolígrafo, juguetona, lo obligué a tumbarse y escribí mi nombre con letras enormes en su pecho, donde me pareció que se encontraba su corazón.

—¿Me estás marcando para siempre? —preguntó.

El escándalo que hacían mis padres al salir del coche y abrir la puerta del jardín me salvó de responder esa pregunta incómoda.

—Vístete rápido. ¿O es que quieres conocer a tus suegros en pelotas?

Lo mejor para todos

20 de octubre de 2013

Cuando entré por la puerta de casa por primera vez en semanas casi ni me lo podía creer. Todo estaba igual que siempre, todo excepto yo misma.

El gato vino a recibirme con carantoñas. Quería acariciarlo, pero enseguida recordé que tenía prohibido tocar animales y me eché atrás. Esta era solo la primera prohibición de una larguísima lista que me había pasado Juana, mi enfermera asignada, escrutándome con sus ojos negros durante nuestra cita.

Pasamos rápido por el comedor y mis padres me acompañaron hasta mi amada escalera, que ahora era para mí una montaña inexorable que simbolizaba todas las dificultades de la vida. La misma que subí volando a gatas el primer día que el Príncipe Verde y yo... en fin. Las piernas y el cuerpo pesaban como el plomo que se estaba forjando sin prisa pero sin pausa bajo mi blanca piel.

Mis hermanos relevaron a mis padres y me ayudaron a subir convirtiéndose en unas muletas improvisadas. Recordé que cuando nacieron eran tan pequeños que podía cargarlos uno en cada brazo. Y ahora estaban allí, ya hechos casi dos hombres, y la pequeña había pasado a ser yo. Con su ayuda conseguí alcanzar el primer piso. ¡Aún tenía otros veinte peldaños que subir! Maldecía el día en que había decidido adueñarme del último piso, pero decidí esforzarme. Qué ganas tenía de volver a mi habitación, de tocar las dos paredes rosas y sus gemelas amarillas y los armarios blancos y marrones y el corcho a rebosar de fotografías y mi cama arrimada a la pared y el nórdico cuadriculado y bo r o s o y p i x e l a d o j e k l l a d j...

—¡Cogedla!

—¡Nena, nenita, qué susto nos has dado! —dijo mamá mirándome desde arriba.

Me incorporé. ¿Dónde diablos estaba? ¿Lo que había en el suelo era una plancha? ¿Estaba tumbada en el cuarto de la plancha?

—Mamá, ¿que estoy haciendo en el cuarto de la plancha? ¿Qué ha pasado con mi cuarto?

—Te has desmayado. ¿No te gusta lo que te hemos montado aquí para que no tengas que subir tantas escaleras? Fíjate en la cama, tiene un mando a distancia para que la puedas regular como tú quieras. Y mira esto. —Cogió un objeto de la mesilla—. Es una campanilla para que, puesto que todavía no has recuperado del todo la voz, me puedas avisar sin tener que gritar. Y aquí al lado, en la mesilla, te he dejado tu ejemplar de *Romeo y Julieta*. ¡Que no falte!

¡Que no falte! Ahora ya sí que estaba todo muy claro. No podía caer más bajo. Había convertido a mi madre en mi cuidadora veinticuatro horas *non-stop* y a mí misma en una de esas viejas de las telenovelas colombianas con cama de hospital y campanilla «avisachachas».

¿Y mi cuarto? Seguro que había sido invadido y dismantelado por mis hermanos, que siempre habían querido tener un estudio de DJ o algo así.

—Tu habitación está intacta, tal y como la dejaste. Cuando te pongas bien la recuperarás.

La eterna promesa: cuando te cures lo recuperarás todo. Todo. Y una mierda. Hay cosas que una vez perdidas son irrecuperables. Como la seguridad de saber que mañana seguirás vivo. Como la inocencia de pensar que la vida es un camino con algunas dificultades que siempre se solucionan. Como mis antiguos cabellos. Como las venas que se me van a quemar.

15 de octubre de 2013

«Se te van a quemar», había dicho Juana durante la conversación que habíamos mantenido y que para mí era como una pesadilla por capítulos que no dejaba de repetirse

«Las venas se te quemarán porque para curarte te inyectaremos veneno. Un veneno bueno. Pero veneno. Un veneno que evitará que te mueras.

»O no.

»Un veneno que matará a tus hijos.

»O no, porque al setenta por ciento eso no le pasa. Además, si tú quieres, en San Juan de Dios te quitan un ovario, lo trituran a pedacitos y lo guardan en una nevera para reimplantártelo en el futuro.»

Después de darme esa información, Juana se puso a escribir en el ordenador.

Con su pelo corto repeinado y su carita redonda. El póster contra el cáncer de mama que adornaba la pared cayó al suelo como el pétalo de una rosa. Lo recogió con decisión y lo tiró a la basura.

Alcé la vista. El sol asomaba por el marco de la ventana. Mi padre estaba sentado a mi lado con una carpeta llena de información para luchar a favor de mi voluntad. Hasta el final. Protesté.

—Si me quitan un ovario y lo pasan por la minipimer me quedaré estéril seguro. —No me gustaba aquello de la trituración.

Juana se frotó las manos y me miró a los ojos levantando ambas cejas:

—También te pueden sacar óvulos y congelarlos, pero para eso necesitas un tiempo que no sabemos si tienes. Es muy posible que la quimioterapia no te afecte en ese sentido.

Noté que mi padre sonreía a mi lado. ¿Qué se traía entre manos? Decidida, respondí:

—Es posible. Pero igualmente quiero hacerlo. No puedo vivir presuponiendo cosas. —La espalda me dolía. Descansé las manos encima de la mesa.

—Es que si lo haces, tal vez mueras. Este es un tema secundario... —Ella me acarició, me acarició los dedos, como solía hacer mamá.

—Secundario para ti. Es mi vida y son mis hijos. —Me liberé de su caricia pero le agradecí el gesto con una sonrisa.

Juana tenía sus momentos. Se preocupaba por mí sinceramente.

—Es muy arriesgado. No podrás —dijo, creyéndose dueña del futuro.

—Podrá —sentenció mi padre, que siempre confiaba en mí—. Y yo lo arreglaré todo.

De eso hacía ya dos semanas. Dos semanas en las que había empezado el tratamiento para congelar unos cuantos de mis posibles futuros hijos. Sí, mi padre siempre lo arreglaba todo, todo y todo. Dos semanas y solo me faltaba una más para conseguirlo. Y lo haría. A rastras. Moribunda, Momificada. Exhalando mi último aliento. Pero lo conseguiría.

20 de octubre de 2013

Una hora más tarde, un rizo travieso se asomó por la puerta del cuarto de la plancha. Era mi prima de ojos lapislázuli que tenía el día libre en el hospital. La recibí recostada en la cama y cubierta por una sábana blanca.

Acostumbrada como estaba a verla en bata blanca, me fijé en su aspecto. Vestía un poco hippy: camiseta blanca de tirantes con un bolsillito al lado del pecho derecho y pantalones caqui estilo Aladino. De las orejas le colgaban unos pendientes largos hasta los hombros rematados por dos plumas de flamenco de color rosa que contrastaban con su piel dorada de estatua egipcia. En las muñecas llevaba muchas gomas de pelo y pulseras de colores, pensadas para distraer la atención de la gente de la cicatriz fina y larga que cruzaba su codo derecho. Gomas de pelo, siempre a mano, siempre listas para domar esa mata negra acabada en *loopings* que tenían vida propia, como las serpientes de Medusa.

Masticó un hola tan gris como gris se había vuelto el tiempo. Se sentó a los pies de la cama, frente a mí, y bajó la vista tratando de encontrar las palabras adecuadas. Me hizo cosquillas en la pierna a través de la sábana y yo la dejé hacer porque no tenía ganas de más charlas transcendentales. ¡Puaj!

Cuando la noté cansada, le pedí que me pasara unos cojines que mamá había guardado en el armario. En la pared, al lado de la mesilla blanca, mi madre había colgado un cuadrito con flores que había pintado la abuela poco antes de morir. A la derecha, junto al armario, reposaba un banquillo de madera que perteneció a la bisabuela.

Cuando para mi desgana mi prima tomó la decisión de hablar, se levantó de la cama y se sentó en él.

—¿Cómo estás? —dijo mirando la pared y mordisqueando una de las gomas negras que llevaba en las muñecas.

—Bien. —Traté de despistarla sacando al aire uno de sus temas favoritos—. ¿Has ido a hacer *puenting* esta semana?

Sentada como estaba, se agachó dejando caer la cabeza entre la piernas y los rizos en cascada. Los recogió todos en un moño terrible y volvió a incorporarse.

—No, esta semana he ido a hacer *windsurf*. —Su voz sonó grave—. ¿Recuerdas cuando nos apuntaron juntas, de pequeñas? Tenías tan poca fuerza que en una semana solo fuiste capaz de mantener la vela en su sitio dos minutos.

Nunca fui una estrella del deporte y esa vela pesaba trescientos mil kilos.

—Tú, en cambio, eras capaz de usar el viento a tu conveniencia para dar vueltas a mi alrededor, riéndote de mí, haciendo ver que me dabas consejos: «Levanta la vela por allí, no por allá...». Se te daba bien, eras una insoportable total... Por cierto, me gusta cómo te queda el pelo así, recogido.

Rió y fijó sus pupilas lapislázuli en las mías.

—¿Recuerdas mi pelo de antes, tan liso, tan rubio? El de antes de enfermar.

Lo recordaba, ¡pero hacia tantísimo tiempo!

Siguió hablando, gesticulando y escupiéndome un poquito:

—Ya han pasado diecinueve años. ¡Diecinueve años del sarcoma! —Paró un instante—. Tenía ocho cuando empezó todo, cuando mamá me encontró el bulto en el brazo. ¡Y ya tengo veintisiete! A veces ni me lo creo. Y tú tampoco te lo vas a creer. Las mujeres de esta familia somos muy duras.

Yo solía olvidar la enfermedad de mi prima; era tan pequeña cuando ella enfermó que no entendía muy bien lo que le ocurría. Tendría unos seis años. Mi madre me llevaba siempre a verla al hospital.

—Y mi madre me llevaba a verte y jugábamos a cromos del Rey León. Nunca pensé que lo que te pasó pudiera pasarme a mí, ¿sabes?

Esta afirmación la hizo quedarse pensativa.

—Yo tampoco lo pensé. Ni siquiera lo intuí. A veces me vienen imágenes de mi vida en esa época, de mis compañeros de habitación, el bebé maltratado y la loca que pintó las paredes de lila, la peluca, los litros de Coca-Cola... Pero intento olvidarlos, pensar que solo son parte de una pesadilla que no tiene nada que ver con quien soy ahora. Lo he dejado atrás. —Le temblaba la voz.

—¿Y pretendes dejarlo atrás trabajando en un hospital oncológico?

Evitó responder y yo me cuestioné si su afición por los deportes de riesgo surgía en realidad de sus ganas de evitar hacerse esa pregunta a sí misma. Quería olvidar. ¿Se creería inmortal?

Me acomodé mejor en la montaña de cojines. El banquito crujió cuando mi prima echó el cuerpo hacia adelante, como anunciándome algo.

—Ya me han dicho que estás muy preocupada por los efectos secundarios.

En este mundo no se pueden tener secretos.

—Sí.

Se rascó la nariz.

—Pues no sufras tanto, que no vale la pena.

Una cosa era decirlo; otra muy diferente, hacerlo.

—No sé cómo hacer eso. —Fui lanzando uno a uno los cojines al suelo y me dejé caer hacia atrás hasta quedar plana como una tabla.

—¿Sabes cómo? Con esperanza. —Sonrió para sus adentros, brillando como el sol—. Estoy embarazada. De tres semanas. Pero ya lo sé seguro. Me lo ha dicho el gine del hospital.

Me incorporé de golpe tan rápido que sentí un tirón en el cuello.

¿Era posible? La abracé, y mira que no soy mucho de abrazar, dar besitos y demás cursilerías, y al hacerlo sentí que viajábamos atrás en el tiempo, y ella era calva y yo castaña clara y con flequillo de león. «Me faltan tres cromos», me decía ella, marimandona, y yo siempre le daba alguno porque tenía muchos repetidos. Pero a veces me distraía y le daba uno de los nuevos. Entonces ella me enseñaba su álbum completo y bonito y yo lo comparaba con el mío, sucio y lleno de vacíos, y tenía ganas de llorar. Pero no lo hacía. Siempre le sonreía. Siempre le sonreía... y ella me sonreía a mí desde dentro, como bañada por el sol.

¿Tendría yo tanta suerte como ella o en mi álbum siempre faltarían cromos?

Se separó de mí con lágrimas en los ojos y miró al cielo como si quisiera hacer una declaración de intenciones.

—Te daré un último consejo. —Se detuvo un instante para subrayar su mensaje—. Debes dejar de tener malos pensamientos. Te empiezas a curar cuando eres optimista. Si yo he podido, tú también podrás.

Me toqué los cabellos, que todavía eran los míos, para cerciorarme de que seguían allí, para que me dieran el sentido común que creía que me faltaba.

Pensaba en sus últimas palabras.

¿Consejo o reto?

22 de octubre de 2014

Decisiones. Me pasaba el día tomando unas decisiones terribles. A vida o muerte. Y me cansaba mucho. ¿Cuándo había dejado de preocuparme de cosas normales?

Tal vez cuando mi vida había dejado de ser normal.

¿Y la gente que me seguía? ¿Qué sería de la gente que me quería si yo no lo lograba? ¿Había alguna manera humana de ahorrarles un sufrimiento que no habían pedido, que yo nunca les habría querido provocar?

La respuesta era no. No.

Mi familia no tenía más remedio que seguir a mi lado pasara lo que pasara. Odiaba hacerlos sufrir, pero no había modo humano de alejarlos.

Mis amigos como Lat y Peter seguían conmigo porque lo deseaban, pero mi enfermedad no causaba un gran impacto en sus vidas. Si me pasaba algo, llorarían, estarían tristes, me recordarían con afecto, pero seamos sinceros, seguirían adelante sin muchos inconvenientes.

El Príncipe Verde. Seguía conmigo sin preguntar. Me daba la mano cuando hablábamos con los médicos. Me decía que todo iría bien cuando a mí me parecía que la tierra misma se hundía bajo mis pies.

Pero ¿podía yo seguir con él?

¿Podía seguir yo con él en este estado de inseguridad permanente, de metamorfosis, de incertidumbre, de posibilidad fatal? ¿Podía obligarlo, en plena juventud, a pasar por esto? ¿A estar atado a una persona que ya no podía darle nada, solo sufrimiento, decrepitud, desesperación, momificación?

Fuera, el viento silbaba. Una rama de nuestro pino más antiguo empezó a dar golpecitos contra mi ventana marcando el ritmo de mis pensamientos. ¿Cómo era posible que llegase hasta allí si estaba en el otro lado del jardín? ¿Y cuándo se había convertido mi vida en una constante pregunta? Entonces me oí decir a mí misma con mi voz de otro tiempo: «Deberías librarte de mí ahora que puedes» y «Esto no saldrá bien», y llevaba clavada en la frente una corona de espinas cubierta de sangre. ¡Por Dios, estaba feísima! «Eres un presumido y un prepotente», le había gritado esa noche definiéndome a mí misma. Qué ingenuo había sido pensar que nuestras estúpidas visiones distintas de la vida sería lo que nos separaría. Qué estúpida había sido al confesar en voz alta palabras que solo hay que pensar, porque una vez pronunciadas no hay manera de borrarlas. Aunque el tiempo avance, aunque avances tú y cambies de opinión. Suspiré al darme cuenta de que esta vez tenía que escoger muy bien mis frases ahora que era consciente de que alguien, desde otra dimensión, podría estar escuchándome y pensando que mis palabras eran una profecía que había que cumplir.

Por la tarde, cuando empezaba a oscurecer, él vino a verme, como lo hacía cada tarde al salir de trabajar. Se sentó en el mismo banquillo que había usado mi prima.

Yo estaba como siempre, en la cama, pero me había puesto un pijama rojo y me había hecho una coleta. Releía *Romeo y Julieta*, la parte del balcón.

Él me sonrió y sus ojos se clavaron en los míos, con una mirada verde, quebradiza, daliniana, como la del poema de Lorca. Pero estaba ojeroso. El libro me resbaló de las manos y quedó escondido entre las sábanas blancas, que eran páginas vacías. Se puso bien la manga del jersey, que era el mismo medio descosido y con rayas lilas que llevaba el día anterior.

—¿Cómo estás hoy? —me preguntó frunciendo el ceño.

—Bien... —contesté. Lo veía doble y a veces triple.

Mi chico respiró hondo y se pasó las manos por la cara ocultando el rostro por unos instantes para reaparecer acto seguido ante mí fresco como una rosa

—¿Nerviosa? Mañana empiezas la quimio. —Cogió la parte del nórdico que rozaba el suelo y la estrechó tan fuerte entre sus dedos que se le pusieron blancos—. Tenemos que hablar. —Repetía el gesto como un autómata.

Con el oído, que no tenía concentrado en el Príncipe Verde, oí el tintineo de un cascabel proveniente de la puerta. Mi pobre gatito, a quien ya jamás podría acariciar, me observaba triste desde la entrada. Decepcionado, maulló y desapareció. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en las palabras de mi novio. Lo que oí me dejó helada, más estatua que nunca.

—Mañana me voy de viaje por trabajo. Volveré en una semana.

Sus palabras resonaron contra las sábanas blancas que él retorció, retorció y retorció.

Silencio absoluto tan solo quebrado por el sonido remoto del motor de un coche. Y todo lo que llevaba cavilando todas esas horas perdió el sentido frente al dolor agudo y punzante que sentí en el alma. Mi cerebro no era capaz de controlar mi corazón.

La sangre que me quedaba me inundó de arriba abajo y me armó con una energía negativa que no había sentido jamás. Comprendí en ese mismo instante como, en situaciones límite, la gente es capaz de cometer asesinatos. Puedo jurar que si en ese momento hubiera tenido un objeto punzante a mano lo habría apuñalado más de cincuenta veces. Quería gritarle, insultarlo, desfogarme, pero tampoco podía por la puta biopsia de mierda que me había dejado muda, a merced de los demás.

A él empezó a costarle respirar. En cambio, mi respiración era acompasada y profunda. No había suficiente oxígeno en la sala para los dos.

Y yo, después de aquella sulfatación total y en contra de mi voluntad y buen juicio, lo vi todo con claridad. Debía aprovechar la situación. Dejarme arrastrar por la rabia que sentía. Debía hacer lo que debía hacer. Porque después de todo era por su bien. Era por su bien.

Me sorprendió mi propia calma de castillo de hielo, de castillo de plomo:

—Si te vas no vuelvas. Tal vez yo ya no esté aquí.

Volteé la cabeza para esconderme de mis emociones.

Él se levantó del descalzador, que cayó de lado al suelo, resonando contra los azulejos. Se abalanzó sobre mí.

—Tengo que ir.

Tengo que ir.

Porque en el trabajo hay complicaciones. Porque necesito pensar. Porque no quiero ir pero debo hacerlo.

Pero esto último no lo dijo. Solo dijo: «Tengo que ir».

La voz se le quebró al final de la frase. Yo continuaba con lo mío y sentía en la garganta un nudo enorme y negro, un tumor de fabricación propia.

—Me quieres abandonar en un momento crucial en mi vida, entonces.

Y haría bien, muy bien, debía irse lejos, porque si no lo despedirían, y yo, de hecho, no era nadie en su vida. No era de su familia. Ni madre, ni padre, ni hermana. Ni prima, ni tía, ni abuela.

No estábamos casados, después de todo.

Éramos demasiado jóvenes.

¿O puede que no?

Sí, sí que lo éramos, demasiado jóvenes, y lo de pasar por la vicaría en Europa ya no se lleva, al menos hasta los treinta. No seas antiguo.

Tenía que irse.

Muy lejos. Volar hacia los altos edificios del éxito. Lejos de mí. De la desgracia. Tenía sentido. Tenía todo el sentido del mundo. Pero entonces, ¿por qué me costaba tanto aceptarlo? ¿Por qué tenía que ser tan duro?

Porque los lazos que nos unían eran tan débiles como los hilos de los botones de las parkas de los niños cuando van a las comuniones...

Él me cogió la barbilla y me obligó a ver cómo sus ojos estallaban en pequeños fragmentos cortantes que querían entrar en los míos y destruirlos. Yo no podía llorar. Ni él tampoco.

Dios mío, dame valor.

Valor para decir lo que tengo que decir. Es por su bien, tú lo sabes.

—Lárgate y no vuelvas más por aquí. Hemos terminado. —Todo me parecía irreal—. Me puedo curar sola. Soy dura. Sobreviviré y seré feliz. Sin ti. Adiós. —Lo mejor era que me odiase. Así le sería más sencillo—. Además, ¿cuál es la diferencia entre ahora o más tarde? Al fin y al cabo siempre supimos que lo nuestro no iba a durar.

Se quedó pálido. Intentaba replicar pero solo balbuceaba en voz baja sonidos irreconocibles. Guardó algo en el bolsillo de los tejanos. No me preocupé por descubrir el qué. Al final entendí algo.

—Pero...pero... somos el equilibrio.

Pero ya no lo éramos. El equilibrio. Ahora la balanza estaba descompensada porque yo había dejado de valer la pena y él era como una pluma de pavo real, bonita y ligera; y a mí me habían atado al pie una bola de plomo que no me dejaba alzar el vuelo.

Era por su bien. Lo habíamos sabido siempre.

Al fin recuperó la compostura y se puso recto, muy recto, estirado como un poste de la electricidad, y súbitamente traspasado por un rayo de rabia radiactiva escupió, bajito:

—¿Sabes algo, princesa? Tu padre no tiene razón. No eres de plomo. Eres como un cristal roto—. Parpadeó, sorprendido por haber inventado una metáfora brillante que nos cogió desprevenidos.

Eres un cristal roto. Dura, transparente, puntiaguda. Peligrosa. Afilada.

Y con estas palabras, el Príncipe Verde huyó. Imitando a mi yo pasado, golpeando a su paso todas las puertas de la casa.

Como un cristal roto. Exacto. Sonreí mientras todas las lágrimas que había retenido durante nuestra conversación se desbordaban sin control.

Mi Príncipe Verde estaba aprendiendo.

Cuando se hubo marchado, mi madre entró en la habitación y me preguntó qué había pasado. La abracé y ella me acarició el pelo sin indagar más.

Cerré los ojos con fuerza y me lo imaginé pasados unos meses, cuando ya estuviera lejos, muy lejos de mí. Riendo, moreno por el sol, con un trabajo estimulante y bien pagado; y después lo vi años, años más tarde, ya casado con una chica guapa y rubia y sana y deportista y simple y sin aires de grandeza y con voz y sin cicatrices y con dos niños y una casa frente al mar y con una piscina y no agujas punzantes y vacaciones en la Costa Brava y en Londres en septiembre: que los niños falten unos días a clase, que tampoco pasa nada.

Y yo tendré que ver todo eso desde la primera fila, medio muerta como estaba por dentro y por fuera, tendré que ver cómo ella lo toca, cómo lo besa en la boca y le acaricia el culo y le muerde el cuello y yo no podré hacer nada, nada para evitarlo cuando venga a verte con ella, porque la pobre enferma les da pena y ellos son buenas personas y todavía somos viejos amigos.

Qué rabia de futuro. Mi madre se marchó dejándome sola.

Y entonces el pino del jardín contra la ventana empezó a hablar y a decir: «¿Ves, ves? Esto, esto que tanto despreciabas podría haber sido tuyo, solo tuyo, y ahora te jodes, saco de huesos medio muerto, porque ahora ya es tarde y nunca, nunca, nunca lo será y tú lo verás lo verás, lo verás, lo verás».

Pero yo era una princesa de plomo. Lo soportaría con elegancia. Con saber estar. Me tragaría el alma. Porque había tenido el temple de hacer lo que debía.

Además, no lo necesitaba. Ni a él ni a nadie. Me curaría sola y solo para mí. Podía hacerlo sin él, me repetía como si fuera una oración.

Podía hacerlo sin él. Tenía muchos motivos para vivir: mi madre, mi padre, mis hermanos, mis pasiones.

Podía hacerlo sin él.

¿No?

El precipicio

24 de octubre de 2013

Por la noche no podía dormir, ni dejar de pensar en todo lo que había sucedido por la tarde. Pero no quería volver una y otra vez a aquella escena. Tan solo deseaba mirar hacia adelante, y ya no podía porque el futuro ahora era horrendo.

Caí en la cuenta de que había quedado atrapada en la trampa del presente. El pasado ya no sería nunca más mi consuelo. El futuro ya nunca volvería a ser mi esperanza. Tan solo el ahora parecía ser un limbo real en el que no cambiaba nunca nada y a la vez cambiaba todo.

Sentí como el moquillo de la nariz se me quedaba helado cual esquimal. Guiándome por el tacto me tapé la cara con el nórdico y los pies me quedaron destapados. Así estuve un buen rato, hasta que noté que mi madre me tocaba la planta del pie derecho para despertarme. ¿Qué querría a esas horas?

Asomé la cabeza por el cascarón poco a poco, oliendo el aire como un cervatillo. A medida que lo hacia el rostro se me iba congelando. Debía de ser la ola de frío siberiano que habían anunciado por la tele. La frente, los párpados, la nariz, la boca, la barbilla.

Abrí los ojos, primero uno, luego el otro. Cuando tuve visión total, la imagen me azotó la retina y se congeló. Los pelos de las piernas se me erizaron como las púas de un puercoespín.

No era mi madre quien me había despertado. No.

Era la mujer de negro. Un fantasma, un monstruo, una bruja. ¿La Parca?

La mujer de negro sentada a los pies de la cama. La mujer de negro que ahora me miraba de frente, que ya no se ocultaba bajo los coches en las noches de luna llena. La había visto antes. Pero en aquel entonces ella me temía a mí.

La observé sin poder moverme. No había parte alguna de su cuerpo que resultara visible. Llevaba falda y medias de lana negra. Guantes de lana negra. Jersey de lana negra. Un pañuelo negro en la cabeza. Y no tenía rostro. Solo una bola de lana. Negra.

Pasaron unos minutos que me parecieron siglos en los que nos retamos ambas con el sentimiento. Ella sin rostro, yo con las mejillas sonrosadas por el frío. En un determinado momento, marcado por la nada, se levantó, me dio la espalda y se fue por donde había venido. Sin ninguna prisa, andando parsimoniosa.

Solo entonces logré dar con el interruptor de la luz, y por fin me sentí protegida por su brillo.

Tuve la tentación de levantarme e irme corriendo a la cama de mis padres o a dormir con mis hermanos, pero no quería hacer el ridículo ni ser criticada de por vida. Estaba en casa, en mi cama, no había nada que temer. Al menos no había nada humano que temer.

La aparición me había dejado tan impactada, tan temblorosa, que lo único que se me ocurrió para no morirme de miedo fue ir a por mi portátil para buscar respuestas, aunque no tuviera muchas esperanzas de encontrarlas. Pero para mi sorpresa, varios foros de internet hablaban del

fenómeno que yo acababa de experimentar. Eso me calmó, ya se sabe lo que dicen: mal de muchos consuelo de tontos... pero consuelo al fin y al cabo. Me tranquilizaba saber que todavía no estaba del todo loca. Mucha gente había visto a la mujer de negro antes que yo. Había muchísimos comentarios, por lo menos cien, hablando sobre el tema. Pero nadie parecía tener una respuesta que explicara el fenómeno, al menos no una concluyente, como pasa con casi todas las preguntas que realmente importan en la vida.

Los religiosos consideraban que la mujer de negro era un demonio del inframundo. Los humanistas, la personificación de la muerte. Los científicos, una visión que provenía del estado de somnolencia que aqueja a los enfermos graves y que podía estar vinculado a una apnea del sueño o a cierta patología mental. Yo, como siempre, traté de buscar mi propia explicación, mucho más sencilla que la del resto: era una simple personificación de mi miedo. De mi miedo a la muerte. De mi miedo al rechazo. De mi miedo a la soledad, pero sobre todo de mi miedo al primer paso hacia la curación infernal. A la quimioterapia. En el cabecero de mi cama, mi abuela, la viva, había dejado una pequeña imagen de la Virgen de Montserrat.

Fue así como cogí aquella Virgen de Montserrat y la abracé como si fuera un osito de peluche, como si fuera el Príncipe Verde que ya no estaría conmigo nunca más porque yo ya no era nada.

25 de octubre de 2013

Y con ella en la mano me desperté. Y con ella en la mano me vestí, con la ayuda de mamá. *Leggins* grises, un jersey de punto verde y mis deportivas Reebok con los cordones rosa claro, un *look* entre *hipster* y deportivo.

Me peiné los largos cabellos castaños y me hice una trenza de espiga que me puse de lado. Tanto trabajo para nada... Pronto sería medio calva, como Gollum, de *El señor de los anillos*. Pero todavía no me había atrevido a cortarme un solo pelo, a quedarme sin el arma que mi cuerpo me había dado para trepar. Me teletransporté junto a mis padres al hospital y me obligué a caminar hacia adelante por los pasillos cuando la tendencia natural de mis piernas era ir hacia atrás. En la distancia. En el tiempo.

El ascensor tardó una eternidad. Mi madre pulsó el número 6. A mi lado, dos mujeres calvas de cincuenta años con un turbante en la cabeza mantenían una conversación acalorada. Junto a mi padre, un hombre de edad indefinida con la piel gris arrastraba su cuerpo y una especie de carrito con ruedas del que colgaban muchos sueros.

No tuve tiempo de pisar la sala de espera. Una mujer me dio una pulsera blanca con mi nombre escrito con ordenador y me hizo pasar a la sala de quimio. Me obligó a escoger acompañante y yo señalé a mamá, y temí que papá se enfadara conmigo, o pensase que lo quería menos que a ella, cuando no era así, cuando no era menos importante para mí que ella ni tampoco innecesario. Pero era preciso escoger, y en ciertas ocasiones, solo tu madre te da seguridad.

La sala de quimio era rectangular. De las paredes medio verdes, verde moco, colgaban dos cuadros de flores. ¿Van Gogh, quizá? Seis butacas también verdes pero más oscuras se alineaban en grupos de tres a un lado y otro de la sala, separadas por unas cortinas blancas que nunca vi cerradas y por unas mesitas pensadas para dejar portátiles o tablets.

En uno de los extremos de la sala había un televisor de pantalla plana que siempre emitía el mismo culebrón: *El secreto de Puente Viejo*, con su banda sonora a piano tocado a cuatro manos.

Los asientos de los acompañantes eran rojos y quedaban lejos, junto a la ventana. Como era mi primer día, me habían reservado la butaca que estaba más cerca de ellos. Ángeles apareció entonces y me alegré de ver a alguien conocido. Me hizo los honores.

—Mira tú, la princesita, ya te tenemos aquí. He visto en tu historial que la semana que viene habrá que ponerte un PIC. Te lo pondré yo misma y ya no tendré que pincharte más. ¿Te acuerdas de cómo te quejaste el día que te hice el primer PET? Pero de la de hoy no te libras; vamos a hacerte otra analítica antes de ponerte una vía.

¡Santa paciencia la mía! Me sacó cinco tubos de sangre roja y me puso la vía en el otro brazo.

—Me sorprende que aún tenga sangre en las venas. Mira las señales, parecen estigmas.

—Sí, nena, pareces Jesucristo.

—Lo sé, él y yo nos parecemos. Lo he leído en su autobiografía no autorizada.

—¿Cuál?

—La Biblia.

—Genio y figura hasta la sepultura, tú.

—Espero que la sepultura me llegue ni que sea diez años más tarde.

—Lo que te decía, genio y figura. Va, basta de cháchara, empecemos: circulación OK, y mientras hablamos ya te he colocado el protector. Muy bien, ahora te pondré las dos inyecciones. ¿Preparada?

Las dos inyecciones eran rápidas y no me provocaron ninguna reacción corporal. Hasta llegué a pensar que la cosa no era tan terrible como lo había imaginado. Error de novata. Después de eso, Ángeles volvió a personarse ante mí con una bolsa que contenía un líquido más rosa que los cordones de mis zapatos y las paredes de mi cuarto combinados.

—Este son diez minutos. Pasará —puntualizó, sonriendo.

Rapidito... Diez minutos... de tortura china.

Notaba como cada gota se adentraba en mi vena a través del tubo, me recorría el cuerpo e iba directa al estómago para provocarme una arcada. Caían lentamente con fuerza torturadora, y con cada una de ellas me parecía que iba a desmayarme o que me daría un ataque al corazón o que me explotarían las venas, el cerebro, el corazón atrofiado de un verde que se había marchado para siempre.

—Hey tú, hey tú... —dijo una voz a mi lado. Era un chico de unos veintidós años, con los brazos musculosos y un tatuaje tribal en el brazo derecho—. ¿Eres del club del linfoma?

Yo no lo entendía muy bien. Además, me parecía que la quimioterapia no era el mejor momento para mantener una conversación. Mi madre me miraba desde las sillas de los acompañantes y de vez en cuando sacaba la Moreneta con la que yo estaba obsesionada y me la enseñaba, hecho que iba contra sus principios.

—Lo sé por la edad. Casi todos los de veinte que venimos por aquí tenemos lo mismo, un Hodking. Voy por el segundo ciclo. Fase IV B. ¿Tú?

—La misma, pero primera quimio —conseguí contestar antes de vomitar.

Ángeles vino y limpió el suelo, después me desconectó el líquido rosa del brazo y puso en su lugar una bolsa mucho más grande mientras me decía:

—Ahora dos horitas más, guapa.

—Yo no he vomitado nunca. Solo me siento muy cansado. —Por lo que parecía aquello era una especie de mérito. ¡Qué suerte!—. Mi nombre es Juan Carlos, pero me llaman Juanca.

Vaya, tenía nombre de rey.

—Y yo me llamo Elena, cáncer de mama —añadió una chica, de unos cuarenta años. Me dio la risa al pensar en cómo todos mencionábamos nuestro nombre seguido de nuestra enfermedad, como si se tratase de un cargo laboral:

—¿Hola, como va todo? Martín Jiménez, arquitecto.

—Qué pelo más largo tienes. ¿Qué harás, te lo vas a rapar?

—No, pero me lo cortaré. Nunca me raparé. Me compraré unos sombreros de esos que se llevan esta temporada.

—Yo me rapé. Si no, es una marranada; vas dejando un rastro de pelos allí por donde vas, como Hansel y Gretel dejaban migas de pan. Tendrías que raparte.

—Yo también me rapé, aunque los hombres lo tenemos más fácil. Podemos ser calvos.

Qué pesada era la gente con el tema de la *rapación*, por favor.

—No, yo no quiero, no quiero y punto. No quiero parecer una prisionera de campo de concentración. Yo soy como Sansón. Mientras me quede un pelo en la cabeza conservaré mi fuerza.

Todo empezó a darme vueltas. Me volvían las náuseas. Noté que las piernas me flaqueaban y mi rostro palidecía.

—¡Dadle un Diazepam! —gritó una voz lejana. Me pusieron una pastilla bajo la lengua y entonces la Virgen de Montserrat, la morenita que habitaba las manos de mi madre, creció y creció hasta convertirse en una Beyoncé enorme con un minivestido dorado que bailaba delante de mí mientras recitaba que amaba mis ovarios, mi sangre, mi cerebro y mis linfomas.

Las piernas me seguían flaqueando cuando, a última hora de la tarde, mi padre me bajó en brazos del coche. Estábamos a punto de entrar por la puerta que de golpe y porrazo un Opel negro con asientos de cuero derrapó a nuestro lado. A partir de aquí todo mi mundo se confundió.

El Príncipe Verde bajó del vehículo: su poco pelo despeinado, gesto de loco, la puerta abierta, el motor encendido.

Me robó de los brazos de mi padre, que intentaba protestar, gritar con indignación.

Y me vi volar por los aires. Ah, no, ostras, que estoy dentro de un coche. ¿De quién es este coche? Las piedras del camino chocan sonando como palomitas: cloing. Me agarro con las uñas al cuero negro, y a cada vuelta del rally reboto contra la puerta, contra el asiento, contra el techo, y me doy cuenta de que por primera vez en toda mi vida no llevo el cinturón.

Ascendemos a toda velocidad por las curvas de la montaña. El mar, que nos ha dado la vida, marca ahora nuestro trayecto hacia la muerte. Dibuja un precipicio de considerables dimensiones a uno y otro lado, recortadas por el sonido sordo de las olas. Imposible equívoco. Subrayado por la ausencia de árboles. El polvo gris de la roca calcárea. Las puntas afiladas de los margallones apuntando hacia arriba. El sol al ponerse deja un camino rojo en el cielo: alguien nos espera. ¿Dios, esto es una indirecta?

Cierro los ojos. Siento mi estómago al revés y las piernas que pesan que pesan y son de plomo y justo en ese momento llegamos a la recta final. Al fondo, un barranco profundo. Las rocas nos esperan como manos. La espuma del mar es de ácido sulfúrico. Acelera Príncipe Verde, acelera, pisa a fondo, estruja el volante entre tus dedos, acelera, que saldremos en las noticias, que nos haremos virales, como los románticos, como los idiotas de turno, y escribirán novelas sobre nosotros y rodarán películas y documentales.

Pero con el brazo derecho el Príncipe Verde acciona el freno de mano, raaaaaacccc, y el coche de detiene en seco.

La guantera se abre por la fuerza del frenazo y un libro sale volando cual alondra y se me estampa en la cara con las alas abiertas. Me lo quito de encima como puedo. ¿Es mi ejemplar de *Romeo y Julieta*?

Nos habíamos quedado a tres centímetros del abismo final. Ya era de noche, pero no había estrellas ni otro sonido que el de las olas y el de una gaviota solitaria con el pico medio roto que pasó volando a mi lado. Qué asco. Volver a acelerar era tan fácil ¿Por qué se había echado atrás? ¿Por qué se había detenido? ¿Por qué para morir hace falta tener más valor que para vivir?

Con tanto movimiento el libro había quedado encima del freno de mano. Lo cogí.

—Ayer lo encontré en tu casa. Tanto hablarme de la mierda del libro este de los huevos. — Me lo lanzó encima otra vez. Yo no podía hablar, todo me daba vueltas—. Juré que jamás lo leería. Te mentí. Ayer lo hice. Nunca digas nunca. Es lo que se dice, ¿no? Y lo entendí, lo entendí. Cuando él la encuentra muerta y se mata comprendí que es lo que yo habría hecho si tú....

Dijo estas palabras estático, con la mirada clavada hacia adelante.

—Pero no estaba muerta, solo dormía.

La frase resonó junto con las olas.

—Y lo que hizo él les causó la muerte a los dos.

Él no movía ni un músculo y yo volvía a ser estatua.

—No quiero que sigas conmigo solo por culpa, por pena.

Frustrado, empezó a golpear el volante como si este tuviera la culpa de todas sus desgracias, vengándose en él de la vida misma. Cuando se hubo desfogado, habló con una voz muy clara que le salía de dentro, del alma:

—¿Por qué me has dejado? —preguntó—. ¿Qué haré yo sin ti?

Sorprendida y conmovida, me tapé la boca con las manos para evitar vomitar fuego, mientras confesaba:

—Ser libre. Vivir. —Mi mundo era un caleidoscopio. Me sentía etérea, fuera de mí, viviendo en un sueño surrealista, en un delirio de pintor. Volví el cuerpo hacia él y me extasió comprobar que todavía me quedaban fuerzas para alzar la mano y acariciarle la mejilla, que rascaba como papel de lija, dolorido. Lo comprendía y sentía como su pena me encogía las costillas. A mí también me costaba mucho. Mucho. ¿Por qué tenía que ser tan duro, eh? ¿Por qué?

Pero por otro lado me dio rabia. Él no era el protagonista, no tenía derecho a hacerme eso después de mi primer día de quimio, venir a montarme numeritos de adolescente inmaduro:

—Es por tu bien.

Se volvió hacia mí, lento, marcando todas las horas del reloj hasta que sonó la alarma.

—¿Por mi bien? —repitió con sorna, cínico—. Por mi bien, dice. Pero ¿tú quien te crees que eres para tomar decisiones por mí? ¿Una elegida, una mártir?

Sus ojos verdosos escupían fuego y se movían en círculos. Sabía hacer muy bien el papel de ofendido y de torturado. Por un instante, me pareció que no estábamos en el coche sino en un agujero negro. Yo ya no sabía qué más hacer, si contestar, si huir, si callar.... Nada tenía sentido, nada. Ni yo misma.

—No te hagas el ofendido, ahora. Fuiste tú quien me dijiste que querías irte. Pues hazlo, vete y déjame en paz de una puñetera vez. Te lo he puesto muy fácil, pero tú eres experto en complicar las cosas. Me encuentro fatal. No tengo ganas de tener esta conversación contigo ahora. No me hace bien. ¿No ves que no me hace bien?

Cerré los ojos y me sequé el sudor de la frente con la mano.

—Cállate y déjate de cuentos. Quiero que te quede una cosa clara: no eres mi madre, no tienes que salvarme de nada. Tú no tomas mis decisiones. —Me amenazaba con todo lo que yo llevaba encima. Me dio la mano unos segundos, pero yo la retiré. Qué calor. Los hombres no se enteran de nada. Apoyé la cabeza en el asiento mientras mi temperatura corporal pasaba del achicharre a la hipotermia—. Y esta mañana he tomado una decisión. He dejado el trabajo, me quedo aquí contigo.

—¿Tú eres tonto? No tenías ninguna necesidad de hacer eso. El trabajo es tu vida y nuestra relación ya no es sana. No es normal.

Razonar con él era como intentar que un fanático del Barça se pasara al Madrid. Frustrante.

—¿Te crees la única persona valiente en el mundo?

Las palabras salían de mi boca automáticamente.

—Mi valentía es la valentía de las ratas. La valentía egocéntrica de quien quiere salvar su propia vida. Nada especial. No soy una mártir. No tengo mucho mérito.

Movió las manos, enérgico, para subrayar el mensaje que quería transmitir.

—Tienes mérito. Sabes que lo tienes y yo lo quiero compartir. En el fondo tú y yo somos igual de egocéntricos y egoístas. —Me agarró por los hombros como si fuera una muñeca y empezó a sacudirme, descontrolado, haciendo que el sabor a vómito regurgitara por mi garganta —. Quiero estar contigo. Como sea. No me importa si te quedas calva, manca o coja, ni si eres insoportable, malcriada y difícil. Porque lo eres. Pero quiero estar contigo y tú no tienes más remedio que aceptar.

Me habría gustado replicar, pero no pude. Vomité.

Vomité sobre *Romeo y Julieta*, sobre el freno de mano, sobre la tapicería de cuero. Vomité sobre el linfoma, sobre el tiempo, sobre la vida y sobre la muerte. Sobre las curvas y los trabajos, las rupturas y las crisis.

—Qué romántico, esta vez te has superado —sentenció el Príncipe Verde riendo, mientras trataba en vano de limpiarlo todo con unos Kleenex. Yo también me eché a reír. Me parecía haber vomitado todos los problemas. Reí y reí, y así, entre carcajadas estivales, descendimos por unas curvas que antes habíamos recorrido muy serios.

Cuando estábamos ya en una recta, él me cogió la mano por encima del cambio de marchas, para ayudarme, para guiarme.

¿Significaba aquel gesto que a partir de ahora toda nuestra vida sería un trabajo en equipo?

—¿Cuándo has aprendido a expresarte con tanta convicción?

Las estrellas nos guiñaron un ojo de gato.

—Son muchas horas oyéndote hablar de cosas sin sentido.

Laberinto

2 de noviembre de 2013

—Mamá, haz que pare.

El box que me asignaron en el hospital militar de campaña llamado Urgencias era sencillo, pequeño y metálico. En una de las paredes había un agujero muy grande, como hecho por una bomba, que había sido recientemente cubierto con masilla.

De pie a mi lado, mi pobre madre, con su belleza morena despeinada, me masajeaba la espalda y trataba de calmarme. Hazaña difícil entre tanta decrepitud.

—Te acaban de poner un ibuprofeno por vena, preciosa. Pronto se te pasará, ya lo verás. — Me acarició la frente como hacían todos cuando me veían hecha polvo.

—Me duele. Siento como si alguien me estuviera cortando la columna vertebral a hachazos.

Cerré los ojos y me puse de lado tratando de encontrar una posición que hiciera el dolor más soportable. La almohada que me habían proporcionado en ese campo de refugiados, si es que se lo podía llamar así, cortaba como las esquinas de un bloc de notas. ¡Oh!, cómo echaba de menos la mía, con sus rayas de colores y su tacto de aloe vera. Papá había dicho que me la traería, pero ¿cuándo, cuándo?

Mamá seguía de pie a mi lado acariciándome el rostro, como si con ese gesto pudiera limpiar mi cerebro del polvo del dolor neuropático.

—Si pudiera me cambiaría por ti —declaró—, y pasaría por todos tus dolores para que tú no sufieras. Pero no puedo. Tienes que aguantar hasta mañana, que te subirán a planta y todo habrá acabado.

La voz se le quebró y una lágrima solitaria se escurrió por su mejilla y me empapó el corazón.

—¿Y por qué no viene él?

Sí, ¿por qué no venía él ahora que yo lo necesitaba? ¿Por qué me había dejado sola? La respiración se me alteró. Mamá llamó a las enfermeras, que me pusieron unos tubos transparentes por la nariz.

—Ahora vendrá, princesa. Lo he llamado hace solo quince minutos.

Otra ola de dolor se adueñó de mi ser. Traté de frenarla dando patadas al colchón y lanzando al aire mantas y sábanas. ¿Por qué demonios no venía él, eh? ¿Por qué no venía?

—Es mucho tiempo. ¿Por qué tarda tanto, mamá? —chillé como una psicópata de telefilm.

Cuando mi madre se disponía a salir, coger el coche y traerlo a rastras, la puerta se abrió y apareció el Príncipe Verde, sin afeitar, ataviado con una sudadera azul. Se me acercó. Me besó.

—¡Por fin llegas! —suspiró mamá—. Lleva una hora preguntando por ti. —Se abrazaron—. Es neumonía, por la bajada de defensas que provoca la quimio. Os dejo un rato a solas. Preciosa, si me necesitas estoy en el pasillo. —Se marchó. Él ocupó su lugar...

—¿Te duele mucho? —me preguntó al tiempo que se rascaba el entrecejo.

—Siento como si me cortasen a hachazos la columna.

—¿Y qué puedo hacer para aliviarte? —Alargó la mano y me acarició la parte de la espalda que asomaba por la terrible bata verde.

Le respondí con voz de niña de cinco años:

—No tardar tanto la próxima vez.

Me guiñó el ojo, seductor.

—Venga, pequeña, perdóname que solo haya tardado quince minutos y me haya saltado todos los límites de velocidad. Seguro que me han hecho una foto y me multan. Ahora solo dime qué puedo hacer para ayudarte.

Sus ojos eran dos pozos de agua verdosa que escondían todos los tesoros del mundo.

—Canta.

—Canto fatal. —Dejó escapar una carcajada. No se esperaba una petición así.

—Canta —insistí.

Cuando cayó en la cuenta de la seriedad de la propuesta, se frotó las manos y vi que le temblaba un poco la frente.

—De acuerdo. ¿Qué quieres que cante?

—No sé.

Cambie de posición y me tumbé boca arriba dándole tiempo para pensar.

—Ya sé. ¿Te acuerdas del día que nos conocimos? Me dijiste que era un Príncipe Verde, no uno normal. Dijiste que era por los ojos.

Sonreí y sentí su cálida mano en mi mejilla derecha.

—Pensaste que era una loca psicópata, supongo.

Puso su voz sexi a la italiana.

—Sí, me dabas un poco de miedo, la verdad, pero este no es el tema. Te cantaré la canción del Príncipe Verde que cura todos los males. Serás la única persona a quien se la he cantado. A mí me la cantaba mi abuela cuando era pequeño e iba a visitarla con mis padres a su cortijo de Almería.

Me lo imaginé vestido con una de esas camisas amarillas salpicadas de lunares negros y faja ceñida, cabalgando a galope sobre un caballo blanco a la sombra de los pinos. No le pegaba mucho el estereotipo, la verdad.

—¿Desde cuándo te gusta a ti el flamenco? ¿No me podrías cantar una de Serrat?

—Siempre tienes que acomodar las cosas a tu modo. Pero hoy no te voy a dejar. Has dicho que escoja yo y esta canción es muy importante. Presta atención. Dice así... —Acercó su boca a mi oreja y la cantó bajito en un susurro estridente, totalmente quebrado:

Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar

y el caballo en la montaña.

Con la sombra en la cintura

ella sueña en su baranda,

verde carne, pelo verde,

*con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Cuánto te quiero mi niño verde.**

El silencio se fusionó con nuestras lágrimas.

—¿Lo ves? No soy la única que cree que eres un Príncipe Verde... —Las palabras nos escocían como restos de metralla.

—Pero eres la única que no es de mi familia que lo ha sabido ver. ¿Estas mejor? —Recostó la cabeza junto a la mía en la almohada a pesar de que seguía de pie. Navegó con la nariz por mis cabellos y me besó el cuello.

Y con el eco de su beso le respondí:

—Contigo siempre estoy mejor.

4 de noviembre de 2013

El hospital constaba de dos edificios separados por una autopista y un par de rotondas. El de la derecha, un rascacielos blanco, era la sede de las consultas y las salas de hospitalización para las enfermedades «normales». El de la izquierda era el nuestro, el de los cánceres, compartido también por los enfermos mentales, que tenían sitio en la planta número cinco. Parecía un instituto de secundaria alargado, gris y con los carteles en naranja.

Lo que me parecía curioso es que cuando se trataba de una urgencia, los oncológicos dejábamos de estar segregados y cambiábamos nuestro estatus de anormal por el de normal, porque nos trataban en el primer edificio.

Este hecho era especialmente peligroso: nos exponía a todo tipo de virus y bacterias inofensivos para otros, pero mortales para nosotros debido a los estados de inmunodeficiencia que solíamos presentar.

Mis dos días en Urgencias fueron como una visita guiada al peor de los inframundos. Navegando sin rumbo por sus aguas turbulentas uno llegaba a creer que la Unión Europea había entrado en guerra o que había sufrido un desastre natural.

En Urgencias cada día se acababa el mundo, que era de plomo, y se hundía en el mar arrastrándome con él al fondo que hay debajo del fondo que todavía existe cuando crees que ya no puedes caer más bajo.

Desde mi camilla dura en mi cueva de plástico inmundicia y entre hachazo y hachazo del mismo diablo, sentía correr por mis venas las ruedas de las otras camillas, de las otras sillas de los pacientes.

Gritos. Suspiros. Frases.

«¿Por qué estoy loca?! ¿Por qué, Dios mío?», entonaba una mujer en un cántico interminable. «Me llamo Lorenzo, ME LLAMO LORENZO», repetía sin cesar Lorenzo, que en realidad se llamaba Martín.

Por el agujero de bomba del box vi que se llevaban en una silla de ruedas a un hombre con una larga barba negra y con las manos sujetas con bridas de plástico igual que las que usan los americanos para atar a los de Al-Qaeda en las noticias del mediodía. El señor tenía la pierna rota y el hueso le progresaba por la piel como las raíces de un árbol levantan la tierra cuando no tienen sitio para crecer. Lloraba. El policía que lo acompañaba le daba golpecitos amistosos en el hombro, como para consolarlo.

Los médicos eran pequeños grillos verdes, saltando de un paciente a otro sin descansar. Los teléfonos sonaban en todas las direcciones, de arriba abajo, de derecha a izquierda. Las agujas se clavaban en pieles de todos los colores y texturas y edades. Las perforaban. Crec.

Mientras tanto, las administrativas revoloteaban cual pequeñas hadas mientras comentaban sus viajes al Amazonas y a Camboya.

Un ATS con una peca en la mejilla se secó los mocos con los dedos antes de colocar una vía a un niño con la boca tapada por una mascarilla y los ojos asustados. Después hizo el gesto de entrar en mi habitación, pero mamá lo había visto todo con su nuca, adiestrada por años de alumnos díscolos, y como buena maestra que era, se lo impidió con una reprimenda. Lo llamó marrano y asesino en potencia y ya no lo volví a ver más.

Dicen que cuando Dios te encierra en un zulo abre un agujero en la pared en forma de bomba por el que pasa una abuela muerta que te deja sitio en la habitación 314 de la planta de hematología. Yo jamás me había alegrado por la muerte de nadie, pero puedo jurar que si en ese momento hubiesen puesto el *Single ladies* de Beyoncé yo me habría puesto a bailar, paralítica como estaba, y habría cogido el espíritu de la abuelita y lo habría fundido con el mío para que bailara también.

—¿Puede caminar y aguantarse sentada? —le preguntó a mamá una mujer de bata blanca y dientes torcidos—. Si puede hacerlo, compartirá ambulancia con un viejecito moribundo como ella.

Entonces el Señor dijo «levántate y anda», aunque te lijen la piel, te atraviesen las manos con clavos, te perforen la frente con coronas de espinas y los pies te pesen y tengas la sangre infectada y azul y asquerosa. Paso a paso llegué a la ambulancia

Mi compañero, el viejecito moribundo, me sonrió desde su tumba de oxígeno. Tenía la mirada profunda, de actor consagrado.

—Los hospitales no son sitio para niñas guapas, sino para viejos como yo, que ya hemos vivido lo que toca y más y nos queda tiempo para regalar.

Una semana después supe que estas habían sido sus últimas palabras. Había muerto a escasos minutos de mi ingreso en el hospital.

¿Me habría regalado a mí los años que le sobraban?

Si Urgencias era la guerra, el Oncológico era la paz. Las paredes de mi habitación, de color verde, estaban adornadas por cuadros de Van Gogh. Se parecía un poco a la sala de quimioterapia. Ángeles me recibió acompañada por Juana, que, milagro, sonreía.

—I-bu-pro-fe-no, i-bu-pro-fe-no, i-bu-pro-fe-no —repetía yo, como el robot pequeño de *La guerra de las galaxias*.

Entonces, el doctor Villavalencia se materializó frente a mí como las ninfas malvadas se aparecían delante de los caballeros en los cuentos de Bécquer para guiarlos hacia la vida o hacia la muerte.

—Ahora te pongo algo para el dolor, mi amorrrr. —Su voz mullida se parecía a la del cangrejo Sebastián en *La sirenita*. Tenía un acento como sudamericano que no supe ubicar en un país concreto.

Me inyectó morfina y el mundo mutó de inmundito a maravilloso. ¿Estaba en el cielo y ese bombón de hombre era uno de mis ángeles de la guarda? Lo repasé con atención. Era demasiado perfecto para ser humano. Su piel era dorada, deslumbrante y lisa. Sus cabellos negros, lisos y abundantes, peinados a la moda Velencoso. La nariz era recta, los labios carnosos, los dientes tan blancos que eran un espejo de luz.

—El dolor, cuando ya ha cumplido su función de decirnos dónde está la enfermedad, no sirve para nada. Si te duele no aguantes. Me llamas y le pondré fin, linda *prinsessa*. Te juro que no dejaré que sufras ni un instante.

Ante este discurso me relajé, expulsé todo el aire de mis pulmones y me abandoné como un turista canadiense en una playa cubana.

Fue en ese momento cuando tomé conciencia del número exacto de cabezas que me observaban desde arriba. Una era la de mi fiel Príncipe Verde, que era un virus de los buenos; otras dos, las de mis padres, pero a su lado había dos caras nuevas que no reconocí.

Una era la del hombre más rubio del Mediterráneo. Me recordaba a los vikingos de los dibujos animados con esa nariz pequeña y respingona salpicada de pecas. La otra pertenecía a una mujer un poco mayor que yo, aunque no mucho, con la cara alargada, los pómulos muy marcados, los ojos muy azules y la cabeza pelada como una bola de billar. Aun así era muy guapa.

Miré hacia la ventana y me sorprendió darme cuenta de que había anochecido.

—Pobrecita, la princesita —dijo ella, cursi—. Mírala, tan guapa con sus largos cabellos. Y pensar que dentro de poco estará como yo... Me llamo Ariadna, soy tu compañera de habitación. Este es Eric, mi marido. Estoy enferma, igual que tú.

Poco imaginaba yo entonces que su conversación incesante iba a convertirse en la banda sonora de mi vida durante dos semanas, que en realidad contarían como dos años.

8 de noviembre de 2013, mañana

Ariadna amaba coser mientras hablaba. A mí me gustaba escucharla, aunque tampoco tenía otra cosa mejor que hacer: los sedantes no me dejaban poner un pie en el suelo. El máximo movimiento que podía realizar era mover la cabeza para observar a mi compañera o nuestro espacio vital.

Su cama, al lado de la ventana, era un lío de hilos de colores, dedales, agujas, telas y revistas de punto de cruz y de corte y confección. Trabajaba a todas horas y a mí me daba la impresión de que, puntada a puntada, pretendía coser todos los retales de sí misma que aún estaban con vida. Acompañaba la elaboración de cada pieza con la narración de la misma historia, que repetía y repetía, variando siempre algún detalle, para que el vestido no pareciera el mismo. Hablaba tan claro, tan bien, que a veces yo olvidaba que su primera lengua era el inglés.

Yo asimilé sus palabras, y con todas las versiones del cuento de su vida construí la mía y empecé a verla representada en mi cabeza como una película con decorados, actores, escenas y personajes.

Ariadna tenía treinta y cinco años. Había crecido en Londres y era la mayor de cuatro hermanos muy separados en edad y, en la actualidad, en distancia –vivían en Estados Unidos–. Su madre era británica, pero su padre español, un diplomático de esos que viajan en limusina, asisten a cenas de gala y llevan escolta. Las cosas les habían ido muy bien hasta que, cuando Ariadna era adolescente, el padre abandonó a la madre y a los cuatro hijos para fugarse a Brasil con una azafata libanesa. La madre de Ariadna no lo superó jamás, y se enganchó a la cocaína, droga que ya conocía de sus tiempos como modelo. Ante la negligencia de sus progenitores, los niños más pequeños pasaron a ser responsabilidad legal de Ariadna, que se convirtió en su tutora tan pronto como alcanzó la mayoría de edad. Una adolescencia muy a lo *Grandes esperanzas*, la suya.

Pero un día, como en las novelas de Dickens, las gaviotas que rodeaban el Támesis, y que yo jamás había visto, le llevaron volando una sorpresa. La sorpresa en cuestión se llamaba Eric, un informático barcelonés de veintisiete años. Se conocieron en el pub donde ella y sus compañeras del taller de costura en el que trabajaba en ese tiempo celebraban los éxitos de sus colecciones. Estaba situado en uno de esos barrios *trendy* llenos de mercadillos, donde en cada esquina toca un grupo de rock.

Por falta de práctica y a causa de los estereotipos, ella y sus compañeras pensaron que el chico era sueco. Por su pelo tan rubio. Pero Ariadna pronto encontró, entre los cabellos de oro del chico, los pétalos de la genista de la que hablaba su padre cuando se cansaba de la eterna llovizna de las islas. Eric era tan alegre y tan brillante como los pelitos de su cuerpo, como los granos de arroz de una paella, como hundir las manos en el banco de arena dorada para buscar coquinas, después de haber intentado bañarte en aguas oscuras, rebeldes, distantes.

Se sentía como la protagonista de una comedia romántica. Y como tal lo dejó todo para estar con él: Londres y las migajas de la relación que todavía conservaba con su familia.

Todo porque al mes de salir juntos Eric le había confesado que por mucho dinero que estuviera ganando en la City no podría sobrevivir mucho tiempo más alimentándose de ese sol grisáceo.

Se instalaron en Barcelona, en un piso que daba al Port Vell. Allí fueron felices rodeados de gaviotas y enamorados como dos bohemios de los años veinte.

Trescientos sesenta y cinco días más tarde ya se habían casado y habían tenido una niña: Emily.

Una mañana, seis años después, apareció la neblina. Ariadna cosía un botón del abrigo rojo de Emily sentada en la mecedora blanca del salón. Oyó un golpe seco que la hizo errar el punto y clavarse la aguja en el dedo. No había querido usar dedal. Un gemido agudo provenía de la ventana. Con la aguja aún hundida en la carne y el hilo rojo colgando serpenteando como las cintas de las gimnastas rítmicas, se levantó y se acercó, atraída por el misterio. Lo que vio le dolió hasta el asco. Era una gaviota, una gaviota de esas que tanto le gustaban, que eran la música de su felicidad. El pico se le había partido en dos al chocar contra el infranqueable cristal de las ventanas de aluminio. La sangre chorreaba por el marco blanco de la ventana.

Cuando Eric llegó del trabajo, Ariadna no se había movido. Permanecía clavada en el sitio, con el hilo rojo colgando de la mano derecha para no perderse. «Cariñito, cariñito —oyó que le susurraba al oído mientras le curaba la herida—. No has ido a buscar a la niña al colegio.»

Por la noche no podía dormir. Al cerrar los ojos se le aparecía una y otra vez la gaviota muerta. Se levantó a las tres de la madrugada y fue al salón a ver los restos del accidente. Subió la persiana pero no se atrevió a abrir la luz ni la ventana. No quedaba ni rastro del animal, por suerte. Recordó aliviada que su marido había tenido el buen tino de coger el pájaro y tirarlo a la basura, con las otras ratas. Volvió a mirar a través de la oscuridad, esta vez sin miedo, con atención. La gaviota ya no estaba, no, pero en su lugar había quedado atrapado el hilo rojo con el que había cosido el botón para Emily, el que había terminado sirviendo para zurcir sus dedos, rodeado de puntos negros... ¿Hormigas? Millones de hormigas que se alimentaban de rastros de sangre.

—*Oh, my God!* —susurró mientras volvía a la cama. A su lado, Eric roncaba enfundado en un pijama de rayas azules.

Sintió un cosquilleo en el dedo. Se volvió a incorporar y encendió la luz de la mesilla de noche. Las antenas del insecto la saludaron mofándose de ella, campando con libertad por su mano derecha. ¿Cómo había llegado hasta allí? La aplastó, rabiosa, y la envolvió en un Kleenex que siempre estaba a mano para cuando Emily tenía mocos. Apagó la luz y se cubrió con el nórdico blanco hasta la barbilla. Cerró los ojos con fuerza *because you have to sleep, girl*. Pero cuando lo estaba consiguiendo notó una presencia extraña en su pie derecho. *Oh, shit!*, masculló casi sin emitir sonido alguno. Ahora la *fucking* hormiga se paseaba arriba y abajo de la pierna. Desesperada, respirando agitada, se quitó de encima el nórdico de una patada. Liberada, se dejó llevar por sus instintos más básicos y empezó a rascar, a rascarse con vehemencia los dedos convirtiéndose toda ella en un gran nudo ascendiendo por la pierna, escalando por el muslo. *Fucking ant!* ¡Como picaba la *badass!* Debía de ser de esas tropicales que viajan en los barcos que transportan mercancía de forma ilegal. *Oh, shit!*, gritó otra vez, inmune a su propio ruido y sintiéndose de corcho mientras rascaba, rascaba todo el cuerpo con sus uñas afiladas como quien

ralla tomates para hacer salsa. Los pedacitos de piel viva salían disparados en todos los sentidos, salpicando la pulcritud del nórdico blanco, que se convirtió en un cuadro puntillista gore. O en un Pollock.

Eric abrió los ojos y confundió a su mujer con una pesadilla. Se apartó de ella como se separan los polos del mismo signo de dos imanes y salió repelido contra la pared.

Cuando fue capaz de recobrar el aliento y la lucidez, dijo más para sí mismo que para ella que quizá deberían ir al hospital.

Emily abrió la puerta de la habitación, caminó hacia *mommy* con su flequillo despeinado y le preguntó si *please, please*, la podía acompañar a hacer caca porque tenía miedo de caerse por el agujero del inodoro, que era muy largo, muy oscuro, muy profundo.

Lleno de monstruos.

—¿No te lo habrás creído? —me preguntó Eric una mañana desde el otro lado de la habitación.

Con los dedos intentaba desenredar una bola de hilos de los centenares que convertían la cama de Ariadna en el sueño de cualquier gato callejero. Ella no estaba en ese momento, y debido a mi estado de semiinconsciencia pasiva no habría sabido determinar cuándo había desaparecido ni cómo. La única neurona que se mantenía activa en mi cerebro me decía, por asociación de ideas, que si la necesidad de cafeína se había llevado a mi madre durante unos minutos, a Ariadna la habrían raptado unos ovnis para hacerle radiografías. Miles, millones de radiografías. Quizá su objetivo era mejorarle el *look* y hacer que su piel translúcida quedara tan quemada como la de una turista alemana que toma el sol sin crema protectora en las playas de Lloret.

Eric se me acercó y se sentó a mi lado, en esa especie de sillón rojo reclinable que los pobres acompañantes tenían que usar para dormir igual que los criados lo hacían en el suelo al lado de sus señores en la Edad Media

Estornudó y sus pecas marrones le salieron disparadas por los agujeros de la nariz. Me tapé la boca con la sábana por si acaso el chico estaba constipado y me pasaba un virus supermortal.

—¿No te lo habrás creído? —repitió.

Le respondí con mi nueva voz de ruiñeñor:

—¿El qué?

—Toda esa historia de la gaviota muerta, la salsa de tomate rollo peli de Tarantino y todo lo demás que tanto le gusta explicar a mi mujer.

—Está claro que no... —Pero estaba claro que sí, absolutamente sí. Di-si-mu-la, di-si-mu-la, ca-ra-mu-la—. ¿De verdad piensas que me había creído que era de Londres y *trendy* y que tú dejabas un rastro de pétalos de genista que se te caen del pelo...? No soy tan inocente. Ariadna es muy...

—Shakesperiana... —Hizo una pausa frotándose las manos—. Y buena persona. Quiere que conserves la esperanza.

¿La esperanza?

Eso me sonaba a mí a muerte inminente. Continuó hablando frotándose la frente. Pero primero se aseguró de que estábamos a solas.

—No te ha confesado por qué está ingresada, ¿me equivoco? Yo te lo explicaré porque no quiero que lo que veas mañana te afecte más de lo estrictamente necesario. —Se peinó con los dedos—: Está haciendo una quimio especial. Lo que le pasa a Ariadna es que el primer tratamiento, el que te ponen a ti, no le hizo efecto. Por eso ahora la han pasado a segunda línea. Lo dice el protocolo.

—¿Segunda línea?

Cuando estabas más cerca de la muerte te pasaban a segunda división. Ochenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, primera división. Cuarenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, segunda división. Veinte por ciento restante, escuadrón de la muerte. Tendría que buscar por internet quién había inventado eso de los protocolos.

Eric continuó con su charla abriendo mucho los ojos.

—Es una quimio diferente. Te la ponen cada mes y te ingresan. Después te hacen un autotrasplante de médula ósea. Es la parte más dura y más difícil. Te quedas indefenso, como un recién nacido. Tienen que volver a vacunarte de todo. Tienes que estar aislado todo un mes. Ariadna está muy asustada, TODOS lo estamos. Si esto no sale bien no habrá mucho más que podamos hacer.

En ningún momento me había planteado que existía la posibilidad de que el tratamiento no me hiciera efecto. Que pudiera fracasar. Me podían pasar mil cosas terribles. Las imágenes del miedo al factor sorpresa de la vida me vinieron a la mente. No lo podía soportar. Y menos sabiendo cómo era mi mente de potente, capaz de predecir el futuro o hacer que se cumpliera.

Haciendo un gran esfuerzo bloqueé todos los males imaginarios. No quería pensar.

—¿Me pasas el mando de la tele? Mamá la ha pagado para toda la semana... —Así respondí a sus revelaciones.

Él se levantó del sillón, dejó la maraña de hilos en el suelo y me acercó el aparato.

—Por cierto, ¿a quiénes te referías cuando has dicho que TODOS estabais preocupados?

Aparte de él y de la niña, Ariadna no tenía más familia que la que le había creado yo con mi imaginación.

—Emily, yo y su madre, que vendrá de Londres dentro de un mes.

Qué lío mental. Entonces no me había imaginado nada, Ariadna me había contado la verdad.

—Espera, de modo que no es mentira lo que me ha contado. Su madre es inglesa, sus hermanos...

Sacudí la cabeza. Demasiada información. Él intentó arreglar mi confusión sonriendo y confirmando lo que ya sabía:

—Claro que sí. Nos conocimos en Londres, yo trabajaba allí de informático para HP.

Lo mandé a la mierda sin decir nada. No estaba yo en condiciones de contrastar información como si fuera un periodista de *La Vanguardia*.

Encendí la tele y apareció mi salvación con grandes letras rosas y acento sudamericano:

TELEMUNDO PRESENTA: GATA SALVAJE

Me dejé sumergir en el encantador estado soñoliento en el que solo te sumen dos sustancias: las drogas duras y los culebrones plastificados.

Primera escena. Música sexi de bongos. Un camino. Una hacienda blanca con piscina. Montado a caballo, un hombre fornido y bien dotado. Es Luis Mario Arismendi, el galán, descamisado, sofocado. Llega a su mansión después de un largo día de trabajo en los cafetales

arreglando vallas. Baja del caballo con gesto experto y este desaparece por arte de magia. Se acerca a la piscina, se desnuda, y justo cuando está a punto de poner un pie en el agua, los rizos negros y las tetas puntiagudas de la villana, Eva, lo frenan: «Luis Mario, yo te amo, bésame, Luis Mario, y en mis ardientes *brasos* haré que olvides a la percusia esa de la Gata Salvaje». El galán, con el gesto de asco de quien se quita un moco, responde: «No, Eva, entiende de una *ves* por todas que yo no te amo COMO HOMBRE, yo amo con todas mis *fuersas* solo a una mujer, la Gata Salvaje, y aunque en estos momentos el destino nos mantenga separados y ella esté casada con el *malnasido* de *Patrisio* Rivera, nunca dejaré de amarla, ¿entiendes?!».

Eva Granados no pillaba este complicado concepto y mira al pobre tío que lleva repitiéndole lo mismo desde el capítulo tres. Y ya vamos por el ciento cincuenta y cuatro. Total, que la muchacha le pone las siliconas en la cara y Luis Mario pierde el norte y la besa con lengua. Justo en ese momento aparece la Gata Salvaje, siendo un misterio de dónde ha salido. ¿Estaría escondida en la piscina? No parece, porque lleva un top lila y unos tacones de vértigo y grita como una barriobajera. Claro, es la Gata Salvaje: «Tú, buscona, perdida, mujer de la mala vida, ¿qué *hases* besando a Luis Mario a la *fuersa*? Eres perversa, eres una víbora venenosa, Granados. ¡¡¡Luis Mario ya tiene dueña!!!». Las dos se agarran de los pelos con ganas y ruedan por el suelo dándose ca-che-ta-das sonoras mientras, con satisfacción, el tal Luis Mario contempla la escena desde un rincón.

—Esta serie es la caña. Se pegan con unas ganas... Desde luego, con tanta hostia hacen que te olvides de todo —comenta Eric.

Cuánta razón. Yo había olvidado que él seguía en la habitación. Ariadna continuaba desaparecida, pero mi madre había estado aquí porque vi su chaqueta en la mesilla.

—Tu madre está en el baño. Nunca había visto ningún culebrón sudamericano. Ariadna es antitele. En casa solo se ve fútbol y *Juego de tronos*. ¿Quién es el guionista de esta porquería adictiva? —Parecía un ama de casa de los cincuenta.

—A mí me encantaría serlo. Escribir historias de amor sin pies ni cabeza, llenas de muertos resucitados, bofetadas, amores imposibles, *haciendas* en Miami y muchos cafetales. Es una profesión que debe de hacerte muy feliz.

Eric cruzó las piernas en plan cotilla.

—¿Tú querías ser guionista antes de que te pasara toda esta mierda?

Lo dicho, cotilla.

—Yo quería hacer muchas cosas en esta vida. Quería ser grande. Quería casarme con mi gran amor. Viajar mucho y vivir aventuras. Tener un hijo... Pero cada vez que deseo algo, el destino, un fantasma, yo que sé, se burla de mí y me lo quita. Es como si quisiera dejarme constantemente sin nada. Como si se regodeara con mi frustración. No sé qué pecado cometí en otra vida para que se me castigue tan duro en esta.

Oculté mis lágrimas.

—Querías ser escritora...

Nos miramos a los ojos.

—Sí, quería serlo. De hecho tenía una novela casi terminada.

Casi... como todo en mi vida.

—¿Sobre qué?

No sé porqué me resultaba tan fácil contarle mis cosas a Eric.

—Sobre experiencias, cosas que siento. Era una comedia irónica.

Apoyó las manos en las rodillas.

—Pero no la has acabado.

—No, pero lo haré. Solo es que ahora he perdido el humor, la ironía. Todo me queda como muy trascendental. Además, cuando la quimioterapia se me sube a la cabeza no puedo ni pensar.

Dejamos la conversación ahí. Mamá salió del baño y Eric se levantó de la butaca y le cedió el sitio.

—Ostras, nena, ¿de verdad que tenemos que pasarnos todo el día viendo estas horteradas? Por cierto, qué mal día hace hoy. Comenzamos bien con esta lluvia.

Desde mi posición todos los días parecían soleados de fluorescente y cubiertos de cuadros de flores.

Mamá se sentó en el sillón, y a pesar de su disgusto vio conmigo todo el capítulo de la telenovela, y eso que era repetido.

—A este chico del caballo lo tengo como muy visto, pero no sé de qué.

A mí también me parecía alguien conocido.

La gran pelea

8 de noviembre de 2013

El Príncipe Verde llegó a las ocho de la tarde para relevar a mamá, con el pelo mojado, un fular al cuello, una chaqueta de cuero y una bolsa en bandolera. Colgó la chupa y el fular en la silla de madera que había detrás de la entrada y que usábamos de armario. Se quedó solo con un jersey gris con un botón negro en el cuello.

Me acercó la bolsa: era mi portátil. Los gemelos me habían descargado de iTunes todas las pelis de la saga *Crepúsculo*. Tendría una noche entretenida.

Mamá se marchó después de dejar indicaciones claras a todo el mundo sobre mis cuidados. Ariadna la calmó jurándole que ella controlaría a las enfermeras mientras Eric, sentado a su lado, intentaba resolver un sudoku.

—¿Cómo estás, Ariadna? —preguntó mi chico sentándose en la cama a mi lado.

Mi compañera levantó la vista del tapiz que cosía:

—Muy bien, principito. Mírale el brazo a mi princesita, que me parece que lleva una vía mal puesta y las enfermeras no le prestan la debida atención. Toda la tarde quejándose, la pobrecita. A esta Ángeles siempre hay que perseguirla para todo, y además me habla mal; es una borde conmigo.

El punto que había dado mientras hablaba le quedó torcido.

—Ariadna, cari, ¿cómo quieres que te hable con lo pesadita que eres? —Vi que Eric escribía varios cincos en una esquina del papel.

—No, Eric, no soy pesada. Lo que ocurre es que no todos podemos comportarnos como adolescentes eternos. Algunos tenemos que mantener el control de las situaciones.

La piel de los pómulos se le estiró, como si se hubiese hecho la estética.

—Lo que tú digas, chica... —le replicó él, tirando el sudoku al suelo y poniéndose en pie.

—Lo que yo quiero es que te comportes como un hombre.

Ariadna se levantó de la cama arrastrando a «José María», como habíamos bautizado a nuestro colgador con ruedas para la medicación, y corrió la cortina que separaba nuestros espacios.

A partir de ahí solo oímos sus voces, que de manera progresiva aumentaron de volumen. Me daba vergüenza escuchar conversaciones ajenas, pero no había más remedio. No podía huir.

Alcé la mirada hacia el Príncipe Verde, que me devolvió una también incómoda.

Eric: «Pero bueno, ¿qué diablos piensas que hago yo todo el puñetero día? Siempre estoy en el hospital cuidándote, y después en casa cuidando de una niña que no hace más que preguntarme cuándo volverás para estar con ella y hacerle de madre. Y yo no sé que responderle. No lo sé, Ariadna. Esta situación de mierda me supera».

Ariadna: «¿Me estás llamando mala madre?».

Eric: «¿Cuándo fue la última vez que me preguntaste por Emily? ¿Cuánto hace que no hablas con ella por teléfono? ¿Cuándo fue la última vez que te preocupaste por alguien que no fueras tú misma?».

Ariadna: «¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo? Sabes de sobra que llamo a Emily cada día, pero tú y Esmeralde siempre tenéis una excusa para no dejarla hablar conmigo: que si está en ballet, o haciendo los deberes, o en casa de su abuela... Ayer llamé a su colegio y hablé con su profesor. Me dijo que la niña estaba bien, alegre como siempre, y que no hacía más que ponerse pañuelos en la cabeza para ser como su mamá. Mira el vestido que hay sobre la mesilla. Se lo hice la semana pasada y tú ni siquiera has sido capaz de llevárselo. ¿Cómo te atreves a decir que yo no pienso en mi hija? Si lo único que hago es pensar en ella. *Oh, my fucking God!* Estoy atrapada en este hospital».

Eric: «Sí, tú pensar piensas mucho. Actuar de verdad, no hacerle cuatro vestiditos cuando te aburres, no, eso no es ser madre. Y para que lo sepas, es la niña la que se niega a hablar contigo las pocas veces que has llamado. Cree que la has abandonado y está enfadada. Esmeralde y yo no hemos planeado ninguna conspiración contra ti. Así que no vayas por ahí diciendo cosas que no son verdad. Y a Esmeralde deberías estarle agradecida. Cuida de la niña y se preocupa por ti; es una verdadera amiga. Mira, si quieres, esta semana te traigo a la niña al hospital, a ver si te haces perdonar. Y más te vale estar cariñosa con ella y no darle órdenes y querer organizarle la vida, por cinco minutos que la ves».

Ariadna: «Sí, claro, el problema soy yo, que no estoy alegre ni cariñosa. Ahora resulta que no sé cómo tratar a mi propia hija».

Eric: «¿Cuánto hace que tú y yo no nos reímos juntos, eh? ¿Cuánto? ¿Cuánto tiempo hace que no me das un beso? Deberíamos estar más unidos que nunca y míranos. Tú siempre me culpas de todo, y si no me culpas a mí, culpas a la enfermera, al médico, a tu madre o a quien sea, pero te voy a decir una cosa: yo no tengo la culpa de que estés enferma. Lo llevo lo mejor que puedo. Lo hago lo mejor que sé».

El Príncipe Verde miró el reloj. Eran las ocho y veinte y me hizo señales con las cejas.

—Quiero ir al baño, que es mi hora —susurró. Se lo impedí agarrándolo del jersey y él hizo un gesto de fastidio.

Ariadna: «Pues lo mejor que sabes es muy poco, poquísimo. ¿Qué haces por mí, a ver? Vienes aquí, estás dos horas, hablas con los médicos y te marchas a casa. No me preguntas nada. Ni siquiera cómo estoy. ¿Y sabes una cosa? Por si no te has dado cuenta, la que está enferma soy yo. La que casi se está muriendo soy yo. ¿Por qué siempre lo tienes que llevar todo a tu terreno? Tú sabes que yo te quiero. Yo te quiero, pero lo que deberías preguntarte es lo que sientes tú. ¿Me quieres o ya te molesto?».

Eric: «Cariño, no me molestas. Sé que lo estás pasando fatal. Y yo también te quiero, cariñito, te quiero mucho mucho mucho».

El Príncipe Verde utilizó estas últimas palabras de Eric para escapar de mis zarpas y huir al señor Roca. Su intestino no era quijotesco como el mío. Era puntual y calculador, como toda su persona.

Cuando volvió, Eric se había esfumado. Ariadna mantenía la cortina cerrada, señal de que no quería ser molestada. La llegada de la cena nos hizo dejar atrás el momento amargo que acabábamos de presenciar; mejor dicho, de escuchar. Olía bien: crema de verduras, pollo y

patatas fritas. De postre, zumo de piña.

Mi chico me acercó la mesilla de noche, que tenía ruedas y servía a su vez de mesilla de comer. Traté de empezar a engullir, muerta de hambre como estaba, pero el cableado de mi brazo me impidió todo movimiento, como una prisión de culebrillas. Él me ayudó a colocarlas de manera que pudiera moverme.

—¿Siempre están así? —comentó haciendo un gesto hacia la cortina.

Me atraganté con la crema de verduras, que me salió por la nariz como las cataratas del Niágara.

—¿Cómo puede una cosita tan delicada y tan fina comer como la peor de las cerditas? —Me secó los rastros de verde de la nariz, me robó la cuchara y empezó a darme la comida como si yo fuera un bebé, haciendo el avión. —Mmmm, qué rico. Termínatelo todo como una niña buena.

Me metía la cuchara en la boca a tanta velocidad que no me daba tiempo a tragar.

—Para, paraaaa —conseguí decir entre esa orgía de crema de verduras—. ¿De verdad es necesario que me des la comida como si fueras mi padre? La mano todavía me funciona.

Me pellizcó la mejilla.

—Dijimos que estábamos juntos en esto, ¿no? Va, sé una niña buena y haz caso de los mayores. Si no te haré pam pam en el culito y no de la manera que a ti te gusta... —Bajó la voz y sus cejas volvieron a señalar la cortina que nos aislaba de mi compañera. Los ojos le brillaban como dos semáforos en verde. Volvió a la carga—: ¿Estos dos siempre se pelean como locos?

—Qué marujo te has vuelto —le respondí imitando su tono de voz y sus gestos.

—Es todo por tu culpa. Todo el día contigo viendo culebrones y *Crepúsculo*, pues qué esperabas.

—Siempre es todo culpa mía.

—Por supuesto que lo es.

Acerqué la boca a su oreja:

—Lo que pasa es que a Ariadna mañana le ponen la quimio —pronuncié la frase como si se tratara de un secreto—. No le ponen la misma que a mí. Le inyectan una que es superfuerte y por lo que se ve cada vez que se lo hacen se pone insoportable y le chilla a todo el mundo. No le hizo efecto mi tratamiento, así que le han puesto uno de segunda línea.

—Pobrecita. —Asentí con la cabeza. Él cambió de tema—. Por cierto, ¿ya sabes que estás muy guapa? Te brilla el pelo.

Vestía el pijama blanco con los pantalones naranja de presidiario que daban en el hospital y me había hecho una trenza de espiga. Pero con el respirador, que me había vuelto a poner en la nariz al terminar de cenar, las vendas del brazo para que no se escaparan las vías y cables varios, el término «guapa» no parecía muy realista que digamos. Ningún *blogger* de moda me ficharía como *it girl*.

—Cuando llegue a casa me lo cortaré estilo *garçon*. No quiero parecerme a Gollum cuando empiece a perderlos. Pero no pienso raparme, eso jamás.

—Hasta rapada estarías guapísima.

Que pesado, el tío.

—Calla...

Me estrujó los dedos hasta que me crujieron.

—Es que tú no lo sabes, pero tienes una gracia especial.

Más tarde, se levantó de mi lado y fue a buscar el sillón rojo y destartelado que sería su cama aquella noche. Le puso unas sábanas y unas mantas que no encajaban con nada, de manera que acabó pareciendo todo el invento una gran bola de nieve. Se sentó restregando el culito en el asiento como una bailarina de Hula-Hula de Polinesia, se tumbó y se tapó un poquito. Parecía un canelón.

—¡Qué cómodo! —comentó muy serio, y a mí me dio un ataque de risa—. Te lo digo muy en serio, este sillón lo compraron en 1992, y en esa época seguro que era la revolución entre sus congéneres: rojo, blandito y... —echó la espalda hacia atrás hasta que el respaldo se puso horizontal. ¡Cloingggg!—... RECLINABLE. Además, observa: si me pongo boca arriba se me sale el culo por el agujero del medio, si me pongo de lado se me salen los pies porque me queda corto. Mira, mira. —Movié las Lacoste blancas cual bailarina—. ¿Qué peli quieres ver? ¿*Crepúsculo* 1, 2, 3, 4, 5? O mira, mira, tus hermanos te han descargado otra: *Tres metros bajo tierra*, o no, mejor ponemos *Gata Salvaje* en ese canal indefinido donde la echan veinticuatro horas, que quiero saber si ya ha muerto Patricio Rivera. Lo adoro, con qué estilo bebe café y se pone el dedo en la barbilla planeando maldades...

De golpe, todo el cansancio del mundo cayó sobre mis ojos.

Me volvía a doler mucho la espalda.

—Creo que voy a dormir. ¿Vienes conmigo un rato? El sofá está superlejos.

Se destapó, subió a la cama y me abrazó.

—Qué bien que ya no te morirás —dijo cerrando los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —Algunas cosas no las tenía yo tan claras.

—Porque no dejaré que la muerte se te lleve.

—¿Y qué harás para impedirlo?

—Si ella te agarra fuerte de los pies, yo te cogeré aún más fuerte y no la dejaré raptarte. ¿Para qué crees que voy al gimnasio?

Los ojos se me cerraban. Recosté la cabeza en su brazo, que para mí era como una nube en el cielo.

—¿Te vuelve a doler, verdad? —apuntó con preocupación.

—¿Mañana será mejor? —pregunté.

Él me contestó tembloroso, dibujándose ecuaciones en las mejillas.

—Sí, mañana será mejor. Mañana siempre será mejor.

Al otro lado de la cortina, Ariadna lloraba en silencio.

Tener los pies en el suelo

9 de noviembre de 2013

Las enfermeras me despertaron varias veces aquella noche. «Nena, nena, el antibiótico.» «Nena, nena, la temperatura.» «Nena, nena, la vía...»

A las siete de la mañana abrí los ojos con decisión. Mi chico verde se había dormido hacía media hora en el sillón más cómodo del mundo, boca arriba con las piernas abiertas como una rana. La cortina estaba corrida y Ariadna, rodeada de telas, me dio los buenos días con una sonrisa. Se miraba en un espejito de mano. Los rayos de sol que entraban por la ventana iluminaban las flores amarillas de *Los girasoles* de Van Gogh. Pero esa misma repentina luz me deslumbraba y me impedía ver el cuadro que había frente a la cama de Ariadna. Parecía azul... ¿Sería un Kandinsky?

—*Princess*, ¿qué tal me queda? —preguntó mi compañera interrumpiendo mis pensamientos.

Mientras yo estaba distraída se había envuelto la cabeza con un pañuelo amarillo, como si fuera un turbante, y se había puesto colorete rosa en los pómulos.

—*Amazing!* —exclamé.

Ella soltó una carcajada altiva, de sultana.

—Te defiendes bien con el inglés, princesita. Pero ahora en serio, ¿el amarillo me sienta bien o mejor lo cambio por el rojo? —Volvió a agarrar el espejo de mano y dio un beso al aire, como una modelo de revista.

—Me gusta el amarillo. ¿Quién viene a verte que te arreglas tanto?

—Emily. Eric ha ido a casa a recogerla. —Su felicidad maternal era tal que ensombrecía el amarillo del pañuelo—. En diez minutos me llevarán a la sala de espera y podré verla. A ella le gusta verme guapa, pintada y *fashion*.

Mamá me había contado un día que la sala de espera estaba repleta de juguetes viejos y de libros como de biblioteca pública antigua, que parecían sudados y le daban cosita.

—Y tú qué, ¿vas a ir por siempre jamás con estas pintas? ¿No te piensas quitar nunca el pijama de presidiario?

Me fijé en mi indumentaria. La verdad es que desde mi ingreso había dejado de preocuparme por mi aspecto; al fin y al cabo, qué podía importar ya. El pijama blanco y naranja que me había sido impuesto en el ingreso formaba parte de mi nuevo yo despreocupado. Era cómodo llevar ese uniforme y no tener que preocuparme por nada. Pero Ariadna tenía razón, era un pijama feísimo que no se ajustaba a mi tamaño. Era feo de morir.

—Tienes razón, es horrendo.

La chica rebuscó entre sus pertenencias y se me acercó dando un saltito. Con gesto solemne, me entregó un paquete envuelto con papel maché rematado por una cinta de raso roja.

—He hecho esto para ti. Anda, ábrelo.

Apoyé el paquete en las piernas y deshice el lazo, parsimoniosa. Rompí el papel maché a pedazos muy pequeños: contenía una caja de cartón. Abrí la caja, retiré los dos pedazos de papel de cartón blanco. Debajo había una pieza de vestir doblada con mucha profesionalidad. ¿Era un camisón? La desdoblé y la mantuve en alto. Con los dedos percibí la calidad del tejido. No era un camisón, era una bata, una bata muy especial. Era larga, como un vestido de fiesta, y las mangas eran anchas y estaban rematadas en negro. Dos rosas gaudinianas le salían de la espalda, como alas.

—Es una bata *vintage* estilo oriental con influencias modernistas. —La voz infantil de Ariadna me bajó de la nube—. Llena de rosas, como tú, que eres una rosa. Los pétalos son rojos como la sangre, pero si te fijas bien, la flor que hice en el medio tiene el tono rosa pálido de tus labios. ¿Te gusta? —Su ofrenda de amistad me mareaba. ¿Qué había hecho yo para merecer esa obra de arte?

—¿Me ayudas a probármela? Con todo esto que llevo en el brazo no sé cómo hacerlo.

Cogió la bata con sensibilidad de artista, como Coco Chanel, Óscar de la Renta o Josep Font debían de tratar sus piezas. No sé cómo logró sortear todos los obstáculos. Y me sentí envuelta en esa capa de vitalidad.

—Ahora tendrás que levantarte, princesa, así sentada no se ve bien el efecto.

¿Ponerme de pie? No era capaz de recordar lo que se sentía al caminar. Hacía meses que ni siquiera podía ir al baño sin que papá, el Príncipe Verde o los gemelos me llevaran en brazos.

Me descubrí las piernas retirando la sábana. Parecían dos espaguetis crudos. No aparentaban poseer suficiente resistencia a la fuerza de la gravedad. Poco a poco, como un niño que se lanza por primera vez a la piscina, fui arrastrando el culo hasta que mis piernas quedaron colgando por el borde de la cama. Me dejé caer hacia abajo hasta que noté los fríos azulejos. Pensando cada movimiento, adelanté una pierna, que se negaba a avanzar, y después la otra. Lo hice sin gracia, como un bebé que aprende desde cero, temblorosa, arrastrando unos pies que parecían pegados al suelo con pegamento. Al mismo tiempo, notaba como el aire se colaba por mi nuevo atuendo vaporoso que me hacía volar como un hada.

—Ahora te soltaré el pelo.

Ariadna deshizo la trenza que yo no había querido deshacer desde mi ingreso. También me peinó muy a conciencia, suavemente, tratando de ocultar con las manos los mechones, muy pequeños, que cedían con cada nuevo cepillado. Pero tenía tanto pelo que esas pequeñas pérdidas todavía no se notaban. Me dejé peinar y arreglar como una muñeca. Cuando mi amiga terminó, me arrastró literalmente al baño para que me viera en el espejo grande. «José María», conectado a mí, nos seguía pitando como loco, avisando que se había terminado la bolsa de morfina.

¡Oh! ¡Era yo! Preciosa, con el pelo castaño largo y ondulado hasta los hombros, las mejillas encendidas, los labios rosa, carnosos, y cubierta con esa obra de arte que me hacía parecer un ser etéreo, como Dánae la ninfa, como Ofelia ahogada en el río, como Colometa de *La plaza del Diamante*. Ahora entendía cómo se sentían las estrellas de cine, las princesas de verdad, cuando un diseñador confeccionaba una prenda solo para ellas. Nadie había hecho jamás un vestido solo para mí, pensado únicamente para mí. Bueno, vale, una bata no es un vestido de gala, pero teniendo en cuenta mi situación, era lo más parecido que podía lucir.

—Pareces una modelo —sentenció Ariadna.

—Imposible, ellas son muy altas y yo no llego al metro sesenta.

—Mejor. Modelos hay muchas y todas se parecen, ¿qué hay de especial en eso? Tú eres diferente, extraña de un modo que me gusta. Como una princesa de cuento. No conozco a nadie como tú y aún menos a princesas escritoras. —Ya estábamos con el puñetero temita. En fin...—. Eric no sabe guardar secretos.

La miré con rabia.

—Es lo que se supone que soy, después de todo, ¿no?

—Eres muy estilosa, forma parte de ti. Y es algo que tienes que mantener hasta las últimas consecuencias, tenlo presente. Jamás olvides quién eres. Venga, vuelve a la cama, que estarás muy cansada.

Me noté una lagrimilla en el ojo. ¿Me había emocionado?

Entonces oí unos golpecitos que provenían de la puerta de la habitación.

—¿Quién es? —preguntó Ariadna, todavía detrás de mí, ayudándome a caminar hacia mi sitio.

—Soy yo, el JuanCCCCaaa —contestó una voz lejana pero conocida.

Un chico con la cabeza rapada de enormes ojos negros y nariz aguileña asomó la cabeza por la puerta.

—¡Hola! Estaba en el pasillo tomando el aire y de repente he oído una voz familiar. ¿Te acuerdas de mí? JuanCa, como el rey... —Me agarré fuerte al hombro de Ariadna. Ah sí, *Guanca*, como el rey. ¿Primera quimio? Ojos negros, cara alargada. Ah, sí. El JuanCa, como el rey. ¿Primera quimio? Me fijé en su brazo musculoso apoyado en el marco de la puerta y en el enorme tatuaje tribal que lo cubría. Pero él ni se fijó en mí, clavó la vista en Ariadna, que le devolvió una mirada altiva muy británica. Otra cabeza rapada, con la cara tapada por una gran mascarilla blanca, rompió la magia del momento. JuanCa volvió a hablar:

—Os presento a Noelia, compartimos habitación. —La pequeña cabecita rapada dijo hola con los ojos—. La pobre no puede hablar porque, en teoría, está en aislamiento. Pero la han venido a visitar tantos familiares que las enfermeras piensan que estará mejor aquí con vosotras, al menos durante un ratito, si nos dejáis, claro está.

—Os presento a Ariadna... —respondí sin saber qué hacer y sin entender por qué tenía que ser yo quien tomara la decisión de admitirlos momentáneamente en nuestra habitación. Les dije que pasaran con un gesto de cabeza y Ariadna acató mis órdenes sin rechistar, aunque noté que estaba molesta.

Entre los tres me ayudaron a llegar a la cama. Pasamos por el lado del Príncipe Verde, que seguía roncando como una cigarra, aún tumbado en el sillón. Parecía que no fuera a despertarse en la vida. Estornudó y dio una patada al aire embutido en sus sábanas blancas como un canelón gratinado, peleando con fantasmas imaginarios.

Noelia buscó una silla al otro lado de la habitación y se quedó allí como un animalillo asustado mientras JuanCa nos daba conversación y el rostro de Ariadna iba adquiriendo las diversas tonalidades de la ira.

Pasó un cuarto de hora o así, y un chico moreno con pendientes en las orejas entró en el cuarto, que ya estaba más concurrido que el Corte Inglés en hora punta, y se llevó a la calvita, pidiéndonos a todos perdón por las molestias.

—Es su marido —nos informó JuanCa, que lo sabía todo y seguía de pie dando vueltas cual león enjaulado.

Qué díver. Los huesos me crujían emitiendo una música extraña, otorgándole al ambiente un *feeling freak* que me gustaba mucho. Eso me hizo darme cuenta de que no estábamos en una reunión de universitarios sino en un hospital. Ariadna hablaba desde su cama, sentada muy recta, con su turbante cual reina mora dando órdenes a sus esclavos.

—¿Su marido? Si esta nena no tiene ni dieciocho años. —Sacó de uno de sus escondrijos secretos un tapiz y se puso a coser.

Me vino a la cabeza la imagen del día en que me di cuenta de que yo no estaba casada con el Príncipe Verde, el día que rompí con él.

—Deben de tener diecinueve —aseveró JuanCa, ahora de pie en el pasillo que quedaba entre mi cama y la de mi compañera—. En la Edad Media la gente se casaba a los trece años... —Se frotó el brazo contrario al del tatuaje y vi que tenía la vena quemada y mucha flebitis—. Aunque también es verdad que los tiempos han cambiado y esas cosas ya no son importantes. Por cierto, perdón por la intrusión, ¿eh? Es que necesitaba un descanso, estoy hecho polvo. —Se frotó los ojos y siguió quejándose—: ¡Mi habitación parece Benidorm en agosto! No para de entrar gente a ver a Noelia, no son ni las diez y ya han pasado por allí por lo menos treinta personas, incluidos niños de todas las edades, medidas y tamaños. No puedo más. No sabía que alguien podía tener más de cincuenta primos y todos dispuestos a pasar tiempo contigo.

Era verdad que de vez en cuando se oía mucho barullo proveniente del otro lado del pasillo. Yo creía que era que allí delante había ingresado algún abuelete sordo de esos con sonotones que hablan gritando y no oyen la tele. Pero ahora veía que no, que eran los noelianos los que le daban un ambientillo festivo a la planta.

El Príncipe Verde aprovechó los comentarios para saltar de su cama improvisada como una trucha o como un salmón de esos que remontan los ríos. Se atragantó con sus propias babas.

Ariadna expuso su punto de vista, que para ella era el único punto de vista válido:

—¿Y nadie ha hecho nada para que se vayan, aparte de mandaros por aquí a incordiar? Que pongan un cartel en la puerta o algo.

JuanCa parecía turbado con sus palabras.

—Sí, quizá sería una buena idea. Pobre Noelia, con lo enfermita que está y todo ese barullo... Por cierto, quería informaros de que tengo otitis. ¿No os molesta, verdad? Me han dicho que no es contagioso.

Y concentrado en su perorata y buscando cierta comodidad, empezó a localizar un asiento donde reposar, y lo encontró encima de las rodillas del Príncipe Verde, que despertó hecho una furia, transformado en el increíble Hulk. JuanCa se levantó de un salto, como si se hubiera quemado las nalgas con un puñado de brasas ardientes.

—¿Puedes salir de encima? —Durante unos instantes pensé que se iban a pegar.

Mi chico se incorporó soltando chispas por los ojos.

—¿Se puede saber quién eres tú?

El otro no sabía dónde meterse ni cómo controlar sus movimientos.

—Soy el JuanCa. He venido a ver... —El miedo se le comía las palabras. El pico de águila que era su nariz se le encogió.

—¿A ver a quién? —Lo escribo así, pero no sonó a pregunta, sino más bien a amenaza.

—A mis amigas...

—Amigas... —repitió mi chico en plan mafioso.

JuanCa huyó, incapaz de batirse en duelo con la furia verde alegando que le tocaba tomarse el antibiótico.

—Por cierto, encantado de conocerte, esteee... —Hizo el gesto de darle la mano, pero el Príncipe no quería ensuciarse la suya y mezclarse con reyezuelos de segunda. Ser el heredero al trono de un imperio es más importante que ser un monarca de un país perdido entre montañas.

—No te he dicho mi nombre. Soy el doctor Verde.

—¿Qué?

JuanCa se marchó haciendo una especie de reverencia y Ariadna y yo nos echamos una mirada de incrédula complicidad.

—¿Desde cuándo vienen hombre raros a visitarte y por qué te pones tan guapa para recibirlos?

Le reboté todas las preguntas.

—¿Y tú cuándo te has sacado la carrera de medicina, doctor Verde?

—No me cambies de tema... —Aun así se levantó del sillón para darme explicaciones—. Desde hace tres días. Estaba en el ascensor y la señora Esteve y la señora Riba, que creo que están un poco, ya sabes, mal, las pobrecillas, y están en la planta cinco, me pidieron si podía tomarles la presión. Les cogí las pulsaciones porque parecían muy nerviosas, y a partir de ese momento me buscan siempre que les duele algo o tienen preguntas sobre su dieta. La cosa es que las señoras salen al parking a fumar y le han dicho al de seguridad que soy médico, y se ha corrido la voz, y yo no lo negué porque, total, estoy en el paro y pensé: «chico, así te ahorraras los cuarenta euros diarios que vale el parking del hospital». Total, que ni tu padre ni yo pagamos parking desde hace unos días. —Estaba rodeada de pirados. Después de dejar salir su historietta, retornó a su asiento como un alumno castigado—. Pero no estábamos hablando de eso, no me cambies de tema, que eres muy hábil, maldito pequeño *hobbit*.

Me rasqué la nariz con resignación.

—Mi padre también está en el ajo, cómo no. ¿Él se hace pasar por el doctor House? Tú deja de decir por ahí que eres médico, a ver si te vas a meter en un lío, ya sería lo que nos faltaba... —Hice una pausa—. Por cierto, conocí a JuanCa el primer día de quimio; no hace falta que te pongas como un basilisco. Tiene otitis y parece simpático.

Ariadna observaba la escena desde su rincón, entretenida por nuestras discusiones mediterráneas.

—¿Y lo veremos mucho por aquí a partir de ahora, al... simpático? —Enfatizó «simpático» entrecomillándolo con los dedos.

—¿Te gusta mi bata nueva? Me la ha hecho Ariadna. —Le acaricié la cabeza con una sonrisa encantadora.

—Estás fea —escupió, regodeándose en su rabieta infantil.

Ya me empezaban a cansar sus tonterías. Los niños malos necesitan un buen castigo para rectificar.

—¿Qué te pasa? ¿El Villavalencia te ha pasado alguna droga dura para que *alucines*, o qué?

Lo habían despertado con el pie izquierdo.

—Tú arréglalo ahora, arréglalo.

Le di una colleja con mi mano libre y él me pellizcó.

Ariadna susurró que mi hombre necesitaba ayuda psicológica urgente. Entró Eric tan campante con una camiseta naranja fosforescente y se unió a la fiesta. Obvio: había estado escuchando como el cotilla que era.

—¿Qué decíais del Villavalencia? Mira que es guapo, el jodido. La primera vez que lo vi pensé: «no soy gay pero podría enamorarme de él». ¿Sabíais que vivía en Colombia y que era actor? Me lo han dicho dos señoras muy agradables de la quinta, y también me han preguntado que cuándo pasarás a visitarlas, doctor Verde. —Me guiñó un ojo y dijo bajito—. Villavalencia es Luis Mario, por eso nos suena a todos tanto. Es él, te lo juro.

Dios mío, estábamos cada vez peor. El encierro estaba haciendo mella en nosotros.

—Cariñito, Emily te espera abajo con Esmeralde.

—¿Ha venido Esmeralde también?

—Sí, y cari, trátala bien, te lo ruego.

—Por supuesto, está haciendo mucho por mi hija. No tengo motivos para tratarla mal.

Ariadna bajó de la cama de un salto y lanzó la labor al suelo.

Nunca la había visto correr tanto.

El Príncipe Verde se marchó poco después. Mi madre aún tardaría unos veinte minutos en llegar. Mis momentos de soledad eran tan escasos que había aprendido a aprovecharlos al máximo. Qué libertad, sin presiones, sin esa constante charla inútil, sin miradas incómodas. Cogí el portátil como pude de encima de la mesilla, me puse los cascos y la música a tope y... Me volvieron a interrumpir.

—¿Hey, princesa, ya se ha ido ese? —El JuanCa, siempre tocando los juancones, volvía a estar allí. Era como un fantasma pesado de esos que siempre asustan en las películas de miedo. Sus ojos saltones reptaban por el marco de la puerta.

—Zona despejada. ¿Por qué te tatuaste el brazo?

¿Había perdido el miedo a hacer preguntas íntimas impulsivas sin pensar en las consecuencias? Él se acercó con el mismo pijama naranja que yo llevaba. Me enseñó el brazo.

—Es que me dedico al *freeride extreme*.

—¿A qué? —Él captó el mensaje.

—Me dedicaba, mejor dicho. Eso quiere decir que hago *snowboard* de manera profesional, fuera de pistas. Una guapada. Supongo que no habrás visto ninguno de mis vídeos en YouTube. Soy bastante conocido en el mundillo.

¿Qué esperaba? ¿Que le pidiera un autógrafo o algo? ¿Y qué tenía que ver eso con el tatuaje? Me acercó el brazo para que viera bien el dibujo y, mientras, me lo iba describiendo:

—Representa las montañas que he descendido. Mira, esta de aquí, tan alta, representa los Alpes suizos, y esta tan pequeña son los Pirineos, mis montañas chicas.

La satisfacción era un alud que le invadía el rostro. Estaba impresionada. JuanCa era como Tarzán de las Nieves, como el yeti, como un esquimal esquiador. Procuré no centrar mi atención en las venas quemadas por la quimio y destruidas por la flebitis que eran ríos rojos en medio de los valles de su brazo. No llevaba PIC. Quizá Juana pensaba que las venas de JuanCa no eran de mierda como las mías y podía sufrir la masacre de las continuas vías.

—Yo iba con mis padres a esquiar a Masella dos veces al año. Siempre veía a los que hacían *snowboard* con el culo permanentemente en el suelo, así que jamás me imaginé que alguien se pudiera dedicar profesionalmente a eso. No conocía esto del Freddy Kruger o como sea que se

llame.

—¿Tú a qué te dedicabas?

Tragué saliva.

—A nada, en realidad... —No quería admitir que era una inútil. Había estudiado humanidades, que según todo el mundo era una carrera para inútiles. Y los trabajos que había conseguido al terminar eran todo un desastre. No me habían durado más de dos meses. Quizá si hubiese estudiado Derecho o Medicina me habría resultado más sencillo responder a una pregunta tan simple como aquella.

Pero a veces tenía la sensación de haber malgastado mis pocos años de vida en una inutilidad. Jesús y Alejandro Magno habían cambiado el mundo antes de los treinta. En cambio, yo no había hecho nada remarcable aparte de querer y ser querida.

Si por lo menos supiera hacer máquinas como el Príncipe Verde o negocios como mi padre o educar a la siguiente generación como mi madre... En realidad, sabía hacer solo una cosa, una cosa que me parecía muy inútil y ni siquiera era tan buena ni tan brillante como me habría gustado. Y eso fue lo que respondí:

—Escribía. Novelas. O mejor dicho, estaba escribiendo una novela. Algún día la terminaré. Tenía unas aspiraciones y unos sueños muy estúpidos antes de todo esto.

—¿Sobre qué?

Se agarró a mi «José María» con tanta fuerza que me dio miedo que echara la máquina al suelo y a mí con ella. Ángeles nos mataría a aguijonazos si eso sucedía.

—Sobre aventuras que he vivido tanto en la realidad como en la ficción. —Me dejé caer hacia atrás y me hundí en el tacto aloe vera.

—¿Has vivido muchas aventuras?

—Unas cuantas, pero supongo que no tantas como tú. Y ninguna tan difícil como la de ahora.

Nos miramos tristes, como si compartiéramos sueños perdidos. Debía de ser duro para un deportista acostumbrado a esa vida estar de repente encerrado entre cuatro paredes. Más que para una niña mimada pijita como yo.

—¿Quieres ver lo que hay fuera de este cuarto? Seguro que todavía no has salido. A ver, lo que hay no es que sea gran cosa, pero... —Me ofreció la mano como ayuda y yo la acepté.

—Lo más lejos que he llegado últimamente con mis piernas es hasta el baño esta mañana. ¿Pretendes que nos demos una vuelta por la planta? —Me sentía incapaz.

—Venga, vive un poco, que todavía no hemos muerto. Además, si te has puesto así de guapa, no será por nada.

Suspiré.

—Está bien, pero solo diez minutos.

Me puse de pie por segunda vez en el mismo día. Y por segunda vez sentí las piernas frágiles, de goma. JuanCa me ayudaba con «José María», cuyas ruedas no giraban del todo bien, y me ofreció el brazo como punto de apoyo. Me daba miedo hacerle daño por como lo tenía de hinchado, pero a los dos pasos no pude prescindir de él. Poco a poco salí de mi aislamiento y entré de nuevo en el mundo.

Para mi sorpresa, la planta de hematología resultó ser muy pequeña. En diez minutos la recorrimos entera, y eso que íbamos a cámara lenta. Primero anduvimos por el pasillo de la izquierda, repleto de habitaciones blancas entreabiertas. Entre corredor y corredor, dos puertas

automáticas transparentes que servían de parapeto para virus y bacterias se cerraban y se abrían cortando el aire como las de una nave espacial de película futurista.

Las enfermeras se convirtieron muy pronto en nuestro público. Nos saludaban al pasar y nos animaban a proseguir, como los aficionados locos de una vuelta ciclista improvisada.

Yo enseguida me sentí cansada y traté en vano de convencer a JuanCa para que me devolviera a mi retiro de paz, pero él insistió y no me vi con fuerzas de abandonarlo a media travesía.

Así que seguimos adelante hasta encontrarnos de frente con la sala de espera de paredes azuladas y sudorosas. Oímos voces conocidas y nos escondimos para espiar desde detrás de la máquina expendedora de agua.

Dentro, Ariadna jugaba con Emily y su flequillo castaño. Qué guapa estaba. Al principio, la niña se mostraba reticente a tocar a su madre, pero cuando esta se quitó el turbante amarillo y se lo puso a ella en la cabeza, la pequeña cayó rendida a sus pies, como todos los niños. Al otro lado de la estancia, Eric y una chica con el pelo corto y rizado conversaban entre susurros incómodos, sentados muy juntos. ¿Esmeralde se llamaba la susodicha? Pobrecita, tener que andar con semejante nombre por el mundo debía de ser una verdadera penitencia.

El ambiente se destensó cuando Emily se lanzó de cabeza a los brazos de su padre, que la sentó encima de sus rodillas. Ariadna aprovechó entonces para hablar con su amiga de nombre horterera. Vi que le cogía la mano y se abrazaban, ambas con lágrimas en los ojos.

Pegué un salto al sentir una mano fría en el hombro. Me volví. JuanCa me copió como un niño travieso. Habíamos sido pillados *in fraganti* por el doctor Villavalencia. Nos echó una bronca, cual profesor a sus alumnos más díscolos. Todo un placaje digno de su sonrisa Profident:

—¿A ustedes no os han dicho que espiar es de muy mala *educación*? —JuanCa y yo bajamos la mirada al suelo—. La juventud de hoy, qué *vergüenza* qué *vergüenza*... —De golpe pareció olvidarse de su enfado—. Oye, mi amoor, pero ¡qué *bellesa*! Qué linda se puso usted, bella dama. —Dudé por un instante entre enrojecer o soltar una carcajada, por lo de «usted», «bella dama» y demás construcciones lingüísticas que creía en desuso desde el Siglo de Oro—. Y estás caminando. Muy bien, muy bien. ¿Cómo vas de *dolorsito*? Si tienes algún inconveniente no dudes en llamarme. Bueno, adiós, lindos. —Se marchó, dejándome con la palabra en la boca, tan de improviso como se había materializado antes.

JuanCa se encogió de hombros y me empujó, suave, hacia adelante, hasta que llegamos a una ventana que ocupaba media pared.

Miré al exterior. Mareaba. Los coches de la autopista con sus luces y sus pitidos eran microbios ocupando un organismo vivo. El humo parecía rodearlos creando una cortina espesa. El enorme hotel Hesperia, un rascacielos coronado por una cúpula parecida a un platillo volante, y detrás de él, los edificios altos, cuadrados, simétricos, característicos del barrio, contrastaban con la tranquilidad casi con olor a lejía en la que había vivido los últimos días.

Todo ese barullo y la contaminación que lo acompañaba no parecía el mejor emplazamiento para un hospital. ¿Algunos no aseguran que para sanar enfermos lo mejor es el aire fresco de la montaña? Aunque, por otra parte, es cierto que un centro de salud tiene que ser accesible para todos, y en lo concerniente a accesibilidad ese no andaba escaso.

¿Cual sería la vista desde la ventana de mi habitación? ¿Parecida a esta, tan estresante, tan distinta a la que había visto yo a través de la pantalla de mi televisor? ¿Y de quién era el cuadro que todavía me faltaba por descubrir?

—¡Fíjate en esto! —JuanCa señaló una máquina, justo a mi lado, en la que no había reparado. Era una bicicleta estática de esas de gimnasio, pero parecía antigua, como de la época de las olimpiadas.

Me gustaba el aire extrañamente *vintage*-sin-querer de la decoración del hospital. La mezcla entre objetos de última generación como las teles, las camas, las ventanas, con aquellos sillones, cuadros y bicicletas comprados con toda probabilidad en 1992.

—La uso a diario. Dicen que es beneficioso pedalear y hacer músculos con nuestra enfermedad.

Pensé que sería una buena idea intentar montar en ella yo también, pero la deseché al notar que las piernas no me respondían. Me dio un ataque de tos y entre estertores le pedí al chico que me ayudara a volver a mi habitación.

Ohh, que gustito estar por fin en mi camita... Ostras, si hasta tenía un mando con el que podías reclinar el colchón a tu gusto y yo ni me había enterado. ¿Dónde había estado todo este tiempo?

Una vez instalada, le pedí a JuanCa que encendiese el televisor. Mi nuevo amigo se sentó en la butaca roja, acomodándose como si fuera domingo y estuviéramos en el comedor de su casa viendo la peli del mediodía.

—¿Tú ves esta serie? —preguntó señalando con la cabeza a la pantalla de plasma.

—¿Qué serie? —Perdida en mis pensamientos no había prestado atención.

—La que están echando ahora, la del Espinosa.

—¿De quién? Yo solo veo *Gata Salvaje* y *Crepúsculo*, cosas en las que no hay que pensar. —Mi cerebro iba lento y era incapaz de comprender historias complejas.

—Esa de la salvaje yo también me la pongo a veces, y eso que es como de tías y los actores son los peores que he visto en mi vida. Pero a veces también la veo. Me gusta. Creo que hoy dan varios capítulos.

Varios capítulos no, daban una maratón de episodios. Traté de seguir el argumento pero no lo conseguí del todo. En la pantalla, unos niños calvos jugaban a baloncesto, y después, en otra escena, por San Juan, miraban los petardos desde su hospital chulísimo con vistas a la ciudad. Y pintaban un grafiti en su cuarto. Y tenían biblioteca y gimnasio.

—Estoy celoso —dijo JuanCa cuando ya llevábamos una hora de capítulo.

—Esto va de cáncer, ¿no? Mira, se nos parecen, pero yo tengo pelo. ¿Por qué estás celoso?

—Tía, que cortita eres. Pues claro que va de cáncer. ¿Dónde vives tú, nena? ¿Después de una hora de serie llegas a esta conclusión? ¿Y tú has escrito algo en tu vida?

No me gusta que me regañen. No podía prestar más atención. Evité contestarle. Él suavizó el tono.

—Porque es injusto. Mira lo que tienen allí: pista de baloncesto, biblioteca, buenas vistas a la ciudad y a los árboles, no como nosotros... —Sacudió la cabeza—. Compara su gimnasio con nuestra bicicleta estática, parece el Àccura. —Se acarició la flebitis con los dedos—. Y encima los van a visitar los del Barça y los del tenis... A nosotros no nos visita ni Dios; sí, bueno, las asistentes sociales a veces.

—A mí me vienen a ver mi novio, mis padres, mi amiga Lat, que es mi mejor amiga... — Tenía mucho sueño, los párpados me pesaban. Bostecé. Él siguió con su tema, como cada loco.

—Además, ¿por qué les dan pulseras rojas? Las nuestras son blancas. —Levantó la mano izquierda y me enseñó la suya. Estaba en la parra total, tampoco la había visto antes, cuando le miraba los tatuajes. Me palpé las muñecas. Yo no tenía pulsera. ¿Por qué yo no tenía pulsera? Por poco lloro.

—Y para terminar, nuestro grupo no tiene ni nombre... somos totalmente patéticos. —Se rascó la calva.

¿Nosotros éramos un grupo, como El canto del loco o Los enamorados de la moda juvenil? Vaya, no se me había ocurrido. JuanCa tenía razón, al lado de los de las pulseras éramos unos pringados, los tontos de la clase. Ni nombre, ni grupo, y el día que se nos pasase por la cabeza hacer grafitis en el cuarto, Juana nos pondría cianuro en el suero, como los médicos nazis. A pesar de esos pensamientos me hice la machita frente a JuanCa:

—Bueno, nene, no acapares, que nosotros ya somos mayores; adultos, dicen. Ya no necesitamos cosas de niños; todos estos de la serie tienen como quince años, han vivido demasiado poco y por lo tanto merecen más. ¿Tú querías conocer a Messi o salir por la tele, como les ocurre a ellos, con estas pintas que llevamos? Yo ni loca. Cualquier famoso huiría de aquí nada más vernos de la impresión o se quedaría un rato porque le daríamos pena. Pero no pena de la buena, de «oh, pobrecitos, vamos a hacer una fundación», pena de la real, de la de «oh, pobres desgraciados asquerositos, no quiero mirar, ojalá a mí no me pase. Me iré rápido, sonriendo, para quedar bien». Somos personas a las que ignorar porque actuamos como espejos. Somos miedos que hablan y que todavía sienten... algo. —Hice una pausa y tuve una idea—. Y tenemos nombre. ¿No me preguntaste el día que nos conocimos si era del club del linfoma...?

—Sí, el Club de la Lucha, no te jode. Soy idiota, qué nombre más cutre me inventé... —Se levantó del sillón sin devolverme la mirada, y mientras se dirigía hacia la puerta arrastrando los pies como un espectro, susurró—: Me voy a mi habitación, pronto me tocará el antibiótico. Por cierto, gracias por dejarme pasar este rato contigo.

Sonreí con la mirada fija en su espalda y tuve miedo de no volver a verlo.

Mamá llegó pasados cinco minutos, sudada, cargada con bolsas y con la chaqueta torcida. Le pregunté qué había pasado con mi pulsera blanca. Respondió que la había guardado en el cajón porque las hacían de una sola talla y era demasiado grande para mí. Abrió el cajón de la mesilla y la puso en mis manos. Leí y releí mi nombre, mi sexo y mi año de nacimiento escrito a ordenador. Me la puse, y a pesar de que me iba enorme, llevarla me relajó. Ángeles vino a visitarme poco después para darme el antibiótico, una pastilla gigantesca de mil miligramos. Aproveché para hacerle un comentario sobre la falta de biblioteca, de gimnasio y de pista de baloncesto, y ella me confesó con voz pausada que con los recortes teníamos que dar gracias que todavíauviésemos hospital y que los tratamientos se siguiesen financiando con los impuestos de los contribuyentes. En otras partes del mundo los pacientes deben pagarlo todo de su bolsillo, sin que a nadie le importe que se arruinen.

Avanzar en círculos

12 de noviembre de 2013

Parece ser que mi primera caminata había sido el punto de inflexión de mi recuperación. Y los millones de antibióticos, las transfusiones de sangre y la quimio, que, según Juana, me sentaba tan bien. Pero sobre todo mi voluntad de seguir adelante.

Mi madre había traído las figuras de las vírgenes de mi casa y me las había dejado encima de la mesilla de noche. Le agradecí un gesto tan contrario a sus principios y que tuviera la suficiente madurez para entender que cada persona encuentra la fuerza en un sitio diferente, y que esto poco tiene que ver con libros que no han escrito los dioses sino los hombres.

Papá y el Príncipe Verde también venían cada día y se turnaban con mamá para poder sobrevivir.

La pobre Ariadna, desde la tarde anterior, había dejado de ser la mujer altiva y majestuosa que era y se había convertido en un animalillo eternamente mareado. La piel amarilla. Los ojos salidos. Cero glamur.

Eric trataba de lanzarle pétalos de alegría pero se frustraba con rapidez. Entonces se sentaba en el sillón rojo y escribía cosas en el móvil como un poseso.

Una mañana muy temprano, justo cuando acababa de salir el sol, me vino a visitar la doctora Jiménez acompañada de Juana y la todavía desconocida doctora Suelos. Me comunicaron que esta última se encargaría de mi tratamiento hasta el final. Era joven, no mucho mayor que yo, y llevaba unas mechas rubias muy planchadas.

Juana lo observaba todo con los labios apretados, marcando una línea recta que le partía el rostro en dos. La Jiménez se sentó al borde de mi cama. La gran peca negra que le adornaba la mejilla daba aspereza a su rostro. Las otras dos mujeres se quedaron detrás de ella, protegiéndola como la guardia pretoriana. Mamá enloquecería de rabia cuando se enterara de que las doctoras habían aparecido la única noche que yo había pasado sola en el hospital.

—Señorita, le traigo buenas noticias. —La Jiménez chasqueó los dedos y la Suelos dio un paso adelante y le entregó una radiografía. La jefa la alzó, la puso a contraluz y me la explicó—: ¿Ves? Esto de aquí es el tumor. Antes medía doce centímetros. —Esa mancha blanca difuminada de la radiografía no parecía diferente a un hueso o a una flatulencia—. Y con una quimio ya ha disminuido un par de ellos. Cuando te ingresaron te tocaba la segunda parte del primer ciclo, pero no te la pudimos poner porque tus defensas estaban demasiado bajas. Este es un muy buen resultado. Enhorabuena. —Me dio un abrazo muy rápido manteniendo las distancias.

Con todo el lío de la hospitalización no reparé en que me había saltado sesiones de quimio. Juana interrumpió el momento, constatando que ella ya sabía que todo iría bien porque las quimios me sentaban de maravilla. Como tardes en el *spa*.

Cogió mi brazo y se fijó en las venas.

—Debemos tomar una decisión al respecto —comentó. Con mis venas de mierda, si me seguían poniendo la quimio por vías pronto mis brazos se parecerían a los de JuanCa. Aunque por lo visto a ellos no les importaba hacerlo sufrir. Ya había hablado con Ángeles y con las demás y habían quedado en que me pondrían un PIC ese mismo día: una vía externa fija que podía causar trombos, infecciones y cien mil cosas horribles, ah, y que me impediría ducharme sin una protección de neopreno en el brazo. Más tarde tendría que ir a las curas semanales.

La doctora Suelos permaneció en silencio como si temiera opinar. Tenía pinta de colegiala con su pelo planchado, sus perlas en las orejas y sus bailarinas rosa.

Y tal como llegaron se esfumaron.

Ángeles ocupó su lugar con sus tirabuzones blancos. Me puso el PIC en un abrir y cerrar de ojos con una profesionalidad que me dejó con la boca abierta.

Aún no había terminado cuando llegaron mamá y papá cogidos de la mano como si fueran novios. Se indignaron al unísono al enterarse de la visita relámpago de las doctoras en horas intempestivas. Ángeles los mandó a desayunar con un simple gesto y desplegó sus alas para irme colocando por la vena un cable azul con una clavija al final que terminó de fijar a mi antebrazo con Mémfix. Una vez terminada su tarea me mandó a que me hicieran una radiografía para ver si había quedado bien. Estaba perfecto. El cable subía por mi brazo hasta llegar a la clavícula. Parecía Terminator. Tuve ganas de darle un beso a Ángeles por su buen trabajo. Lo había hecho todo con tacto y no me había tenido que poner anestesia gracias a su destreza.

—Estoy segura de que te darán el alta muy pronto —me aseguró.

El día pasó rápido y rutinario. A pesar de la morfina, la espalda me seguía mortificando y sentía los huesos de blandiblu. Y esa náusea eterna...

Llegó la noche. Mamá se fue, y cuando papá y Eric se marcharon a cenar aproveché para llamar a Villavalencia para pedirle que me pusiera más morfina de la habitual. El médico torció sus labios carnosos ante mis deseos, insistiendo en que más morfina era igual a más estreñimiento, pero acabó cediendo. Ariadna, que nunca solía pedir nada para aliviar el dolor, se sumó a mi petición.

Las gotas de la droga empezaron a caer lentamente entre las ramas de nuestros respectivos «José Marías» y nos iban transformando de manera paulatina en dos duendes traviesos.

Al mirarme las manos las sentí llenas de plumas como de pollo.

—Soy un pollo y estoy en una granja de pollos cantando *Bajo el mar* —grité con entusiasmo súbito.

El Villavalencia, que había salido de la habitación nada más terminar de administrarnos la medicación, regresó al oír mis delirios de grandeza. Me lo imaginé vestido de cangrejo Sebastián cantando *Bajo el mar* con nosotras. Al minuto desapareció.

—¿Por qué soy tan desgraciada? —preguntó Ariadna entre carcajadas histriónicas.

—Podría ser peor. Me lo dijo Ángeles el otro día. Vivimos en un país donde los tratamientos son «gratuitos», bueno, los pagamos con impuestos. Pero no soltamos la pasta en maletines de mafiosos. Imagínate que viviésemos en América, o en África. El otro día vi un documental sobre eso. —Un mediodía que no echaban *Gata Salvaje* había visto un reportaje sobre lo horrible que era vivir en África, un sitio en el que, según los periodistas, podías morir en cualquier momento de la forma más tonta. Traté de usarlo como ejemplo para ilustrar a Ariadna de que podríamos estar mucho peor. Conté una historieta extraña, llena de estereotipos y sinsentidos, producto de

las drogas—: Tumulenke, de quince años, sale de su cabaña de paja con sus trescientos hijos y su marido que le pega por tradición. Ha tenido una pesadilla y va en busca del chamán de la tribu. Tiene tos, y al cabo de dos días va al susodicho chamán a buscar una solución, pero no lo encuentra porque lo han matado en una de las cien guerras que han arrasado el país. —Lancé un *gap* al aire entre risas tontas—. Después de caminar novecientos quilómetros descalza por la sabana con una cosa llena de agua en la cabeza, sorteando cebras, la protagonista llega al hospital más cercano. Solo para descubrir que el tratamiento le va a costar dos mil euros al día, que no puede pagar con su sueldo de diez céntimos al mes, que solo hay tres oncólogos en el país y que la máquina de radioterapia más cercana está un Estado a la izquierda y dos desiertos hacia abajo. —Ariadna me aplaudió como si estuviéramos en un bar, borrachas. Yo continué, cayéndome de lado—. La enfermedad avanza y la pobre chica deja a sus cien hijos en un orfanato de Intermón Oxfam y es devorada por los hipopótamos, emulando la gloriosa muerte de Eva Granados en el último episodio de *Gata Salvaje*.

Me había quedado a gusto de estupideces. De repente, sentí toda la pena del mundo sobre mis ojos y me eché a llorar. Ariadna también se echó a llorar, por contagio:

—Pobre Tumkelel, es aún más desgraciada que nosotras —dijo sollozando.

—Sí, y eso que me la he inventado, no existe, y dudo mucho que la vida en África se parezca en algo a mi relato. —Estornudé.

—*Oh, my God*, tienes una imaginación de mierda... Cuando me estabas contando la historia me he sentido como si fuera ella. Ha sido como realidad virtual. —Mi amiga había dejado de vocalizar al hablar y sus palabras llegaron a mis oídos fragmentadas. No sé por qué le di un consejo, como muy Disney, que no venía a cuento:

—No te rindas. Para curarte debes coger las riendas de tu vida.

Volvimos las dos al unísono las cabezas hacia la ventana en busca de estrellas, pero no vimos ninguna. Solo oscuridad desenfocada.

—Las había cogido con mucha fuerza pero ahora he aflojado la mano. Demasiadas ilusiones frustradas. Pero a ti te irá muy bien. Estoy segura.

Tenía en la mano un trocito de lana roja al que se aferraba como a un muñeco de vudú.

—¿Por qué te agarras a hilos rojos?

—Me da miedo perderme, alejarme del camino. —Dos lagrimones surcaron los valles de sus mejillas—. No quiero dejar sola a mi niña. Ni a Eric. Lucho por ellos. —Se fue animando, hasta que se alzó con el puño en alto, como Escarlata en *Lo que el viento se llevó*.

Traté de... No sé qué intenté.

—Y por ti misma, supongo. —Titubeé. No estaba segura de que fuera la frase más afortunada.

—Sí, y por mí misma. —Se desinfló y volvió a caer inerte hacia atrás...—. Lo que sucede es que tengo mucho miedo y estoy muy cansada de tenerlo. Estoy cansada de la enfermedad. Estoy cansada de mí misma, de Eric y hasta de mi propia hija. Estoy cansada hasta de respirar. Pero tienes razón, uno siempre puede estar peor, no hay límites para lo peor. —Hizo una pausa que me sorprendió, y luego me preguntó—: Y tu amigo JuanCa..., ¿no te parece raro que esté siempre tan triste y tan solo?

—¿Está solo? —No entendía a qué venía mencionar a JuanCa en aquel momento.

—Siempre. Y es casi un niño, tan jovencito, tan perdido. Tiene esos músculos tan grandes, pero me recuerda a una oruguita. ¿No tiene padres? —Se cubrió la nariz con la sábana.

—La verdad es que no lo sé, lo único que me ha contado es que se dedica al Freddy Krugger... —Los ojos me pesaban de sueño polar.

—Princesita..., ¿crees que soy una mala madre?

Sonreí solo con la punta de la nariz.

—No, Ariadna, he visto como te abrazaba hoy Emily. A las malas madres uno no las abraza así. JuanCa también lo ha visto, te estábamos espiando. Eric dijo eso el otro día sin pensar; estaba enfadado y no midió sus palabras.

Callamos las dos un rato. Estaba empezando a perder la conciencia cuando Ariadna susurró entre parpadeos:

—Princesita, ¿verdad que mañana será mejor?

Cuando el presente es un desastre, uno vive eternamente en el futuro. Ariadna, copiona, esa frase era mía.

—Sí, Ariadna, mañana será mejor.

A mi respuesta, ella tragó la saliva que precede a todas las confesiones:

—¿Sabes que te quiero? *I love youuu!!!*

Oh, no, siempre había odiado las cursilerías de ese tipo. Me provocaban urticaria, una sensación de rojez y ganas de retorcerme como un gato encabritado.

—Eso de *I love you* es algo muy anglosajón. Aquí la gente casi nunca se dice que se quiere, se considera cursi y de mal gusto. —Estábamos desmadradas.

—Pues Eric no opina lo mismo. Siempre quiere que le diga *I love you*, venga, *porfía*, dime ahora tú que *mi love yous, pese, prease*.

Si quisiera que me dijeran o decir esas chorradas me habría casado con el inglés que se enamoró de mí durante mis dos meses de intercambio en Manchester. Pero me dio pena y acabé cediendo muy a mi pesar.

—*I love you* —mascullé.

Me respondieron sus ronquidos. Había estado pensándomelo demasiado tiempo. Mejor, así mañana ella no recordaría nada. Nunca me gustó hacer el ridículo.

22 de noviembre de 2013

El alta llegó a las tres semanas. Me mandaron a casa con la prescripción de tomar una dosis exagerada de antibiótico además de cientos de pastillas que buscaban resolver cada problema que aquejaba mi maltrecho cuerpecillo. A veces deseaba en secreto que también existieran pastillas para resolver cada problema del alma de los que me rodeaban: la tristeza de mamá, el estrés de papá, la preocupación del Príncipe Verde, la inestabilidad de la vida de los gemelos.

Papá llegó ese día muy temprano y solo para resolver toda la burocracia. Mamá había pillado un resfriado y no podía estar en contacto con alguien tan inmunodeprimido como yo. El Príncipe Verde estaba en su casa porque necesitaba dormir una noche de un tirón.

Cuando terminó con el papeleo del alta, mi padre se puso a hacer las maletas como si estuviéramos a punto de perder un vuelo a Nueva York.

Ángeles se presentó ante mí y me liberó de mi eterna prisión de cables (excepto del PIC, claro está). A las once de la mañana, casi con tristeza, le dije adiós a «José María».

También vinieron a despedirse las otras enfermeras de la planta, y Juana, que me recordó con sus labios finos de tiralíneas lo bien que me sentaba la quimio. Villavalencia, el guapo, entró con un café en la mano en cuanto ellas se marcharon y me pasó de extranjis tres parches de morfina. Le pregunté si era verdad que antes de ser médico era actor de culebrones, pero solo recibí dos besos sonoros y carnosos con olor a sandía.

Pero quien de verdad me preocupaba era Ariadna. Permaneció tumbada en la cama de espaldas a mí todo el tiempo que duraron las despedidas. Sin coser, sin quejarse, sin ser ella misma. ¿Estaría enfadada conmigo?

Eric sí que se me acercó. Llevaba un trozo de revista en la mano.

—Esto es para ti. —Era la portada de una revista con la fotografía de una chica de mi edad cargada de libros. Se parecía de lejos a mí por el pelo castaño y los labios rosados.

—Es Emily Kutcher. —Acarició mi mano izquierda aún adornada con la pulsera blanca...—. Tiene tu edad y ha sido *best seller* en Reino Unido. —Le pasé los dedos por el pelo y juro que vi los pétalos de la genista—. Me ha recordado a ti. No dejes que esta puta enfermedad te haga olvidar quien eres. Júramelo.

No estoy segura de habérselo jurado.

Mi padre me ayudó a levantarme de la cama, pero me deshice de su mano y abracé a Ariadna por detrás.

—Me has enseñado tanto, amiga...

Ella siguió dándome la espalda, y dijo con la voz rota sin cambiar de postura:

—Por un lado quiero que te marches lejos y no vuelvas. Por el otro, te echaré tanto de menos que no puedo evitar desear que te quedes, mi princesita. ¿Quién será mi musa ahora? —Noté los huesos de su espalda. Estaba más delgada y más calva que cuando la conocí.

—Recuerda que siempre puedes ser tu propia musa. —Le acaricié la mejilla, tan débil... Temí no volver a verla nunca más, y al pensarlo me pareció irreal.

Papá trinaba por verme salir de allí y trató de arrastrarme hacia la puerta, pero yo me resistí. Vamos lejos, *milady*, bien lejos de aquí y no regresemos jamás. No podía irme sin resolver el último misterio: ¿de quién era el cuadro del lado de Ariadna, el que yo nunca alcanzaba a ver? Me acerqué, parsimoniosa, y lo acaricié con los dedos: era un Miró. Sencillo, de líneas azules y amarillas. Parecía el dibujo de un niño, como la niña que me sentía ahora, llena de esperanza a pesar del gusano interior que se alimentaba de mi podredumbre.

Cogí a mi padre del brazo, tal cual hice con Lat el día que besé por primera vez al Príncipe Verde. Cada paso que daba en dirección al ascensor me oxigenaba una célula.

En un determinado momento me topé con los ojos leucémicos de Noelia, siempre en compañía de aquel marido suyo de juguete de caravana de la Barbie, exhumando tristeza y una pizca de inocencia.

JuanCa no había pasado a despedirse. ¿Tendría más miedo a la soledad de la montaña que a la enfermedad?

Las puertas del ascensor se abrieron con un cling y nos cruzamos con un padre y su hija pelirroja en silla de ruedas. «Todo irá bien, Daniela», le decía él, tocándole el brazo. Nosotros ya habíamos dejado esa fase atrás.

—Aprieta el botón a la planta baja, ¡que por fin salimos de aquí, *milady*! —Las gafas metálicas de mi padre parecían levitar sobre su rostro con alegría. Marqué el cero, infinito como todos los círculos, como el mundo, como un ombligo, como los volantes de los coches, como la luna llena, las pupilas verdes, los botones de los abrigos rojos, los núcleos de las células sanas. Como el círculo de una vida que, contra todo pronóstico, continuaba.

Ser mi propia tabla

20 de marzo de 2013

Mordiéndome el labio inferior, abrí la caja de porcelana de la bisabuela y guardé en ella mi trenza. Ya solo era pelo muerto. La guardé bajo la cama como si fuera un ajo para protegerme de un vampiro. No quería que la memoria me jugara la mala pasada de la traición. A mí misma, a mi yaya muerta que me había hecho jurar mientras me hacía una cola de caballo que jamás me lo iba a cortar.

Sobre mi nuevo *look* hubo todo tipo de opiniones:

—Parece una actriz —opinó mamá mientras doblaba ropa.

—Parece china —opinó mi abuela, la que aún vivía.

—Noooo, parece un duendecillo —opinaron mis hermanos al unísono, saltando y brincando como mariposas a mi alrededor. Qué mayores estaban. Tenían hasta barba. Los recordaba pequeños, feos y arrugados, unos ratoncitos prematuros que debían ser protegidos de todo peligro. Ahora se habían invertido los papeles y eran ellos los gigantes que me sostenían.

Los días habían pasado lentos desde que me dieran el alta. También habían pasado lentas unas fiestas navideñas que yo viví tumbada en una cama de vómitos y de mareos. Y un día, como dice el poeta, el viento trajo silbando la primavera.

Mamá, papá, los gemelos y el Príncipe Verde habían llegado a un pacto silencioso por el que se repartieron mis cuidados como si se tratara de hacer funcionar las diferentes secciones de una empresa. Procuraban además respetar sus respectivas áreas de actuación y no herir los sentimientos del otro. Quedó todo distribuido del siguiente modo:

Papá era el encargado de todo aquello que podría englobarse bajo el nombre de «gestión y sector técnico»; es decir, se ocupaba de toda la burocracia hospitalaria, organización de horas de visita y coordinación de especialistas, clasificación de pruebas médicas, análisis y otros documentos, compra de medicamentos difíciles de conseguir, contactos con autoridades hospitalarias, adecuación de espacios y búsqueda de herramientas para mejorar mi calidad de vida, servicio de transporte las veinticuatro horas, entre otras cosas. Todo esto mientras dirigía una empresa durante su tiempo libre que le servía como vía de escape y porque la familia necesitaba seguir comiendo.

Mamá había decidido ocuparse de mi día a día y quería estar todo el tiempo pegada a mí como una lapa. Había pedido un permiso especial en la escuela y se lo habían concedido. Tan solo le rebajaban una pequeña parte del sueldo. Yo sabía que no le gustaba tener que renunciar ni a una migaja de la independencia económica que había luchado por conseguir, pero se consolaba en voz alta diciéndome que mis padres formaban un equipo y que con el tiempo todo volvería a la normalidad. Me hacía la comida, me lavaba la ropa, me arreglaba la cama, me ayudaba a ducharme y a vestirme, estaba siempre pendiente del sonido de mi campanilla.

—¿Por qué no me di cuenta de que estabas tan enferma? —solía repetirme cada mañana al llevarme el desayuno en una bandeja.

—Mamá, era imposible que lo pudieses saber ni predecir —trataba de hacerle entender yo. Pero ella se sentía culpable.

—Pero es que tendría que haberme dado cuenta, soy tu madre. Si te hubiera prestado más atención en vez de estar pendiente de mis cosas quizá... Tendría que haberlo notado.

No, no podría haberlo notado de ninguna manera porque yo ya no estaba en su interior, ahora éramos dos personas diferentes. Si a mí, que estoy en mi cuerpo y vivo en mi piel, me lo tuvo que decir una visión... Pero poco le importaban mis palabras. Solo era capaz de escuchar el eco que dejaron las voces de nuestras antepasadas mediterráneas que le repetían que las madres son seres supersónicos que deben saberlo todo de sus hijos.

Mis gemelos intentaban seguir con sus vidas a pesar de todo. Tenían prohibido llevar amigos a casa y pronto dejaron de salir de fiesta o a divertirse por las tardes. Aprobaban todas las asignaturas con nota para que mis padres no tuvieran que preocuparse por ellos. Se habían apuntado juntos a la autoescuela para llenar un tiempo que deberían haber llenado viviendo su adolescencia. Servían de apoyo y de sustitutos a mis padres en cualquier tarea, desde las de gestión a darme la cena. Cuando me encontraba muy mal se tumbaban los dos conmigo en la cama, uno a cada lado, como cuando éramos pequeños y nos íbamos de vacaciones a la playa, a esquiar o a París. Resolvíamos los test de la autoescuela escritos en un castellano que a mí me parecía una mezcla entre el que se usaba en las escuelas durante el franquismo y los poemas del Siglo de Oro.

—Pesada, a ver si te sabes esta: «Si circula usted entre el ocaso y la salida del sol por una vía urbana suficientemente iluminada, ¿debe encender alguna luz?» —preguntaba uno de ellos con sorna.

—¿A qué se refiere con lo de entre el ocaso y la salida del sol? —preguntaba yo a mi vez riendo.

—A la tarde —decía el otro.

—Nooo, a la noche. ¿Que no ves que si es el ocaso es que ya no hay sol?

—Lo del ocaso me suena a película de la Segunda Guerra Mundial, el ocaso del mal...

—Vosotros sí que sois un caso.

El Príncipe Verde había acampado en casa. Casi vivía con nosotros. Tan solo pisaba su piso, que compartía con dos colegas de profesión, para dormir. Se había convertido en uno más de la familia. Las dificultades estrechan los lazos que unen a las personas.

Era muy respetuoso con todo el mundo, pero en especial con mi madre, porque no quería que ella se sintiera incómoda ante su continua presencia. Así que se subordinó a ella y ocupó el puesto de enfermero-psicólogo. Sus funciones consistían en acompañarme al hospital para las curas del PIC y a los análisis de sangre que mi padre había gestionado previamente. Cuando me pinchaban presionaba un algodón contra la herida:

—Tapona fuerte, pero no le mires el brazo. —Le ordenaba Ángeles sonriendo. Y él, que se mareaba viendo series de médicos, no podía vencer la curiosidad de mirar. Hecho que siempre terminaba en tragedia.

Una vez en el ascensor, donde no teníamos escapatoria, luchábamos juntos contra las náuseas y las arcadas. Debíamos aguantarnos seis plantas para vomitar al unísono en cuanto se abrían las puertas, cada uno en una de las papeleras de la entrada.

Como psicólogo sabía darle la vuelta a mis estados depresivos, que tenían lugar entre una y dos veces por semana. Lloraba como una desquiciada, intentaba dejarlo porque era fea, un esqueleto y calva y tenía la piel llena de marcas. También lloraba por mi familia, que soportaba con aplomo la desdicha de aguantarme. Encima, mi gato debía de odiarme.

Pero cuanto más lloraba yo más reía él. De mí y conmigo. Pero sobre todo de mí. Imitaba a los personajes de los culebrones, su favorito era Patricio, que bebía café levantando el dedo meñique. Me imitaba a mí con mis tonterías. Al doctor Villavalcencia. Trataba de recitar al Shakespeare «inventado», como decía él, declamando versos sin sentido. Se imitaba a sí mismo haciendo de doctor Verde como si fuera House. Y me explicaba cosas de ciencia y de números y de física, y de las cuerdas que le había regalado su madre.

Esa teoría me gustaba mucho. Me daba fe en el futuro, aunque no sé si nunca he llegado a entenderla del todo. Dice, según mi versión, claro está, que existe un número infinito de realidades colocadas una encima de la otra, como si fueran cuerdas en una guitarra acústica, que son las dimensiones. Me consolaba pensar que al menos en uno de aquellos millones de realidades éramos felices.

—¿Por qué no escribes un poco? Te convendría desfogarte y debes empezar a hacerme rico con tu literatura. ¿Cuándo serás como J. K. Rowling? —me preguntó una tarde que llovía mirando al techo de mi habitación. No sabía cómo decirle que no era escritora, y que a pesar de los juramentos a Eric no podía ni intentarlo.

Mentí por omisión.

Cada quincena pasaba cuatro días sin poder moverme, hablar o pensar. Vivía en una nube alucinógena, en una náusea de sueño. Un estado salpicado de pequeños flashes de conciencia. Pasado este tiempo, la vida volvía poco a poco a mí. La semana siguiente la aprovechaba. Daba largos paseos por la playa acompañada del Príncipe Verde, cubierta por un sombrero *trendy* y protegida de los rayos de sol como una musulmana.

Cuando los rayos del astro rey caían con demasiada fuerza, íbamos los dos a caminar por el barrio de las mansiones, justo al lado del paseo marítimo. Nos imaginábamos viviendo en esa casa o en aquella otra que costaba tres millones de euros pero era una horterada de plástico blanco, o en la otra de más allá que tenía historia y que yo decoraría con un cuadro enorme y me haría una biblioteca de esas antiguas con diversos niveles y escaleras de madera.

—Mira estos horteras —comentó el Príncipe Verde mientras pasábamos al lado de una gran casa con jardín—. Han puesto un mogollón de enanitos por todos lados. Parece la casa de Blancanieves.

Le encantaba criticar. Señalé un enanito que llevaba un gorro rojo y barba blanca.

—Este es Maligno. ¿Cuando eras pequeño, no veías aquella serie que era como de terror...? *Pesadillas* se llamaba, o algo así.

Me pasó el brazo por los hombros y bajamos juntos de la acera. Me colocó bien el sombrero, que se me había torcido. Una ráfaga de viento invernal nos dejó helados. Mi chico se puso las manos en los bolsillos de la cazadora negra de cuero y seguimos con nuestro paseo por el asfalto. No había coches.

—No la veía, pero me suena, creo que me lo contaron en el cole. Uno de los enanitos, ¿no cobraba vida y asesinaba a todo el vecindario? —Se sacó las manos de los bolsillos y las acercó a mí. Me aparté. Como si yo tuviera ganas de cosquillas ahora mismo.

Traté de huir a una velocidad de tortuga paralítica. Me atrapó en dos pasos y me alzó por los aires. El sombrero rodó por el suelo y también mi pulsera del hospital. El Príncipe me dejó en el suelo y yo me agaché para recoger el sombrero y la pulsera mientras me crujían las rodillas.

—¿Piensas llevar ya por siempre jamás la pulsera blanca esta? —No le respondí porque habíamos llegado sin darnos cuenta a la casa de nuestros sueños. Él recordó en voz alta—: Hace años me prometí a mí mismo que algún día te compraría esta casa y que viviríamos juntos en ella y que tendríamos dos hijos. —La casa era cuadrada, con paredes de obra vista y la fachada recubierta de piedra blanca. Dos enormes ventanales rectangulares parecían los ojos de la mansión. Si mirabas a través de ellos te saludaba una enorme lámpara *vintage* y una escalera ancha que conducía al comedor. El muro que rodeaba la casa era muy bajito, parecía pensado para que espíaran los extraños.

Suspiré.

—Nada ha salido como esperábamos. ¿Podrás perdonarme algún día?

Sentí sus dedos acariciando los míos,

—¿Por qué debería perdonarte? En todo caso deberías ser tú la que tendría que perdonarme a mí por ser un fracasado sin futuro.

—Eso de fracasado no lo digas ni en broma. —Mi voz sonó dura—. La fracasada soy yo. Siempre he querido tenerlo todo bajo control. Mi mayor afición era planearme la vida, y todo lo que se salía de mi camino imaginario siempre fue un desastre para mí. —Una asistenta abrió uno de los ventanales de la gran casa y un soplo de viento hizo volar las cortinas entre nosotros como fantasmas del pasado—. Como esa vez que hicimos aquella locura, ¿lo recuerdas?

Se ruborizó como cuando era el Tupés.

—Como para no acordarse...

La asistenta cerró la ventana de un porrazo que retumbó en el ambiente.

—Y pensar que al día siguiente estaba tan preocupada porque pensaba que por un momento de locura había arruinado mi futuro. Nuestro futuro. Brillantísimo. —Reí.

Él acercó su cuerpo al mío.

—¡Éramos idiotas!

Le acaricié la barba, que parecía una lija que rascaba mi corazón. Me arrepentía de todo lo que debería haber vivido con él y por un miedo absurdo me había perdido. No habíamos esquiado en los Alpes suizos como él deseaba, no vivíamos juntos como él quería, no teníamos moto ni éramos personas importantes.

—Éramos inocentes. —Le di un beso apasionado en los labios, como queriéndole devolver con él todo lo que me parecía haberle arrebatado. Lo hice tan bien que el chico perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—En cinco años te regalaré esta casa, te lo prometo. —Cruzó las piernas y se sentó como un indio. Me dejó caer hasta sentarme sobre sus muslos.

—¿Sabes qué? Te la compraré yo, me parece.

Me abrazó muy fuerte.

—Sí, nena, *make me rich*, que no soy machista. Trabaja mucho, que yo me dedicaré a esperarte en casa con la cena hecha y a estar guapo para ti, como las modelos que se casan con viejos verdes.

Hundí la cabeza en su pecho, escuché el latido de su corazón, que marcaba el tempo cual reloj, siempre hacia adelante. Avanzábamos como caballos ciegos hacia un destino incierto. Un futuro mejor, mejor que el presente. Siempre mejor. Era una opción idiota pero la única posible.

3 de mayo de 2014

Los mechones de pelo caían al suelo como las hojas de los árboles otoñales. Pero siempre había alguna todavía un poco verde que se resistía a dejarme. Y así, como las estaciones pasaban por mi cabeza, pasó una parte de aquel año y llegó el día de mi quimio número nueve. Cuando quedara atrás ya estaría en el ecuador del tratamiento. Porque no me perdonaban ni una dosis: debía pasar por todas.

La pesadilla de siempre, el ascensor, Beyoncé, *El secreto de Puente Viejo*, las paredes verdes, el sillón verde, el líquido rosa que te quemará las venas y que matará a tus hijos... o no... pero que será tu salvación... o quizá no.

Sentada en mi silla verde, siguiendo el ritual, confesando a cada órgano de mi cuerpo cuánto lo amaba, me pareció oír una voz familiar. Mamá se levantó de su silla y abrazó a Eric. Eric. Llevaba meses sin verlo. Susurró algo al oído de mamá, que vino andando hacia mí mientras jugueteaba con un mechón de su precioso cabello oscuro.

—Preciosa, ¿te importa si voy un momentito a ver a Ariadna, que está ingresada arriba esperando el autotrasplante? Eric se quedará aquí haciéndote compañía. Será poco tiempo.

Sentí el impulso egoísta de protestar y de decir que sí, que me importaba y que ella era mi madre, mía y de nadie más. Pero algo en el aspecto de mamá me frenó. Compartiría a mi madre con Ariadna solo unos minutos.

Cuando se hubo marchado, Eric se quedó de pie a mi lado y me preguntó qué tal estaba. Evitaba mirarme a los ojos. ¿Habría hecho algo malo? En un momento dado empezó a soltar estupideces sin sentido sobre fútbol y sobre el tiempo tratando de forzar una conversación conmigo. Después calló, volvió a las sillas de los acompañantes y se puso a jugar con el móvil.

Otra voz conocida se dirigió a mí. Aquél era día de reencuentros, por lo visto.

—¿Primer día?

JuanCa había adelgazado mucho. Su cabeza ya parecía incapaz de soportar el peso de su nariz, tan alta como las pendientes que se dedicaba a descender.

—No, ecuador. No viniste a despedirte. —Le guardaba cierto rencor por ello. El chico todavía vestía el pijama de presidiario que daban en el hospital. Era evidente que seguía ingresado—. Sí que te dura esta otitis...

Aquello le dolió.

—Durará dos días más. —Enarcó las cejas—. Esta es mi última quimio.

Vomitó en una palangana de papel marrón que me había traído Ángeles.

—Felicidades.

La reaparición de mamá interrumpió nuestra conversación. Eric volvió a acercarse a nosotras y me dio dos besos a modo de despedida. Se aproximó a mi madre para repetir el gesto, pero ella lo paró con la mano y le dijo un adiós apenas audible. Nos dio la espalda y se marchó corriendo, como si intentara huir de un laberinto perseguido por un minotauro.

No daba crédito a la transformación de mi amigo. Busqué respuestas en la actitud de mi madre, que me acarició el poco pelo que me quedaba para calmarme. A mi lado, JuanCa había presenciado la escena en silencio y miraba al infinito con rabia, chirriando los dientes y lanzando al aire unos juramentos de muerte que cortaban como el sílex de los primitivos.

Ya en casa, tumbada, como no, en mi cama del cuarto de la plancha, no podía quitarme a Eric de la cabeza. Mamá doblaba la ropa sentada en el banquillo de madera. El viento silbaba entre las ramas del pino del jardín.

¿Qué quería Ariadna de mi madre? ¿Por qué le había pedido a través de Eric que estuviera a su lado si su madre tenía que venir de Londres para estar presente en el autotrasplante? ¿Por qué mamá le había negado a Eric el beso de despedida? Y por último, esa mirada de odio de JuanCa que me hacía temblar...

—¿Quieres saber lo que ha pasado esta tarde, hija mía? Tienes todo el derecho. No te lo quería decir, pero debes saber que a veces la gente lo abandona a uno cuando más lo necesita. Bien: Eric ha dejado a Ariadna. La ha abandonado hoy, el día en que le hacen un autotrasplante que es casi a vida o muerte. Qué falta de sensibilidad, de humanidad y de todo. Puedo entender que ya no la quiera, pero aunque sea por amistad debería haber esperado un poco. A la pobrecita le ha dado fiebre del disgusto. —Dobló una camisa casi a hostias. Mi madre siempre había sido una mujer de mucho carácter, pero era una mala leche muy chic, que pasaba desapercibida ante los ojos de aquellos que no la conocían.

—No entiendo nada. Él parecía quererla mucho a pesar de sus diferencias. —Me costaba asimilar la información.

Mamá cogió una camiseta gris de mi padre y la alisó con las manos contra la colcha.

—Las cosas no siempre son lo que parecen, y menos entre las parejas. —Guardó la camiseta en la cesta.

—Quizá él ha tenido un momento de debilidad y luego, cuando todo esté en su lugar, las cosas se arreglarán. Dos tratamientos es demasiado hasta para la persona más fuerte del planeta. —No podía creerme mis propias palabras. ¿Lo estaba disculpando, buscando excusas para quitarle a Eric la responsabilidad de su acto de cobardía? Un rasgo de carácter que ni yo ni Ariadna teníamos el lujo de poder permitirnos.

Pero también pensaba en mis propias reacciones. Yo abandoné al Príncipe Verde. Lo hice por amor, pero lo hice. ¿Qué derecho tiene un ser humano a exigirle a otro que sacrifique su vida por él, a estar con alguien que no puede darle nada, que es la sombra o el reflejo de aquella persona a la que en otro tiempo quiso, deseó, admiró? ¿Cuál es el límite? ¿Qué haría yo si fuera un hombre, un marido, en esa situación? ¿Me quedaría a aguantar el chaparrón, atado al recuerdo todavía vivo de una sombra del pasado? ¿O me marcharía tan lejos como pudiera para no manchar esa memoria?

Antes de enfermar, cuando todavía era yo misma, lo habría tenido muy claro: aguantaría. Pero ahora, habiendo pasado por el viacrucis de una terrible enfermedad, las tonalidades que antes separaban con total claridad los colores de la tierra se habían mezclado en mi cabeza. Y mi respuesta de hoy habría sido: no sé.

Mamá terminó de doblar la ropa y dejó la cesta en el suelo, abrió el armario y empezó a ordenar las sábanas.

—Me da miedo que esta pobre chica se hunda ahora en la enfermedad. Parecía que su madre tenía que venir, pero nunca llega. Está sola.

Las relaciones entre las personas son extrañas. Ariadna y Eric estaban casados, eran una familia, tenían una hija, y sin embargo... él la había dejado para volar por el cielo en círculos ascendentes.

En cambio, a mí y al Príncipe Verde no nos unía nada, ni legal ni biológico. Y él seguía pegado a mí, usando las plumas de sus alas para hacerme un abrigo, para darme su calor.

Ariadna no tenía madre, ni padre, ni amigos de verdad, ni nadie que la protegiera. Pero tenía una hija que dependía de ella. Una hija que la ayudaba a salir adelante pero que era demasiado pequeña para arrastrarla hacia arriba, para convertirse en su nueva tabla de salvación. Eric, la antigua, la había abandonado y estaba sola, total y absolutamente sola. Desmotivada. Desencantada. Eric le había quitado a última hora la espada y el escudo y la había lanzado a la arena del circo a enfrentarse desnuda a los leones.

Tenía que haber algo más. Un detonante lo bastante fuerte como para empujar a ese hombre luminoso cual rayo de sol a cometer un acto imperdonable. Entonces, guiada tal vez por una milenaria intuición femenina, me vino a la mente cierta escena que JuanCa y yo observamos escondidos detrás de una máquina expendedora de aguas.

—¿La ha dejado por otra, mamá?

Mi madre no se volvió para contestar a la pregunta.

—No lo sé —repondió muy bajito.

O sea que sí, que yo tenía razón, Eric había abandonado a Ariadna para estar con otra mujer.

Las piezas del puzzle empezaban a encajar. También los reproches que ambos se dedicaban durante sus peleas. Y pensar que unos instantes antes había sentido pena por él. La historia no trataba de un hombre ahogándose en una trampa vital, no.

El protagonista había cambiado de juguete.

Así de simple. Así de primitivo. Así de cruel.

¿Quién podía ser ella? ¿Qué tipo de mujer podría traicionarse de este modo a sí misma? ¿Quién puede tener el estómago para dejarse seducir por un hombre casado con una moribunda? ¿Acaso ese par se creían superiores, inmortales, o se consideraban demasiado fuertes como para sucumbir a una enfermedad? Yo también me había sentido así un vez, intocable por los reverses de la vida. Seguro que Ariadna también. Una ilusión total. Nadie está a salvo.

Ambas habíamos descubierto a golpes esa verdad universal. Éramos frágiles, éramos polvo, viento, agua o un hueco oscuro entre planetas. Pequeñas e insignificantes a merced de la diosa fortuna o del dios de las canicas.

Ariadna podía morir del disgusto. Podía desaparecer del mundo.

Su fallecimiento podía ser provocado por la traición. Podía rayar el asesinato.

Y a pesar de todo, a pesar de todas mis reflexiones corporales y mentales no logré odiar a Eric. Quería hacerlo, pero había perdido la gracia de poder odiar a nadie excepto a mí misma, a mi capacidad de enfermar, de mutar hacia la asquerosidad más aplastante, de pintar de negro la vida de todos aquellos que me rodeaban, de poder morirme, no ser más, no existir.

Fingí haberme quedado dormida para que mamá se marchara de la habitación sin preguntar.

En cuanto se hubo ido lloré con lágrimas de ácido sulfúrico que me dejaron cicatrices en las mejillas.

Me arrodillé en el suelo, desesperada, y recé.

—Señora, no dejes que se muera, te lo ruego. Ariadna es buena y su hija la necesita y yo la necesito viva, cosiendo en mi cabeza, siempre cosiendo en mi cabeza.

Volví a la cama y me tumbé de cara a la pared. Deseaba dormir, pero mi mente decepcionada no me dejaba.

Que Ariadna no se dejara llevar por la marea, que no se dejara, por favor, que se agarrara a los juncos sobresalientes de las orillas, a las raíces y las piedras que cortaban.

Yo. ¿Yo estaba luchando o dejándome arrastrar por los acontecimientos como temía que hiciera mi amiga? ¿Me estaba agarrando a la vida o dejando que otros, en especial los protocolos, tomaran las decisiones sobre cómo salvarme?

No. Ya no más. Ya no. Yo no era Ariadna. Yo, yo misma tomaría las decisiones más importantes de mi salvación. Nadie más, ni mi familia, ni mi pareja, ni siquiera los médicos. Y empezaría buscando respuestas.

A partir de ese día me convertí en un ente activo frente a la enfermedad. Era una lectora incansable de páginas web, foros y revistas sobre linfoma. Si hubiera existido un máster o un cursillo sobre la enfermedad me habría apuntado sin dudarlo. Ni siquiera en la universidad había estudiado tanto. También me dediqué a leer los comentarios en los foros que dejaban los enfermos que habían superado la enfermedad. Seguí sus consejos. Deseché aquellos que no me funcionaban. Durante todo aquel proceso de ensayo y error aprendí que la curación es un camino largo que exige constancia y esfuerzo. A todos los niveles. Que tienes que aprender por ti mismo. A verte como un individuo único. A entender que no hay enfermedades sino enfermos.

Hice dieta. Dejé el azúcar porque alimenta a las células cancerígenas. Compré un *step* en el Decathlon para hacer un poco de ejercicio; bueno, el ejercicio que podía. Aprendí a meditar, sin mucho éxito, la verdad. Busqué respuestas en las medicinas alternativas que deberían llamarse alternativas sin medicinas.

Ya no me dejaría arrastrar jamás por la corriente, pero tampoco pretendería encontrar en los demás mi propia tabla de salvación. Y eso también tendría que hacer Ariadna: convertirse en su propia tabla.

Algunas princesas son de plomo

28 de mayo de 2014

El día de mi cumpleaños intenté usar el vestido que había llevado en la boda de mi prima. Un palabra de honor sencillo, de color hueso y franjas con purpurina. La cremallera trasera rematada de raso negro. Era ceñido al cuerpo hasta la cintura, pero la falda tenía cierto vuelo. Por desgracia, estaba tan flaca y huesuda que con él parecía un saco de patatas.

Con todo el dolor de mi corazón me lo quité y me vestí con unos tejanos y una camiseta verde de Desigual. Me cubrí la cabeza con una peluca setentera que me había prestado una amiga de mi madre que había tenido cáncer de mama.

Estaba nerviosa, hacía tanto tiempo que no salía a divertirme...

Estaríamos otra vez los cuatro como antes: Lat, Peter, el Príncipe Verde y yo. Qué *déjà vu*.

Lat solía visitarme con frecuencia tanto en el hospital como en casa. Venía siempre cargada de revistas de cotilleos, cremas para la cara, pintauñas y maquillaje. Peter me llamaba constantemente pero no venía a verme. Cuando le pregunté por qué, me respondió que temía echarse a llorar delante de mí. Estaba sorprendida de que Lat lo hubiera convencido para venir a la comida.

Fuimos a un restaurante del paseo marítimo donde servían pescado fresco. Lat me dijo que tenía una sorpresa para mí.

—Tía, ¿sabes que ahora voy a un naturista? —le conté a mi amiga, que llevaba una camiseta muy escotada y unas Carrera de montura rosa—. Me recetó unas pastillas chinas que se llaman «Píldora de los cuatro caballeros» y, tía, he dejado de vomitar. ¿No es fantástica la naturaleza?

Los chicos, que hasta ese momento habían mantenido una conversación animada sobre motos, callaron. Todavía no nos habían traído el primer plato. Proseguí:

—Encima me ha contado muchas cosas sobre la enfermedad y sobre cómo ayudar al cuerpo a controlarla cuando termine el tratamiento. Me pregunto por qué no puede trabajar en el hospital con los demás. Aligeraría la vida a mucha gente.

—Me alegro mucho de lo que me dices, guapi. Te quiero hacer una pregunta existencial. Tú que has vivido tantas cosas, que te has enfrentado a la muerte, ¿crees que la vida debe vivirse poco a poco o una debe hacer eso que llaman vivir el momento, el *carpe diem*?

Lat me tomaba por un libro de autoayuda. Qué preguntitas. Me dieron ganas de gritarle que seguía siendo la misma de antes, que no me gustaba que me trataran como a un gurú.

No me mentía a mí misma. No era la de antes, nunca volvería a serlo. De esa chica ingenua solo quedaba el reflejo. La echaba de menos. A ella en concreto no. Añoraba la buena salud y todo lo que va con ella. Libertad. Identidad. La felicidad de preocuparse por las tonterías diarias. Hacía demasiado tiempo que todas mis decisiones eran tan transcendentales...

—Supongo que antes te habría dicho que debes pensar las cosas con calma porque tienes mucho recorrido por delante. Hoy te digo que no des nada por garantizado, que disfrutes al máximo lo que tienes hoy, porque el futuro es incierto. No tenemos nada asegurado. Ni la misma vida.

Durante el discurso se me había descolocado la peluca. El Príncipe Verde me la puso bien con un gesto disimulado.

Me gruñían las tripas.

Tenía que ir al baño.

Corriendo.

Ya.

Me levanté del asiento dejando un rastro de platos rotos.

Llegué al lavabo y me senté rápido en la taza del inodoro no sin antes forrarla con papel higiénico. El Príncipe Verde irrumpió tempestuoso en medio de esa situación. Me había localizado por el olor, me confesó. Cogió la papelera de las compresas, la puso del revés y se sentó en ella como si fuera un taburete. Me cogió la mano y gritó:

—Aprieta, que tú puedes.

Tuve ganas de pegarle.

—¿Qué haces, pirado? Lárgate de aquí, que me desconcentras.

Pero no se marchó; era así de pesado.

—Es que allí solo me aburro.

Fue la caca más rara de mi vida.

Salimos juntos de allí y nos encontramos de frente con Lat y Peter, que nos habían estado espiando.

—Tranqui, *princess*, que no he visto nada. Estoy impactado. Esto es amor y lo demás son tonterías. ¿Que hay que cagar juntos?, pues se caga, sí señor, como en el pesebre. ¿Qué raritos son, verdad cariño?

Se abrazaron. Y nadie me había dicho nada sobre esta bomba.

—¿Por qué no me habías dado este notición, mala amiga?

—No sé, tía, me daba corte. —Enroscó su cuerpo alrededor del de Peter como una culebrilla—. Solo hace dos meses que estamos juntos, por tu culpa. Quedamos un día para hablar de ti y...

—Vuestra mutua preocupación por mi princesa os unió —terminó mi chico.

Le disparé rayos láser con los ojos. El maldito lo sabía y se lo había callado.

Lat sacó más pecho, si es que ello era posible.

—¡Aquí va la sorpresa: nos casamos en tres meses y sois los padrinos!

—¿Y cuándo me lo pensabais contar, cuando tuvierais cuatro hijos y tres perros?

Los abracé a los dos juntos y tuve un *flashback*. Nos vi a los tres, años atrás, sentados en la playa dorada de tesoros. El olor de la sal era tan intenso que picaba. Peter jugaba al fútbol delante de nosotras tratando de lucirse frente a Lat. Ella y yo estábamos sentadas en una toalla con las piernas cruzadas. Los dedos de los pies eran pequeñas piezas de ámbar brillando sobre la intensidad deslumbrante del momento. Se levantó una fuerte brisa y yo traté de arreglarme los cabellos como pude. Ante aquel movimiento, mi amiga quedó pensativa:

—Qué gesto más de princesa. Sí, pareces una princesa que espera a su príncipe azul vestida de rosa en su castillo. Princesa. Yo te bautizo así. A partir de este momento ese será tu nombre.

Quise arrojarle arena a los ojos, pero Peter nos lanzó la pelota encima bailando y repitiendo «princesa, princesa, princesa».

30 de agosto 2014

Y solo me quedaba una sesión de quimio. Hacía calor. Ni una sola gota de aire se colaba por la ventana entreabierta. Yo daba vueltas y más vueltas en la cama sin encontrar la postura correcta que me hiciese olvidar.

Deseaba que todos los sacrificios estuvieran valiendo la pena. Unas manos cálidas me acariciaron el rostro. Me sobresalté y abrí los ojos. Sobre mí flotaba una presencia luminosa, cálida, de cabellos solares. No asustaba como la otra; al contrario. Su cara hecha de luz me atraía y me daba paz. Me abrazó con los cabellos y acercó su cara a la mía. Besó mis labios suavemente, como el agua del mar besaba la arena blanca por la que corría yo, libre al fin de ataduras y desdichas. La bata rosa se me desabrochaba y caía sobre una duna llena de flores de genista y de coquinas. Debajo llevaba un bikini blanco que me picaba. En la cabeza, enredada en el pelo, una corona de conchas. Tiré de ella con fuerza y mis cabellos crecieron hasta romper la piedra blanca en dos. Una parte rodó por el suelo y yo la seguí, la seguí hasta la frontera del agua, custodiada por la espalda perfecta de un hombre y un slip inmaculado. Él se volvió y vi en sus ojos tres tonalidades verdosas diferentes. Y un poema de Lorca. Y un reloj blando de Dalí.

Se quitó el bañador y me lo tiró a la cara.

—Escribe.

—No puedo. Me he quedado sin palabras.

—Escribe.

—No puedo. No tengo bolígrafo. Ni papel.

—Escribe sobre ti misma. Úsame.

Me lancé sobre su cuerpo. Él quedó tumbado debajo de mí, contra la arena. Mordí mi muñeca con ansias de león y la sangre de colores untó su cuerpo virgen. Escribí con ella, escribí y escribí sobre su nuca, sobre su cuello, sobre sus nalgas perfectas y relucientes. Al terminar, me arranqué el bikini y seguí escribiendo sobre mi cuerpo hasta que él me dio la mano y nos hundimos juntos en sus córneas cristalinas porque mi cuerpo era de plomo como el de algunas princesas; algunas princesas son de plomo, algunas princesas son de plomo. Los cabellos flotaban sobre mi rostro como si fuera Ofelia muerta en el lago.

Y ya solo vi el techo blanco de mi habitación.

Y la mujer de blanco, Dios, se había marchado.

Encendí la luz y salí corriendo del cuarto. En el suelo de la cocina encontré una libreta con Spiderman en la cubierta, de los gemelos quizá, y un boli Bic mordisqueado por un extremo.

Sentada en la cama escribí en una página, en mayúsculas:

ALGUNAS PRINCESAS SON DE PLOMO.

El móvil vibró en la mesilla. Era un whatsapp del Príncipe Verde.

—¿Estas despierta?

—No, estoy escribiendo. Era eso lo que querías.

Mi último PET, segunda parte

7 de septiembre de 2014

La vida pasa en quince minutos de PET hasta que la máquina se para, por fin. Había llegado a pensar que me quedaría atrapada en su interior y que los nietos de mis nietos me encontrarían allí carbonizada y me estudiarían como a las momias egipcias. Mi piel entra de nuevo en contacto con el mundo exterior y solo soy capaz de verme los dedos gordos de los pies, desenfocados como mi vida. Como los tirabuzones de Ángeles que me dicen que hoy ya me puedo levantar.

—Ya hemos terminado. Ya te puedes levantar, preciosa.

—¿Por qué habéis tardado tanto esta vez? ¿Por qué os habéis detenido tanto rato en mi cabeza?

¿Me habrían encontrado un tumor cerebral secreto? ¿Tendría un ictus? ¿Qué era un ictus?

Espero una respuesta contundente que calme mi ansiedad pero no la obtengo.

—En dos semanas el médico te informará de todo.

¿Dos semanas? ¿Me querían matar de incertidumbre?

En el coche le digo a mamá que me lleve a Barcelona, donde he quedado con Ariadna.

—Pero deberías descansar. —Se pasa la mano por el pelo mientras conduce—. Aún no estás bien. Pasará mucho tiempo hasta que lo estés. Tan solo hace tres meses que terminaste la radio y...

Apoyo la cabeza en la ventanilla concentrándome en las ruedas de los coches que nos adelantan.

—Mami, llevo un año entero descansando. —Ella niega con la cabeza, lo veo por el retrovisor—. Estoy harta. Quiero empezar a hacer cosas normales. Además, tú debes volver a tu trabajo, los niños de tu clase deben de echarte mucho de menos.

Cojo el sombrero *garçon* hippy chic de uno de los asientos y me lo clavo en la cabeza. Hemos llegado a nuestro destino. Rodeamos la estatua de Colón y mamá aprovecha un semáforo en rojo para gruñir, porque yo siempre, desde pequeña, he sido terca como una mula y he hecho lo que me ha dado la gana, no como los demás. Le repito que eso es porque yo no soy como los demás y que he aprendido a buscar normas que se apliquen solo a mi persona. Las estándar no me sirven.

Para el vehículo frente al Maremágnum antes de hacerme jurar que llevaré el móvil encima y que estaré localizable en todo momento.

Bajo del coche.

Soy recibida por las alas brillantes de las gaviotas. Qué trajín: turistas, bicicletas rojas del Bicing, agua tranquila pero sucia, golondrinas, el puente de madera. Busco a Ariadna. Llega tarde. Al dar una vuelta sobre mí misma para buscarla me encuentro señalada por la estatua de Colón.

—Cuando un sabio señala la luna, el idiota mira el dedo.

Era ella.

—¿Proverbio chino? —La abrazo.

—No, *Amélie* —contesta mientras me pellizca la nariz.

—No, Ariadna —le replico.

La aparto de mí para observarla. La piel le ha cambiado de color. Unos rizos pequeños, de africana, pueblan su cabeza. Un vestido lila moteado de blanco hace que destaquen sus ojos azules altivos.

Ha venido sola después de dejar a Emily con su padre.

—Ostras, llevas gafas de las de ver. —Me las quita para probárselas—. ¿Qué tal me quedan?

Fatal. Me las devuelve. A veces olvido que las llevo. El tratamiento ha desenfocado mi universo, pero según mi oculista tengo mucho futuro como relojera. Parece ser que en la antigüedad ese era el oficio de los miopes.

Ariadna me arrastra por el puerto hasta un enorme velero de madera blanca y altos mástiles. Es el barco museo. Entrar cuesta un euro.

—¿Subimos? Es un buen sitio para hablar. Como una metáfora: las dos moribundas subiendo juntas al barco de la vida.

Una vez en cubierta, caminamos por el barco hasta la proa y nos agarramos a unas maromas para mirar al horizonte.

—¿Cuándo sabrás algo del PET? —La brisa marina le levanta un poco la falda del vestido.

—En dos semanas. —Compruebo con la mano que el sombrero sigue en mi cabeza—. ¿Cómo estás?

—¡Viva! —Coge aire—. Estoy tan contenta, sobre todo por Emily.

Esta nueva Ariadna de frases cortas me llama la atención. Quizá conocía solo su versión maltrecha. Alza la barbilla y continúa:

—Bueno, también me siento rara. Me he quedado sin marido.

No hace frío, pero el aire pica bajo mi camiseta a rayas azules de marinera.

—¿Lo odias?

Ella deja escapar un suspiro.

—¿Sabes que no? Y mira que lo he intentado. A ella tampoco la odio. Al principio sentía mucha rabia, pero después pensé: ellos están tan contentos, ¿por qué tengo que sentirme mal yo? No vale la pena. Solo quiero ser feliz. Mientras estás enfadado no puedes serlo. —Señala con las cejas un banco que hay justo al lado del mástil—. ¿Nos sentamos?

La sigo. Jolines, cómo me encanta su vestido. Tomo asiento y ella lo hace a mi lado alisando su falda como la mismísima Lady Di.

—Yo tampoco lo odio. Lo quise hacer por ti, pero no me sale. Pensé que te molestarías conmigo por ello. Lo aprecio mucho, pero no me gusta nada lo que te ha hecho. ¿Sabes quién es la otra?

Me acaricia el pelo.

—Es imposible molestar a alguien contigo, mi niña. Él a ti también te aprecia mucho. —Sonríe con los ojos llorosos—. ¿Recuerdas a esa amiga mía que cuidaba de Emily y que venía a visitarme al hospital? —Ya lo sabía, pero quería oírlo de su boca—. Se ha quedado con mi marido. Él me dijo, cuando me dejó, que ya hacía mucho tiempo que no teníamos nada en común. —Apoyó la

cabeza contra el mástil—. Que no reíamos juntos. Que el amor tenía que ser otra cosa. A mí no me lo parecía, pero tampoco se puede obligar a nadie a quedarse con uno cuando ya no quiere. Quizá nunca me quiso de veras. Y a ella, en verdad, muy en el fondo la compadezco. Está con un hombre que ha buscado una forma de escapar de algo en lo que se sentía atrapado, un intento de recuperar el pasado perdido. En unos años verá que no se puede volver atrás. No sé hasta qué punto hay amor en esa nueva relación o ella es solo una sustituta, parecida a mí pero sin mis problemas. Pero bueno, eso ya es asunto suyo, no mío. Ellos sabrán cómo desean vivir su vida.

Le hago cosquillas para que se ría. El velero se mueve al ritmo de las olas del puerto. Ariadna coge una de mis muñecas.

—Ostras, *my girl*, ¿aún llevas puesta la pulsera gigante del hospital?

La tengo tan incorporada en mi personalidad que ya no me doy cuenta de que la llevo.

—No sé por qué, no puedo quitármela...

Ella lleva en el mismo sitio una pulsera roja de la que cuelga la mano de Buda.

—¿Y la mano esta de Buda por qué la llevas, es nueva?

Para mi sorpresa, ante la pregunta Ariadna enrojece como una quinceañera.

—Me la regaló JuanCa cuando le dieron el alta. Es la mano de Fátima, no de Buda. —Mira tú, el JuanCa, y parecía tonto el chaval—. Estuvo cuidándome cuando lo de Eric. ¿Sabes que él también está solo en el mundo, como yo? Y como es del Pirineo, las doctoras se inventaron la excusa de la otitis para que no tuviera que desplazarse entre quimios hasta Barna. Ya ha vuelto a su casa y me escribe cada día y me manda fotos suyas volando por los aires.

Se saca el teléfono móvil del bolsillo del vestido y me enseña imágenes: JuanCa en su caravana mientras come fideos enlatados, JuanCa a punto de descender por una montaña con la tabla de *snow* enganchada a los pies, JuanCa sin guantes dejando la huella de sus dedos en la nieve virgen como los primitivos dejaban su marca en las cuevas prehistóricas. Y por último, la foto de una chica sin pelo ocupando la que había sido mi cama en el hospital. La conocía... era la misma con la que nos habíamos cruzado mi padre y yo el día que me dieron el alta.

—Esta era Daniela... —Era...

—La vi entrar en el hospital cuando yo me marchaba. —Sin conocerla, siento que la conozco.

—Ocupó tu cama, pero no tu lugar. Hicimos amistad. No le hacían efecto los tratamientos, ¿sabes? Era quimiorresistente. Solo duró un mes. Neumonía, ya sabes. —Las dos callamos, inquietas ante lo que habría podido ser nuestro propio destino—. Hace dos semanas fui a su casa a ver a su madre. Le quería decir... —Niega con la cabeza, supongo que al pensar en Emily—. No sé lo que le quería decir. Me enseñó la habitación de la chica. Lo que más me sorprendió al entrar fue la pared. Daniela la había pintado toda de lila, pero en el centro había dejado en blanco marcadas las huellas de sus manos, las muñecas y los antebrazos. «No la pintes nunca», le dije a su madre.

Daniela había dejado su huella en el mundo. Igual que JuanCa la había dejado en la nieve. ¿Ariadna le habría contado esta anécdota?

—¿Tú también dejarás tu huella en el mundo?

—Por eso te he traído aquí. Para que tú seas testigo.

Entonces, saca de un bolsillo recóndito, más profundo que la bolsa de Mary Poppins, uno de sus alfileres. Sin avisar, se pincha cada uno de los dedos de la mano. Pero no se duerme, está más despierta que nunca. Se levanta y se encara al mástil blanco de un velero que no navega, que está siempre anclado en el puerto. Aprovechando un despiste del hombre que vende las entradas, frota los cinco dedos contra la pintura blanca. Después atrapa mi muñeca con su mano ensangrentada, arranca mi pulsera blanca, me la pone en la palma y me da una orden:

—Quizá ya va siendo el momento de que lances por la borda los problemas.

Le salen olas por los ojos y obedezco. Lenta, pausada, me dirijo hacia la popa del barco. Hago una bola con ella y la tiro al agua. La veo alejarse de mí flotando entre escupitajos, ratas muertas y restos de combustible.

21 de septiembre 2014

Las dos semanas entre el PET y la entrega de resultados han pasado a cámara lenta. Ariadna no ha parado de escribirme por el WhatsApp para animarme. Al parecer, haber dejado su huella en el mundo se le ha subido a la cabeza como seis copas de whisky escocés. Yo se lo agradezco, pero habría preferido no haber tenido ese asunto constantemente en la cabeza.

Hoy ya termina la espera. Tal vez mañana termine la tortura.

Como siempre que me obsesiono, es de noche y estoy en la cama, abrazada a mi Virgen de Montserrat. El calor insoportable hace que las sábanas se me peguen a las piernas a pesar de que ya estamos casi en otoño.

Mamá ha vuelto esta semana al colegio para guiar a las nuevas generaciones por los laberintos de la sabiduría. Esto tan simple la ha obligado a recuperar su estabilidad mental. La veo más contenta y menos neurótica. Se ha tomado una pastilla para dormir. Papá las odia a pesar de sufrir insomnio. Lo oigo dar vueltas como un ventilador. Quiere hacerse el fuerte, pero la espera cruel puede con él. Cada vez que hemos salido esta semana a comprar el pan o al súper hemos terminado en el parking del hospital.

Me levanto y enciendo la luz. Tiemblo de miedo. ¿Y si el tratamiento no ha funcionado? ¿Y si tengo que hacer más quimioterapia y radioterapia...?

Radioterapia.

Un físico con una estrella azul en el codo me tatúa los puntos cardinales en el cuerpo sin avisar: norte, sur, este, oeste. Allí estoy yo, haciendo *topless* sobre una placa metálica. Qué gracioso descubrir que los físicos no solo investigan y dan clases, sino que también trabajan en el hospital. Me colocan cada parte de teta, de hueso y de grasita en su posición correcta. Encima de la tiroides llevo un plástico protector. Los chicos se marchan y me usan de diana viviente. No te muevas, porque con unos rayos láser invisibles fríen lo que queda de tumor.

No, por favor, más tratamientos no. La espalda me duele en el sitio del tumor. Precisamente hoy. ¿Y si tengo que someterme al autotrasplante? No lo soportaría, no lo haría. Siento que las paredes blancas se me van a caer encima, e impulsada por una fuerza descomunal subo la escalera hasta mi verdadera habitación. Me tumbo en la cama sin almohada. Me la he dejado abajo, qué fallo. Algo me hace cosquillas en los pies. Es mi gato, al que por fin puedo acariciar, y le hago mimos, muchísimos mimos, hasta que me perdona.

Rompo a llorar, cojo el teléfono y llamo al Príncipe Verde en secreto.

Cuando llega me hace una pérdida. Bajo al piso de abajo, cojo las llaves de casa y cierro la puerta del jardín sin hacer ruido.

Las estrellas, las curvas. Estamos frente al precipicio por el que un día no muy lejano nos quisimos despeñar.

Salimos del coche y nos sentamos encima del capó. Escuchamos el sonido del mar, nervioso como nuestro cerebro. Aquí en la montaña hace más fresquito. Me doy cuenta de que llevo puesto un pijama rosa de Hello Kitty y unas chancas de dedo. Me doy cuenta de que él va sin camiseta, con unos pantalones cortos azul cielo y unas zapatillas de estar por casa. La luz tenue de las estrellas le marca los músculos del brazo. No puedo dejar de llorar.

—¿Sabes que cuando miramos las estrellas las vemos en el presente, pero realmente lo que vemos es el universo en una época anterior porque la luz que despide tarda muchísimos años en llegar hasta nosotros? —me pregunta. Apoyo la cabeza en su hombro. Buen momento para impartirme una clase de ciencia, ¿no?—. Algún día tienes que leerte el libro de Hawking. —Hawking se parece demasiado a Hodking, así que dudo que jamás lea algo de él—. Lo que quería decir es que pronto mañana estará en el pasado.

Me acaricia la nuca con los dedos. Las lágrimas siguen brotando de mi ser sin control. No puedo hablar. Él acerca los labios a mi cuello y me lo sorbe con besos sonoros. Sube por las mejillas y se bebe mis lágrimas.

—Estás salada... —susurra.

Me coge la cara entre las manos y dibuja mi cicatriz del cuello con los labios. Se me pone la piel de gallina. Lo abrazo. Le acaricio la espalda. Nos levantamos los dos y me dejo llevar al borde del precipicio. Me alza en sus brazos, como a una novia, y empezamos a dar vueltas sobre nosotros mismos. Más y más rápido. Las estrellas se convierten en un caleidoscopio pero no nos caemos. Hacemos girar la tierra. Al final me deja en el suelo y yo ya no lloro más, aturdida. Lo abrazo de nuevo y siento la calidez de su pecho en las orejas y como si su piel suave enlazara con la mía curando mis células.

—¿Bailamos? —Propone con su voz sexi a la italiana.

—Tú no bailas por principios.

—Eso era antes. Todo ha cambiado.

Pongo los pies sobre los suyos y nos movemos al ritmo de las olas, guiados por los cuerpos celestes. Sonrió y doy gracias a la vida por darme una noche más.

Así es como quiero que sea para siempre. El Príncipe me mira a los ojos, y a pesar de la oscuridad me pierdo en su mirada verde, quebradiza, daliniana, como la del poema de Lorca, pero esta vez no me doy de bruces contra las rocas.

A medio baile, caemos abrazados sobre el capó del coche. Él respira agitado y yo le doy aire. Me besa en los labios, fuerte. Luego otro, otro y otro.

Hasta las cuatro de la mañana.

22 de septiembre de 2014

La doctora Suelos nos recibe a los cuatro en el despacho blanco de la doctora Jiménez. El Príncipe Verde y yo en las sillas. Mamá y papá de pie detrás de nosotros.

Detrás del escritorio gris que sirve de frontera, la doctora Suelos, con su pelo planchado, sus mechas y sus perlas en las orejas mira la pantalla del ordenador, absorta en la tarea.

—Huyhuyhuy, esto está fatal. Tienes anemia, los neutrófilos fatal...

Me tiemblan hasta las cejas. Mamá está a punto de llorar. Papá abre los ojos incrédulo. El Príncipe Verde me aprieta la mano con mucha fuerza.

¿El tratamiento no ha funcionado? No puede ser. Busco a papá con los ojos y lo niega con la mirada. No me lo creo. No me lo creo. Quiero verlo por escrito. Me levanto y giro la pantalla del ordenador. Los análisis están fatal, sí, pero ¿cómo puede ser eso si me encuentro bien? No tiene sentido.

Entonces me llama la atención un detalle, porque Dios está en los detalles. Río al aire al pensar que soy yo, la que suspende siempre matemáticas, la única que ha visto el error. SON ANÁLISIS DE HACE MESES. Río muchísimo. Quiero llorar pero no lo consigo.

—Te has equivocado, doctora, estos análisis son de hace dos meses. —La quiero matar, pero en el fondo la quiero.

Ella vuelve a fijarse en la pantalla y se quiere fundir en ella. No sabe cómo disculparse y empieza a mover las manos tirando cosas al suelo. Papá saca humo por la boca. La quiere estrangular. Mamá le tiraría de los pelos, se le nota. Pero yo la perdono siguiendo el protocolo.

La chica vuelve a empezar, respira hondo, ahora sí mirando las pruebas correctas. Dice las palabras mágicas:

—El PET ha salido perfecto. La inflamación ha bajado de manera considerable. Se han acabado los PET. Las revisiones serán con TAC simples. ¡Enhorabuena! —Nos damos un apretón de manos como cerrando un negocio.

Los cuatro nos miramos en silencio. El sonido de los coches ocupa toda nuestra mente. El fluorescente del techo titubea. La pared se llena de moscas.

Había imaginado este momento muchas veces como un momento de euforia. Yo bailarías y mi familia montaría una fiesta o algo así, como si hubiera ganado un Oscar.

En cambio, cuando ha pasado, no sé qué hacer ni qué decir, ni siquiera puedo pensar.

Nada.

En blanco.

No me explico cómo he llegado con los demás hasta la salida del hospital. He abierto la puerta giratoria y he sentido el aire en la cara. El sol me quema la piel como el fuego funde el plomo ardiente. ¿Ya ha terminado todo? ¿El tumor, la momificación, el dolor?

Avanzo pausada por el camino que debe conducirme hasta el parking escoltada por los míos. Las personas que me sostienen a un lado y a otro y me ayudan a seguir adelante.

Alzo los ojos al cielo y se me aparece la cara de Ariadna con Emily en los brazos en la torre de Londres, rodeada de gaviotas. A su derecha, JuanCa hace *snowboard* por las nubes como el rey del cielo. A su izquierda, yo hundo las manos en la arena de la orilla dejando una huella que pronto será borrada por el agua. Siento la mano del Príncipe Verde en la mía, pero una mujer vestida de negro nos cierra el paso. Me enfrento a ella altiva y la esquivo aferrándome con todas mis fuerzas hasta que los dedos se me emblanquecen por la presión. Él me arrastra hasta el agua verde. Nado hacia adentro y me hundo chorreando vida. Hacia adelante, siempre hacia adelante. Porque me prorrogan y porque mañana será mejor.

Debe serlo, por fuerza.

¿No?

Notas

* Federico García Lorca, «Romance sonámbulo». Último verso añadido por la autora. (*N. del E.*)

Algunas princesas son de plomo

Núria Segarra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: 2016, Núria Segarra

Fotografía de cubierta: Kevin Russ/Stockey

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Destino Infantil & Juvenil

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico: marzo de 2017

ISBN: 978-84-08-16961-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com